LA PASIÓN DE SACCO Y VANZETTI

Para leer en libertad



HOWARD FAST

Howard Fast

La pasión de Sacco y Vanzetti

Título original: *The passion of Sacco and Vanzetti*
Howard Fast, 1953
Traducción: Jerónimo Córdoba
Editor digital: Etsai
Corrección de erratas: lobo
ePub base r1.2

A esos valientes norteamericanos
que —hoy como ayer— han aceptado la presión y hasta la muerte antes que traicionar los principios en los cuales creían, la tierra que amaban, o el pueblo de cuya confianza eran depositarios.

Prólogo

El día 15 de abril del año 1920 tuvo lugar un robo cuidadosamente planeado y despiadadamente ejecutado en la localidad de South Braintree, Massachusetts, En el curso de este robo, fueron muertos por los bandidos un pagador y un guardia de la empresa.

Posteriormente, dos hombres, Nicolás Sacco, obrero zapatero, y Bartolomé Vanzetti, ex panadero y peón de un horno de ladrillos y en ese momento vendedor ambulante de pescado, fueron detenidos acusados de haber cometido este robo y doble asesinato.

De acuerdo con las leyes del estado de Massachusetts, se escuchan las peticiones y se interponen los recursos antes de que el juez dicte sentencia en el caso, En éste, el caso Sacco y Vanzetti, esos recursos, peticiones y mociones se extendieron a lo largo de más de siete años Y sólo el día 9 de abril de 1927 el juez que entendía en la, causa, condenó a muerte a los dos hombres y a continuación ordenó que esa sentencia fuera ejecutada el día 10 de Julio de 1927.

Sin embargo, por distintas causas, la ejecución de esta sentencia fue postergada hasta el día 22 de agosto de 1927.

Capítulo I

Las seis de la mañana es el comienzo del día. Si el día empieza entonces, faltan dieciocho horas para la así llamada medianoche que, para tanta gente, es el fin del, día.

A las seis de la mañana, los animales y las cosas cercanas a los animales huelen el día y sienten el día y los peces se dan vuelta y muestran sus vientres y miran la luz mortecina que les llega al agua. Los pájaros, volando a gran altura, pueden ver el borde del sol, y a ras de tierra, el polvo se confunde con la neblina que se levanta, y surgiendo de esta neblina, como un castillo medieval, se halla una prisión de forma octogonal.

En los muros de la prisión, los que montan guardia, vuelven sus ojos sombríos y hueros a la luz. Pronto cantarán los gallos y la luz volverá a brillar sobre la tierra. El celador es un hombre como cualquier otro. Hay pensamientos que piensa y sueños que sueña, pero además tiene conciencia de que toda una historia de la civilización, un infinito eco del restallido del látigo, lo separa de la gente común, como usted y como yo. Él es diferente, a él se han confiado las mejores esperanzas y los más horrendos temores y él debe guardarlos con su pistola y su macana.

A esa misma hora de la mañana, dentro de la prisión, en la Casa de la Muerte, se ha despertado un ladrón. El casi inaudible susurro y el crujido y el gemido de una tierra calentada por el primer asomo de la luz, lo han despertado; y él se incorporó en su camastro, y bostezó y sintió que el miedo reptaba por sus huesos y por su sistema circulatorio, en el mismo momento en que empezaba a tomar conciencia de su despertar.

Este hombre se llama Celestino Madeiros. Tiene veinticinco años, apenas ha salido de la adolescencia y no es mal parecido. Todos esos años horribles de odio y violencia y pasión han dejado en él menos huella de lo que uno pudiera imaginar. Tiene la nariz recta,

una boca grande y carnosa y cejas rectas. Sus ojos negros están cargados de miedo y de nostalgia.

Este hombre es Madeiros, el ladrón. Pasa del sueño a la conciencia y al hacerlo se da cuenta de que ha comenzado su último día de vida en la tierra.

Esta idea lo hace estremecer y los escalofríos le recorren el cuerpo, A pesar de que es pleno verano y el tiempo está caluroso, él se cubre con la frazada en un intento de detener los escalofríos y dar un poco de calor a su aterido corazón. Pero no lo consigue y se estremece una y otra vez. Así acaba de despertarse, dominado por el frío del terror.

Primero, Madeiros intenta tranquilizarse imaginando que él no está allí; cierra los ojos y se zambulle en sus recuerdos para creer así que está en otra parte completamente distinta, que no es un adulto de veinticinco años, que es otra vez un escolar de New Bedford, Massachusetts. Piensa en sus días de colegio. Se ve sentado en el aula donde la maestra le enseña aritmética, en la que se desempeñaba bien, porque siempre tuvo facilidad para los números, y después en otra aula, con otra maestra, donde le enseñaba a pronunciar y a escribir palabras en ese complejo idioma que su padre y su madre habían elegido para él, en el mismo momento que eligieron la ciudad de New Bedford, el estado de Massachusetts, la república norteamericana. Y aquí le iba mal, porque no podía llegar a comprender esos extraños sonidos.

El pensamiento de esa elección que habían hecho y de su venida a este país, lo arrancó de la escuela y lo trajo de vuelta a la prisión. Y entonces los maldijo por no haberse quedado en las Azores, donde habían vivido todas las generaciones de Madeiros hasta que sus padres decidieron emigrar a los Estados Unidos. Y cuando comprendió que aquí y ahora, en este último día de su vida, estaba maldiciendo a sus padres, a su padre y a su querida madre que lo había traído al mundo, saltó de su cama, cayó de rodillas y empezó a orar.

El ladrón oraba por sus pecados. Pecados tenía muchos, más que

suficiente. Había bebido y había jugado y había fornicado y había robado y había matado. Unió sus manos, escondió la cara entre las cobijas de la cama, empezó a murmurar: «Madre de Dios, perdóname por todo lo que he hecho. He cometido todos los pecados que un hombre puede cometer, pero quiero ser perdonado. Todos estos días y estos meses he estado pensando en mí y en mi suerte y en lo que hice y en lo que me trajo aquí y he comprendido que en parte la culpa no fue mía. ¿Acaso quise yo ser un pecador? Lo único que buscaba en el mundo era piedad. Todo lo demás ocurrió. Pero piedad es lo que yo buscaba. No quiero que triunfe el mal. Yo traté de enmendar el mal que había hecho. Nadie debiera sufrir por mi culpa. Yo confesé mi crimen. Yo liberé de culpa a los otros dos, al zapatero y al vendedor de pescado. ¿Qué más puedo hacer? ¿Acaso quise nacer? ¿Acaso yo te pedí que me trajeras a este mundo? Pero ya estoy aquí y me arreglé en él como pude. Y ahora esto se acabó. Y yo sólo pido piedad».

Así terminó sus oraciones, pero aun después de haber terminado siguió murmurando su nombre como si tratara de sacar de él alguna fórmula mágica. «Yo soy Celestino Madeiros», repetía incansablemente. Y después que lo hubo repetido no menos de veinte veces, su voz se quebró y escondiendo el rostro entre sus manos se echó a llorar. Lloraba muy quedamente, porque sabía que era temprano y no quería despertar a los otros presos. Pero si alguien hubiera podido verlo y oírlo se habría sentido conmovido. Había una nota emocionante en esta enorme pena que sentía por él mismo y por su triste fin.

Había sido condenado a morir en la silla eléctrica y esta noche sería ejecutada la sentencia. Había vivido solamente veinticinco años, y de estos pocos, varios había pasado en la cárcel; y sin embargo eran asombrosa la cantidad de pecados que había alcanzado a cometer en ese tiempo tan breve que había sido el suyo sobre la tierra.

Como niño fue rebelde y salvaje, lleno de odio, de ira y de desesperanza; y creció en la pobreza, encorvado y frustrado en las callejuelas, primero de New Bedford, Massachusetts, y después de Pro-

vidence, Rhode Island. En la escuela, aprendió muy poco. Pensaban que era un niño retardado y los otros chicos lo insultaban y lo motejaban por la dificultad que tenía en hablar su idioma. «Retardado, tarado», lo llamaban. Pero la verdad era que tenía muy mala vista y le dolían los ojos cuando los fijaba demasiado tiempo o con demasiada intensidad en cualquier objeto.

Así fue como empezó a eludir la escuela, y a aprender otras cosas. A los doce años ya estaba robando en los depósitos y en los trenes de carga a los catorce. A los quince ya conocía las tácticas del rufián y se ceñía a la ética de las celestinas. Dividía su vida entre las mesas de billar y los prostíbulos y bebía largos, grandes sorbos de la civilización que habían puesto a su disposición. Al llegar a los diecisiete ya tenía cinco asaltos en su haber. Y seis meses después cometió su primer homicidio.

Dicho en una palabra, era un ladrón. Ahora, lo que lo había conducido a serlo era un conjunto de circunstancias tan intrincadas que él no lo podía comprender ni menos explicar. Y por lo demás nadie tenía interés en explicarlo. Cuando los policías lo detenían, le pegaban brutalmente porque veían que era un ladrón; eso era algo que estaba grabado, impreso en todo su ser, y por eso era evidente que había que pegarle.

Y en consecuencia, él hacía lo que podía para que la policía no lo detuviera, y a ese fin empleaba la poca astucia que tenía.

Una y otra vez se encontró con la posibilidad de un trabajo honrado. Y una y otra vez lo rechazó. No sabía vivir de su trabajo así como no sabía vivir sin ser un ladrón. Frente al trabajo sentía miedo y desprecio y horror y desconfianza. Así es que cuando se encontraba con la posibilidad de un empleo, la eludía.

Una vez que su camino estuvo trazado, todo lo demás que le ocurrió ya era inevitable. Las cosas le iban sucediendo con una matemática regularidad. Y ese suceder marcaba la miserable lógica de su vida. Y era consecuencia, de la miserable lógica que regía su vida, el que tarde o temprano él cometiera o participara en un asesinato.

Quería la miserable lógica que regía su vida y existencia que cuando tenía dieciocho años y un mes, lo buscaran en Providence, donde era conocido. Dos hombres se le aproximaron. Eran hombres con ojos fríos y duros, y ya se habían dicho en su fuero íntimo que Madeiros era un hombre de su clase. Por eso lo buscaron y le hablaron de un «trabajo» que habían planeado y le preguntaron si él quería ser de la partida.

Y él dijo que sí, que quería.

Había mucho dinero en ese asunto. Si entraba, viviría como un rey, con los bolsillos llenos de dinero y así podría comprar whisky y mujeres hasta hartarse.

Sí, él entraría.

Un día después de esta conversación, el 15 de abril del año 1920, este ladrón, Celestino Madeiros, subió a un automóvil con otros hombres. Se dirigieron hacia el norte, de la ciudad de Providence en Rhode Island a la ciudad de South Braintree en Massachusetts, adonde llegaron poco antes de las tres de la tarde. Estacionaron el coche frente a una fábrica de calzado. Dentro de la fábrica estaban preparando una caja de pagos de 15,776 dólares para abonar la quincena a todo su personal. Ellos lo sabían porque tenían un informante dentro de la fábrica. Por eso estacionaron el automóvil y esperaron hasta que terminaran de preparar las liquidaciones y entonces los dos pagadores salieron de la fábrica llevando el dinero en dos grandes cajas de metal. Esto ocurrió uno o dos minutos antes de las tres. Cuando aparecieron estos hombres, dos de los que estaban en el coche bajaron y se aproximaron a ellos y los mataron a sangre fría, sin siquiera darles ocasión de rendirse, o de huir. Los dos hombres alzaron las cajas y volvieron al coche, y después éste partió.

Todo había sido muy fácil para Madeiros. Él sólo tuvo que estar sentado en el coche con la pistola lista. Esta vez no tuvo que matar. Otros lo hicieron por él. Y cuando repartieron el botín, casi tres mil de los dólares le tocaron a él.

Si la vida de Madeiros había sido inevitable, también lo era su muerte. Si lograba eludir el castigo de un crimen lo condenaban por otro. Y aquí estaba, siete años después, esperando su ejecución en la Casa de la Muerte.

La terrible ironía de esto estaba en que ese mismo día serían ejecutados otros dos a quienes se acusaba del doble crimen de South Braintree; el crimen que Madeiros había presenciado, el crimen del que Madeiros había sido un cómplice.

Y Madeiros lo sabía. Madeiros conocía a estos dos hombres.

Uno de ellos era un obrero zapatero llamado Sacco. El otro era un vendedor ambulante de pescado cuyo nombre era Vanzetti, y los dos eran sencillos trabajadores italianos. El mismo Madeiros no era italiano sino portugués, pero sin embargo se sentía emparentado con estos hombres y su tenso, aterrado corazón latía por ellos. Durante los años que había pasado en la cárcel, había pensado mucho en estos dos hombres que habían sido condenados a muerte por un crimen que no habían cometido, pero que él sí había cometido, o al menos, había ayudado a cometer. También había pensado en muchas otras cosas durante su largo encierro, muchas otras cosas además de este crimen en particular. No le resultaba fácil pensar. No tenía una base racional de conocimiento en torno a la cual agrupar sus pensamientos y por eso el proceso de pensar era lento y penoso, y muy a menudo no conseguía llegar a ninguna conclusión lógica. Quizás pudiera decirse que lo que una persona normal podía pensar en un par de horas, a Madeiros le costaba largas semanas.

Sin embargo, de todos estos procesos mentales emergió una especie de comprensión de su propia situación, de su vida, de su destino y también una comprensión de las irresistibles fuerzas que habían actuado sobre él y lo habían llevado, paso a paso, hasta su trágico fin. De sus pensamientos surgió también un sentimiento de piedad por él mismo y por otros y a veces lloraba y a veces oraba. Y en un instante, durante un intervalo entre dos plegarias, llegó a la comprensión de que él no debía permitir que esos dos hombres,

Sacco y Vanzetti, perecieran por un crimen del que eran inocentes, pero en el que él mismo sí había participado. Una vez que hubo comprendido esto, una especie de paz se apoderó de él, se relajaron las tensiones que lo desgarraban.

Y aún ahora, después de tanto tiempo, recordaba bien la profunda serenidad con que escribió su primera confesión y trató de enviarla desde la cárcel a un diario que solía leer: el *Boston American*. Pero en lugar de llegar al diario, la confesión fue a parar a manos del jefe de policía, que destruyó la carta y trató de que el asunto acabara allí.

Pero Madeiros no estaba dispuesto a que las cosas quedaran así y escribió una segunda confesión y ésta se la dio a uno de los presos de buena conducta que barría los corredores y este preso la llevó por todo el pasillo flanqueado de celdas y se la dio a Nicolás Sacco, Después el penado le describió a Madeiros cómo Sacco había leído esa carta y como había empezado a temblar después de leerla y como después había empezado a llorar y como las lágrimas le surcaban las mejillas. Y cuando el pobre Madeiros oyó esto, su corazón volvió a llenarse de alegría y una vez más sintió esa espléndida sensación de paz y sosiego.

Pero muchos, muchos meses habían pasado desde entonces. Madeiros no sabía todo lo que había ocurrido después que su confesión llegó a manos de Sacco. Pero sí sabía que no había logrado alterar la larga secuencia de hechos ya perfectamente planeados, los que a él concernían, o los que concernían a Sacco y Vanzetti. Los tres iban a morir. Él, Celestino Madeiros, por crímenes de los que era culpable, y el zapatero y el vendedor de pescado por crímenes de los que eran inocentes…

El ladrón terminó sus oraciones, se puso de pie, y se acercó a la pequeña ventanilla de su celda, por la que pudo contemplar la luz del nuevo día.

En la brumosa mañana sólo pudo ver un trozo del gran murallón de la cárcel. Pero su imaginación fue más allá de ese muro, y de pronto sintió una inmensa dicha y se le ocurrió que ese día sería

liberado, y su alma volaría libremente hasta cualquiera que fuese el juicio que le esperaba. Pero este instante de dicha fue muy fugaz. Murió tan súbitamente como había nacido, y Madeiros volvió a su camastro teniendo otra vez al helado terror por único compañero.

Quería orar otra vez, pero ya no se le ocurrían oraciones apropiadas para ser dichas por él en ese lugar y en esa hora. Se sentó en su lecho y escondió el rostro entre sus manos, y después de un momento, empezó a llorar otra vez. Las lágrimas le venían con más facilidad que las oraciones.

Capítulo II

El alcaide se despertó de un sueño que ya le iba siendo familiar. Eran unos sueños que se repetían noche a noche como las enfermedades crónicas, y en la mayoría de ellos, se invertían los papeles, el que era alcaide aparecía como penado, y el penado como alcaide. Ahora se despertó a la ya brillante luz de la mañana y medio en sueños todavía, vio por su amplio ventanal los rayos del sol en los patios y el cielo azul, sin una nube. Pero las personas y los colores y las palabras que estaban en su sueño siguieron todavía, por un momento, más cerca de él que la brillante realidad de su despertar.

En su sueño, él siempre protestaba de la misma manera. Siempre sentía el mismo temor, la misma terrible frustración. Siempre discutía:

—Pero yo soy el alcaide.

—Eso no importa.

—Pero ustedes parecen no comprender. Yo soy el alcaide de esta prisión.

—Eres tú el que no entiende. Como te dijimos antes, eso no importa en lo más mínimo.

—¿Quiénes son ustedes?

—Tampoco se trata de eso. Se trata de que te quedes bien quietito y hagas lo que te dicen. Y no molestes.

—Pero ustedes parecen no saber con quién están hablando. Están hablando con el alcaide. Yo puedo ir y venir como se me dé la gana. Yo me puedo ir de aquí cuando se me antoje.

—Ah, no. Eso sí que no. No puedes irte de aquí cuando se te antoje. En realidad, no podrás irte nunca de aquí.

—Por supuesto que puedo.

—Esos son tus delirios de grandeza. Delirios que no tienen nada que ver con la realidad tal cual es, y no los vamos a tolerar más. Estás en la cárcel. Y vas a hacer lo que te indican. Los labios cosidos, mucha atención a las órdenes que te den, pórtate siempre bien y así vamos a andar bien aquí.

Así solía ser siempre el diálogo. Nunca le querían creer que él era el alcaide. Por más que discutiera o argumentara o demostrara con pruebas que él era, efectivamente, el alcaide. También ellos tenían pruebas. Una vez, en un sueño, le habían preguntado:

—¿Quién decide ser, o proyecta ser o sueña ser un celador, o incluso un alcaide? ¿Quién? Un niño sueña con ser bombero, policía, soldado, médico, abogado, corredor de autos, pero ¿a quién se le ha ocurrido en todo este ancho mundo soñar con ser celador o alcaide?

Despierto, el alcaide reflexionaba sobre la profunda verdad de este curioso desafío contenido en su sueño, Por momentos, cuando se tenía lástima, le parecía que la gente que trabajaba en las prisiones eran hombres, juguetes del viento, que llegaban así a un destino que no era el que habían elegido. Esta mañana quería creer eso. Se despertó con una enorme sensación de vaciedad. En alguna, parte, mientras dormía, por el camino, había perdido algo; y sabía que hoy ya no lo encontraría. Trató de decirse que hoy era un día que no había hecho ni ordenado.

Con tales pensamientos se sentó en su lecho, metió los pies en las pantuflas, y fue a lavarse y afeitarse, y adquirir el aspecto que debe lucir un alcaide. Hizo sus abluciones y se peinó, y todo el tiempo estaba discutiendo consigo mismo, diciéndose que él no tenía la culpa.

Mientras lo pensaba, tuvo la súbita sensación de que todos aquellos que, de un modo u otro, estaban vinculados a las ejecuciones del día estarían diciéndose lo mismo. Que todos se estaban en ese momento absolviendo a sí mismos. Su propia absolución era un

asunto de mediana importancia. Él no era ni la persona más importante ni la menos importante entre las que tenían algo que ver con las ejecuciones. Él había sido el alcaide antes de este día, e incuestionablemente lo seguirla siendo cuando este día hubiera transcurrido. Las cosas se irían calmando. Uno no tenía más que recordar qué facilidad de olvido tiene la gente. La gente olvida cualquier cosa en esta tierra. Nunca nació un amante que a su debido tiempo no pudiera olvidar su más grande y verdadero amor. Por muy verdadero que éste hubiera sido. El alcaide, por lo menos en cierto sentido, era un filósofo. Éste era uno de los males del oficio. Casi se podría decir, una enfermedad profesional. Sabía que todos los alcaides eran filósofos. Como los viejos capitanes de ultramar; la misma arca que gobernaban les daba una dignidad que no concordaba con su tripulación ni con los pasajeros que llevaban.

«Bien», se dijo esa mañana, «no vale la pena seguir pensando en eso. Llegó el día que tenía que llegar, y a su debido tiempo habrá pasado. Lo que hay que hacer es ocuparse de que todo marche bien, y hacer que las cosas sean tan fáciles y cómodas como se pueda».

Terminó de vestirse, y decidió que se daría una vuelta por la Casa de la Muerte antes del desayuno. Cruzó el patio y fue saludado por el jefe de la guardia y también por uno o dos de los penados que cumplían las tareas internas de la cárcel y que ya estaban entregados a su trabajo. La vida de la prisión que él dirigía ya había comenzado. Las pesadas puertas metálicas se abrían con estrépito y se cerraban en silencio.

Pasaban los penados empujando carritos llenos de ropa sucia. Se oía el estrépito de ollas y cubiertos, la cocina era un vivero de actividad, así como la panadería, y ya estaban barriendo e higienizando los corredores y los baños, pasándoles agua mezclada con creolina. A esta hora de la mañana, algo más de las siete, los presos se dirigían al refectorio a tomar su primera comida del día. El alcaide oyó el regimentado golpear de cientos de pies por los corredores, el tremendo rumor de quinientos hombres avanzando rítmicamente, de mil suelas castigando los pisos de concreto. Un poco después

llegó el rumor de bandejas y cucharas filtrándose por las paredes y a lo largo de cuadros de celdas. Sus oídos ya estaban maravillosamente adaptados a los distintos sonidos y ruidos que constituyen el mundo sonoro de una prisión, porque estos ruidos y estos sonidos constituían su vida. Al menos en ese sentido, su sueño era profundamente verídico. Él pasaba toda su vida en la cárcel.

Ahora llegó a la Casa de la Muerte. Eligió a Vanzetti para hablar con él, y eso era natural, porque nunca resultaba difícil hablar con Vanzetti. Se acercó a su celda, restregándose las manos, alegre, vivaz, resuelto a no hacer de aquél un día de duelo; sería un día como otro cualquiera, sin alboroto y sin innecesarias molestias.

Vanzetti que había estado sentado en su cama totalmente vestido, se levantó para recibir al alcaide, y se dieron la mano con profunda seriedad.

—Buenos días, Bartolomé —dijo el alcaide—. Me alegro de verlo bien. Realmente me alegro.

—Quizás estoy mejor de lo que me siento.

—Bueno, usted no puede esperar sentirse muy bien. Nadie se sentiría muy bien en su lugar.

—Me imagino que eso será cierto —asintió Vanzetti—. No creo que usted piense mucho antes de decir una cosa así, pero eso no lo cambia. Sigue siendo una cosa muy cierta. A menudo ocurre que usted dice cosas sin pensarlas mucho y sin embargo son muy ciertas y muy pertinentes.

El alcaide lo contemplaba con interés. El alcaide comprendía que si él estuviera en el lugar de Vanzetti, no se podía haber comportado de este modo. Habría estado sumamente asustado, su voz habría salido ahogada, tendría la garganta seca, transpiraría mucho, y además estaría temblando de la cabeza a los pies. El alcaide se conocía, y sabía que sin asomo de duda, ése era su caso; pero no era el caso de Vanzetti. Vanzetti parecía estar muy sereno. Sus profundos ojos contemplaban al alcaide como evaluándolo. Sus

grandes bigotes agregaban una nota curiosa a su aspecto, y su rostro fuerte, anguloso, ligeramente melancólico no le parecía al alcaide distinto del que tantas veces había visto.

—¿Ya lo ha visto a Sacco esta mañana? —le preguntó Vanzetti al alcaide.

—Todavía no. Lo veré más tarde.

—Estoy preocupado por él. Está muy débil a causa de su huelga de hambre. Está enfermo. Me tiene muy preocupado.

—También a mí me preocupa —dijo el alcaide.

—Sí. Por supuesto. De todos modos creo que usted debiera verlo y hablar con él.

—Muy bien, lo haré. ¿Qué más quisiera que haga?

Súbitamente, Vanzetti sonrió. Lo miró de pronto al alcaide como un hombre maduro miraría a un niño.

—¿Realmente quiere usted saber lo que yo quisiera que hiciera? —le preguntó Vanzetti.

—Que yo pueda hacer —contestó el alcaide—. Yo no puedo hacerlo todo. Pero lo que esté a mi alcance, lo haré encantado. Hoy tienen ustedes algunos privilegios. Pueden decir qué es lo que quieren comer. Y pueden recibir al sacerdote cuando quieran.

—Me gustaría pasar un rato con Sacco. ¿Puede hacerse? Hay muchas cosas que quiero decirle, pero por una u otra causa no se las he dicho nunca. Si usted pudiera arreglar de modo que yo pasara un par de horas con él, le quedaría muy agradecido.

—Creo que puede arreglarse. Trataré de hacerlo. Pero no se desilusione demasiado si no puede ser.

—Usted debe comprender que no se trata de que yo sea más fuerte o más valiente que él. Quizá yo dé superficialmente esa impresión. Pero es sólo en apariencia. Por dentro él es tan fuerte como yo y

más valiente que yo.

—Los dos son muy valientes y muy buenos —dijo el alcaide—. Siento muchísimo que todo esto tenga que ocurrir.

—No hay nada que usted pueda hacer. No fue culpa suya.

—De todas maneras, lo siento mucho —dijo el alcaide—, quisiera que las cosas hubieran sido distintas.

El alcaide no quiso hablar más.

Ya no se le ocurría nada más para decir y, por otra parte, comprendía que este tipo de conversación lo estaba alterando profundamente. Le pidió a Vanzetti que lo disculpara, explicándole que éste era para él un día particularmente ocupado, mucho más que de costumbre. Vanzetti pareció comprender.

Cuando el alcaide se sentó a desayunarse —habitualmente se desayunaba abundantemente, pero esta mañana no tenía nada de apetito— le vino de pronto la idea, más, la seguridad de que hoy, como ya había ocurrido varias veces en el pasado, incluso hacía apenas una semana, la ejecución sería postergada; y que ni Sacco ni Vanzetti morirían. Comprendió que, aun cuando esto ocurriera, todavía quedaría la ejecución del ladrón, Celestino Madeiros, y si bien eso sería penoso y harto desagradable, ciertamente no sería tan perturbador para sus nervios como la ejecución de Sacco y Vanzetti.

Habiéndose hecho esta observación para su fuero interno, el alcaide se sintió mucho mejor, y cuanto más especulaba con esa posibilidad, más cierta le resultaba. Hasta su semblante cambió. Se puso contento y, sonrió por primera vez en esa mañana cuando le dijo a su mujer que en su opinión, la ejecución sería postergada.

Era de esa clase de hombres que durante muchos años había suprimido su propia excitación, porque los hechos de su vida no le daban alegrías para excitarse por ellos, y en cuanto a sus esperanzas, raras veces se cumplían. Por eso su esposa se sintió sorprendida al percibir el tono de su voz y la certeza con que había hecho

esa afirmación. Le formuló una pregunta obvia.

—Pero ¿para qué la volverían a postergar?

La respuesta a esta pregunta, que le surgió inmediatamente en la cabeza, le dio ocasión de detenerse y considerar todos los aspectos del problema.

Él había pensado contestar: «La ejecución será postergada porque resulta evidente para cualquiera que conozca algo de este caso, que, estos dos hombres son inocentes».

Pero no se atrevió a decir esto, ni siquiera a su esposa, No quería aparecer diciendo algo tan definitivo como eso. Ya había dicho demasiadas veces que las cuestiones de inocencia o culpabilidad no podían ser resueltas por él ni por ningún otro alcaide, por ello revisó algunos de los aspectos del caso y le recordó a su mujer que había una cantidad de razonables dudas acerca de la culpabilidad de esos dos hombres.

—¿Pero cómo pueden sobrevivir a una cosa así? —se preguntaba su esposa—. Durante siete años las cosas han ido así, muerte y postergación, muerte y postergación. Yo no sé si ya no sería mejor acabar de una vez. Yo no podría vivir así.

—Mientras hay vida hay esperanza —dijo el alcaide.

—Yo no comprendo —prosiguió su esposa—. Todos los que los conocen hablan tan bien de esos hombres.

—Son hombres muy buenos. Habría que caminar mucho para encontrar un par de hombres así. Yo no lo puedo explicar. Son muy buenos y correctos. Nunca he oído una expresión áspera a ninguno de ellos. No están enojados conmigo. Yo se lo pregunté a Vanzetti y él me explicó que me comprendía, lo mismo que Sacco, que no era culpa mía lo que les estaba ocurriendo. Vanzetti piensa que la ira se malgasta si no se dirige contra quien debe.

—Eso es lo que lo hace tan raro —dijo la esposa.

—¿Porqué tan raro? Exactamente así son las cosas. Son gente muy buena y eso es todo.

—Pero son anarquistas —empezó su esposa—, y se supone que…

—Ninguno de nosotros sabe nada sobre los anarquistas, pensándolo bien —le interrumpió el alcaide—. Esto no tiene nada que ver con el hecho que sean anarquistas o no lo sean. Yo mismo no sé mucho sobre los anarquistas ni los socialistas ni los comunistas. Y Sacco y Vanzetti pueden ser las tres cosas. Pueden estar empapados en el mal de la cabeza a los pies. Lo único que yo te digo es que esto no se les nota cuando se conversa con ellos. Cuando uno habla con ellos se aleja diciéndose que éstos son dos hombres que nunca, bajo ninguna circunstancia, podían haber cometido un asesinato. Por lo menos, no el tipo de asesinato de que se les acusa. Ese asesinato es obra de pistoleros que matan a sangre fría, que matan a un hombre como si fuera un perro. Pero estos dos hombres son completamente distintos. Yo no sé cómo expresarlo, pero estos hombres tienen una gran ternura frente a la vida. Ellos no podían haber matado así. Ahora, fíjate que yo te estoy diciendo esto en privado, no quiero que lo repitas. Y si yo no soy capaz de reconocer a un criminal, entonces ¿quién?

—Hay muchas clases de criminales —le recordó su esposa.

—Ves, allí está. Y no te culpo. Es lo que dicen todos. Lo que tienes que preguntarte es cómo puede ocurrirle una cosa así a un inocente. Porque, llevada la cosa a sus últimas consecuencias, ¿de eso se trata, o no?

—Me imagino que sí —convino su esposa.

—Bueno, fui a ver a Vanzetti esta mañana, y allí estaba, tan sereno y amable como si hoy fuera un día igual que los demás.

En este punto de la conversación los interrumpió un guardia para informar al alcaide que Madeiros estaba chillando histéricamente, y preguntarle si le permitía al médico ponerle una inyección de morfina. El alcaide pidió a su mujer que lo excusara, se limpió

apresuradamente la boca y salió con el guardia. Pasaron por la enfermería y recogieron al médico, y los tres juntos fueron a la celda de Madeiros. Cuando todavía estaban lejos de ella, empezaron a oír chillidos, los que fueron creciendo en intensidad y volumen a medida que se acercaban a la celda.

Madeiros estaba en la Casa de la Muerte, muy cerca de los dos, de Sacco y de Vanzetti. Para llegar a su celda, el alcaide tenía que pasar por las de estos dos hombres; pero ahora no se ocupó de fijarse por las mirillas para ver qué es lo que estaban haciendo.

Madeiros yacía en el piso de su celda, víctima de espasmos y contracciones, retorciendo todo su cuerpo entre atroces dolores. En este caso había antecedentes epilépticos, y éste no era su primer ataque desde que habría ingresado en la prisión. El alcaide trató de hablarle, pero él ya no oía, aullando desesperadamente y golpeando contra el duro piso de cemento. De la boca le salía una mezcla de sangre y saliva, y el verlo y oírlo hizo que el alcaide se sintiera bastante descompuesto.

—Vamos, vamos, ya pasará —trataba de decirle el alcaide—. Cálmate, que aquí estamos nosotros. Ya no estás solo y todo va a andar bien y es mejor que te calmes un poco porque te estás haciendo daño.

—No vale la pena hablarle —dijo el médico—. Lo mejor será darle una inyección de morfina. ¿Le parece bien?

—Bueno, adelante —dijo el alcaide—. ¿Qué está esperando? Vamos, póngasela de una vez.

Él y el guardia sostuvieron a Madeiros mientras el médico le inyectaba la morfina. A los pocos minutos el cuerpo del joven se relajó, los nudos de sus músculos empezaron a aflojarse y sus aullidos se fueron convirtiendo paulatinamente en sollozos.

El alcalde saltó de la celda. Se sentía descompuesto del estómago. Su anterior certeza de que hoy volverían a ser postergadas las ejecuciones, como lo habían sido ya otras veces, desapareció, y en su

lugar, sintió una terrible, abrumadora seguridad de que hoy tendría que acabar con eso. Éste era sólo el comienzo de un día terrible. Eran apenas las ocho de la mañana. Y no veía cómo iba a poder resistir todo un día así.

Capítulo III

Es sorprendente cómo de pronto la gente se volvió curiosa acerca de Sacco y Vanzetti y quiso saber algo de ellos, quiénes eran y cómo eran. También es sorprendente cuán poco sabía acerca de ellos la gente antes de que les llegara la hora de la muerte.

El año 1927 fue un año raro, un año de noticias; y los titulares de los diarios eran grandes y contundentes y se sucedían uno tras otro. Era en medio de los mejores tiempos posibles, y Charles Lindbergh cruzó solo el Atlántico por vez primera, y el *Baltimore Sun* pudo exclamar: «Él ha exaltado la raza humana». También «Peaches». Browning y su anciano esposo, «Daddy». Browning exaltaban la raza humana, y luego Chamberlain y Levine cruzaron el océano, y Jack Dempsey enfrentó a Sharkey antes de ser derrotado por Gene Tunney.

Sacco y Vanzetti, sin embargo, eran comunistas o socialistas o anarquistas o elementos altamente subversivos de alguna otra especie, y había muchos diarios a lo largo de todo el país que nunca publicaban una palabra acerca de ellos y que sólo lo hicieron cuando llegó para ellos la hora de morir. Incluso los grandes rotativos de Boston y de Nueva York y Filadelfia sólo publicaban de tanto en tanto un par de líneas sobre el caso. ¡Hacía tanto tiempo que había empezado este caso!

«Después de todo», podían haber dicho estos diarios en su descargo, «el caso Sacco-Vanzetti empezó en 1920, y ahora estamos en 1927».

La inminencia de la muerte tornaba elocuentes a un zapatero y a un pescadero ambulante; hasta su mismo silencio era elocuente. Desde temprano en la mañana, desde muy temprano ya, el 22 de agosto, el rumor y el olor y el sentimiento de la muerte flotaban en el aire.

Parecería aún más que extraño el hecho de que en un mundo donde

tantos centenares y millares morían sin ser cantados, ni siquiera llorados, la muerte de dos agitadores y un vulgar ladrón causara tanta conmoción y se convirtiera en una cosa de tan tremenda y singular importancia. Curioso como era, tal era el caso, y la gente tenía que tomar nota de ello.

Todos los diarios sabían ya cuáles serían sus titulares del día siguiente, pero necesitaban algo más que titulares. Por eso fue un cronista esa mañana al lugar donde habitaba la familia de Sacco. Aquí vivía la madre de dos hijos, la esposa de Nicolás Sacco. Al cronista le habían dicho que mucha gente estaba interesada en Vanzetti, pero mucha más aún estaba interesada en Sacco. El caso de Nicolás Sacco llevaba implícito un interés humano, y el que no era capaz de ver eso, era un imbécil. Aquí estaba Sacco apenas a los treinta y seis años, suspendido al borde de ese aterrador abismo de la muerte prefijada, elegido como uno de esos pocos seres capaces de saber a ciencia cierta el día y la hora de su muerte, de su partida de este mundo. Al periodista le habían dicho que, de acuerdo a las simples ideas de mucha gente simple de este país, Sacco dejaría ingentes riquezas, porque era un padre de familia.

Sacco tenía una esposa y dos hijos. El nombre de su esposa era Rosa. El muchacho, que llegaba a los catorce años, se llamaba Dante. La nena, que aún no tenía siete, se llamaba Inés. Al cronista, después de informarle que en esta crónica tenía que haber un interés humano, lo mandaron a ver a la madre de los hijos de Sacco. Él debía investigar qué sentía la mujer de Sacco y sus hijos ese día.

Esta tarea no le gustaba, y eso no era extraordinario.

Incluso para los periodistas más avezados y endurecidos, ésta no era una tarea fácil ni cómoda. Pero él tenía que cumplir con su deber, y salió temprano, para poder ganar de mano a cualquier otro cronista cuyos jefes hubieran tenido la misma idea. Y así se encontró llamando a la puerta de Rosa Sacco a las ocho de la mañana.

La madre fue a abrir la puerta y le preguntó qué era lo que quería. Y él la miró y tuvo una reacción desusada.

«Mi Dios», se dijo. «¡Qué bella es! ¡Es una de las mujeres más hermosas que he visto en mi vida!».

Era temprano todavía. Su cabello, apresuradamente recogido, estaba aún despeinado, y, no llevaba polvo ni pintura en la cara. Quizá no fuera tan bella como le había parecido al periodista. Él esperaba otra cosa. Ella lo asombró con la limpidez de sus ojos grandes, la tremenda serenidad de su rostro tan profundamente triste. Como una copa que se desbordara, la pena la llenaba y se resbalaba por toda su figura. Esta mañana, en los ojos y en la imaginación del cronista, la pena se integraba con la belleza; y esto era tan perturbador que el cronista sintió la tremenda urgencia de huir. Pero éste era el terror de la verdad súbitamente revelada. Su oficio no era ocuparse de la verdad, pero con todo, debía recordar que ese oficio le daba de comer. Por eso se quedó allí e inició sus preguntas.

—Por favor, váyase —dijo la madre—. No tengo nada que decir.

Él trató de explicarle que no podía irse. ¿Acaso no podía comprender ella que era su oficio, y que posiblemente el suyo fuera el oficio más importante del mundo?

Ella no comprendía eso. Le dijo que los chicos dormían todavía. Hablando penosamente, cada palabra iba envuelta en dolor, le pidió que no despertara a los niños.

—Yo no quiero despertarlos —le dijo en su defensa—. No deseo en absoluto despertar a sus hijos. ¿No me permite pasar un momento?

Ella suspiró, se encogió de hombros, asintió con la cabeza y lo dejó pasar.

Lo primero que vio en esa casa fueron los niños que dormían. Después pensó que en realidad fue lo único que vio. Era un hombre muy joven, y no podía suponerse en él una particular sensibilidad por los hijos de un zapatero italiano. Él Mismo, era un norteamericano de raigambre «yanqui», era el hijo de honrados, creyentes norteamericanos de la Nueva Inglaterra. No sólo que él había

nacido en Boston, sino que su abuelo había nacido en Boston, su tatarabuelo había nacido en Plymouth, Massachusetts, y su chozno había nacido en Salem, Massachusetts.

Sin embargo vio cómo dormía una chiquilla. Hay algo de singular en ello; en todo el mundo no hay nada que se le parezca. Una chica de menos; de siete años, cuando duerme, es el modelo de todos los ángeles que los hombres han soñado a través de los siglos. La niña dormía, con la mata de cabello negro cubriéndole la cara, los brazos extendidos y el rostro reposado en su serena inocencia. Ni siquiera un mal sueño parecía alterarla a esta hora de la mañana. Ella ya había tenido en el pasado su cuota de malos sueños, y quizá ya los había agotado. Había soñado con una silla eléctrica: lo había soñado a su modo infantil.

La había visto en su sueño, como una gran silla con un montón de lamparitas eléctricas encima, y toda la silla reverberaba y chispeaba en la luz, y en esta silla estaba sentado su padre, Nicolás Sacco.

Esta creación de su mente infantil era el resultado de todos sus esfuerzos por comprender ese concepto de dos palabras que se le había metido en el campo de la conciencia, escuchado subrepticiamente, escuchado por casualidad, escuchado a otros niños que lo decían en son de burla. Nunca se le ocurrió pensar en las normas éticas de un Estado que no se preocupa por el problema de una niñita en relación con una cosa como la silla eléctrica.

Huelga de hambre era otra cosa que le resultaba muy difícil de comprender, y sus sueños habían asumido otras formas para esta cosa horrenda. Soñaba con tener más hambre que la que efectivamente hubiera tenido nunca. Una vez en uno de esos sueños de hambre desesperada, se despertó llorando. Era una noche en que su madre no estaba, y su hermano Dante la tomó en sus brazos y la consoló y trató de explicarle que esta imagen que ella había evocado no correspondía a la realidad, tal como verdaderamente era.

—Mira —le dijo—. Tengo una carta de papá donde me habla de eso.

Después le prometió leerle la carta a la mañana siguiente, y por supuesto, lo hizo. Ella se sentó con las piernas recogidas y las rodillas abrazadas, mientras su hermano le leía la carta que su padre les había escrito. Y leyó esto:

«Mi querido hijo y compañero:

»Desde el día en que te vi por última vez he tenido la intención de escribirte esta carta, pero la extensión de mi huelga de hambre y el temor de no poder explicarme satisfactoriamente me hicieron postergarla todo este tiempo.

»El otro día di por terminada mi huelga de hambre y tan pronto como lo hice, pensé en escribirte, pero descubrí que no tenía fuerzas, y que no podía escribirla de una sola vez. Sin embargo, quiero hacerlo antes de que nos lleven a la Casa de la Muerte, porque tengo la convicción de que tan pronto como el tribunal rehúse concedernos un nuevo juicio, nos llevarán allí. Y entre el viernes y el lunes, si nada ocurre, nos electrocutarán, minutos después de la medianoche. Por eso me dirijo a ti con los brazos abiertos y el corazón tan lleno de amor como siempre lo he tenido.

»Si interrumpí mi huelga de hambre el otro día, fue porque ya no quedaba vida en mí. Porque yo protesté con mi huelga de hambre ayer como protesto hoy por la vida y no por la muerte.

»Hijo, en lugar de llorar, sé fuerte, para poder consolar a tu madre, y cuando quieras distraer a tu madre de su terrible pena, te diré qué es lo que yo solía hacer para ello. La llevaba a dar un largo paseo, a caminar por la campiña, a juntar florecillas silvestres aquí y allá, a descansar bajo la sombra de los árboles, entre la armonía del rumoroso arroyo y la serena tranquilidad de la Madre Natura. Estoy seguro de que a ella le gusta mucho esto, y sé que entonces los dos serán felices allí.

»Pero recuerda siempre, Dante, ayuda a los débiles que piden ayuda, ayuda a los perseguidos y a las víctimas, porque ellos son tus mejores amigos; ellos son los camaradas que luchan y caen como tu padre y Bartolo lucharon, y cayeron ayer por la conquista de la

alegría de la libertad para todos los pobres trabajadores. En esta lucha de la vida hallarás mucho amor y serás amado.

»Mucho he pensado en ti cuando estaba en la Casa de la Muerte —las canciones, las tiernas voces de los niños que jugaban en el patio, donde había toda la vida y la alegría de la libertad— apenas a un paso del muro que encierra la sepultada agonía de tres almas sepultadas. Me hacía acordar a cada instante de ti y de tu hermana Inés, y me hacía desear verlos continuamente. Pero me siento contento de que ustedes no hayan venido a la Casa de la Muerte, para que no hayan podido ver el horrible cuadro de tres hombres yaciendo en la agonía, esperando ser electrocutados, porque yo no sé qué efecto hubiera causado a vuestras sensibles almitas. Pero, por otra parte, si no fueran ustedes tan sensibles, les sería útil mañana cuando pudieran usar este horrible recuerdo para mostrar ante el mundo la vergüenza de este país en esta cruel persecución y en esta muerte injusta. Sí, Dante, ellos pueden crucificar nuestros cuerpos, tal como hoy lo hacen, pero no pueden destruir nuestras ideas; ésas quedarán para las juventudes futuras.

»Dante, te digo una vez más que ames y consueles a tu madre y a los seres queridos en estos días tristes y yo estoy seguro de que con tu valiente corazón y tu gran bondad se sentirán menos desgraciados. Y tampoco te olvides de quererme un poquito, porque yo te quiero. ¡Oh, hijito, pienso tanto en ti!

»Con los mejores cariños fraternales para todos los seres queridos, mi cariño y mis besos para la pequeña Inés y para mamá. El abrazo más fuerte.

Tu padre y compañero».

«P. D. Bartolo te manda muchos saludos. Yo espero que tu madre te ayudará a comprender esta carta, porque yo podría haber escrito mejor y de un modo más simple si me sintiera bien. Pero estoy muy débil».

Aun cuando la nena no entendía toda la carta, y aun cuando su hermano omitió piadosamente una buena parte, lo que quedaba

bastaba para alterarla. Y de esa alteración trató ella de sacar unas pocas palabras para enviárselas.

El torbellino de pensamientos inyectados por ésta había empezado apenas a aquietarse cuando recibió su propia carta, dirigida a ella, con esta salutación: «Mi querida Inés». Y de allí comenzaba su padre a hablar para ella. Cada palabra de la carta significaba que su padre estaba hablando con ella. Éstas eran sus palabras:

«Me gustaría que pudieras comprender todo lo que voy a decirte, y yo quisiera poder escribir de un modo muy sencillo porque ardo en deseos de que tú recibas todos los latidos del corazón de tu padre, porque te quiero mucho y tú eres lo que de más caro hay para mí en la tierra.

»Es muy duro en verdad hacerte comprender algunas cosas a tu tierna edad, pero voy a tratar desde el fondo de mi corazón de hacerte entender cuán cara eres para el alma de tu padre. Si no lo logro, sé que tú guardarás esta carta y la leerás en los años futuros y verás y sentirás el mismo latido de amor que tu padre siente al escribírtela.

»Fue el más grande tesoro y dulzura en mi vida de lucha el haber podido vivir contigo y con Dante y con tu madre en esa pequeña quinta, y recibir de todos ustedes palabras sinceras y tiernos afectos. Después, en el verano, sentarme con ustedes en la glorieta, a la sombra del roble grande, empezar a enseñarles las cosas de la vida, y a leer y escribir, a verlos correr, reír, llorar y cantar por esos campos verdes, cortando flores silvestres aquí y allá, trepándose a un árbol, corriendo del claro arroyuelo al abrazo de su madre.

»Yo sé que tú eres buena y que quieres a mamá, a Dante y a todos los seres queridos; y estoy seguro de que también a mí me quieres un poquito, porque yo te quiero mucho. No sabes, Inés, cuántas veces pienso en ti en el transcurso de un día. Estás en mi corazón, en mis ojos, en cada rincón de mi triste celda, en el cielo y en dondequiera que yo pose la mirada.

»Mientras tanto, da mis saludos a todos los amigos y camaradas, y

el doble a los seres queridos. Mi amor y mis besos para tu hermano y para tu madre.

»Con el beso más cariñoso y la inefable caricia de aquel que te quiere tanto que piensa en ti constantemente. Con saludos de Bartolo para todos ustedes.

»Tu padre».

Mientras él le hablaba, ella cerró los ojos y trató de ver su rostro y el movimiento de sus labios, y la lucecita que descubriera en sus ojos cuando lo visitaba en la prisión.

Pero todo esto estaba en el pasado. Por el almanaque de los adultos, era un pasado de sólo pocos días, pero para la niñita era un pasado muy, muy lejano. Ahora, esa mañana, ella dormía tranquilamente en paz con sus sueños y con sus recuerdos, dulces o ingratos.

—Por favor, váyase —la madre le rogaba al cronista.

El joven volvió a mirar a los dos niños y después se fue. No podía quedarse ni un minuto más. Se fue caminando por la calle y trató de armar en su mente lo que había visto, de modo que de allí pudiera salir una crónica. Estaba inquieto y perturbado por muchas, muchas cosas que habían irrumpido de pronto en el campo de su conciencia y que, en una gran medida, escapan completamente a su comprensión.

Nunca había sentido antes la necesidad de comprender cuáles eran las intenciones de un pobre vendedor ambulante de pescado y un hábil zapatero, que eran, los dos, anarquistas o comunistas o algo así. Esa gente llegaba de otra parte, de algún rincón que no estaba en su mundo.

Se ponían en movimiento y ese movimiento podía terminar en la muerte violenta o en la prisión o en la muerte por hambre o en la silla eléctrica; pero un final como ése estaba expresamente reservado para gente como ésa.

No eran parte de su propio mundo y no tenían por qué perturbar el sereno funcionamiento de su conciencia.

Y ahora se habían tornado abruptamente parte de su mundo y le estaban molestando la conciencia. Una vez él había sacado a pasear a una muchacha y se había jactado ante ella de las muchas experiencias que se podían recoger en la vida del periodismo. Y ésta era, sin duda alguna, una de esas experiencias de las que tan estrepitosamente se había estado jactando. Pero, se preguntó si alguna vez podría hablar con alguien y narrarle esta experiencia con el modo juvenil y jactancioso que había usado tantas veces frente a muchachitas asombradas. Si era capaz de contárselo a alguien, entonces tendría que ser capaz de escribir ahora una crónica.

Pero ¿qué clase de crónica sería? De algún modo él intuía vagamente y hasta cierto punto, trágicamente, que sería una crónica que iría más allá que cualquiera otra que él hubiera nunca escrito o narrado. Que una historia de ese tipo se escondía detrás de los rostros bellos y serenos de los niños que dormían. Su educación le enseñaba que «Dante» era el nombre de un poeta italiano, aun cuando él no hubiera leído nunca al poeta Dante. Pero se preguntaba de dónde había sacado un zapatero italiano el nombre de «Inés» para ponérselo a una hija. Esas especulaciones fueron súbitamente desplazadas por la comprensión de que esa niña debía haber nacido y vivido sus cortos años durante los siete años que Nicolás Sacco y Bartolomé Vanzetti llevaban en la prisión. Y este descubrimiento conmovió profundamente al periodista, y por cierto que lo conmovió mucho más que todas las cosas que había visto esa mañana.

Él ya era distinto, y ya nunca podría volver a ser como había sido antes. Un amargo cambio había empezado a germinar en él. Se había aproximado demasiado a la muerte —y en consecuencia se había aproximado demasiado a la vida— y ese acercamiento imprudente le había costado su juventud.

Capítulo IV

A las ocho y cincuenta, en la mañana del 22 de agosto, el profesor de Derecho Penal, que era también uno de los abogados más destacados de ese estado, cruzaba el prado rumbo al edificio de la escuela de Derecho, donde daría la sexta y última conferencia de la serie que estaba dictando para los cursos de verano. Era la primera vez que había participado en estos cursos y en todo el transcurso de esas vacaciones se sintió desgarrado entre el deseo de ir a tomarse unas verdaderas vacaciones en las montañas o a la orilla del mar, y un sentimiento de alivio por poder, después de todo, estar en Boston viendo, estudiando y observando la fase final del caso Sacco y Vanzetti.

Muy rara vez se permitía admitir, ni siquiera a sí mismo, cuánto había llegado a significar este caso para él, y esto se debía a que había implícito un cierto peligro en la admisión de este hecho, aunque fuera a sí mismo. Cuando, sin embargo, se vio llevado por un sinfín de circunstancias a aceptar el caso Sacco-Vanzetti como una fuerza decisiva en su vida diaria, su ira ante ciertas fuerzas se volvió incontrolable. Y esto, quizá, lo perturbaba más que cualquiera otra cosa. Desde muy joven, había enfrentado con fuerza su tendencia a la ira incontrolable en cualquier tipo de situaciones.

Sin embargo, en esta mañana tranquila, especial y particularmente trágica, su ira estaba presente, pero en estado latente, como un resorte de acero comprimido dentro de su pecho. Sólo la noche antes había oído que el rector de la universidad, que a la vez presidía un comité asesor que había investigado el caso, lo había vinculado con éste de un modo particularmente desagradable.

El rector de la universidad se había referido a él, al profesor, como «ese judío» y había seguido diciendo que hay algo más que lo que se ve a simple vista en la facilidad con que los judíos se metían a

defender a «dos comunistas italianos».

No había nada particularmente nuevo ni revelador en el conocimiento de que al rector de la universidad no le gustaban los judíos. Desde que había entrado por vez primera a esa universidad, el profesor había notado el hecho de que al rector le disgustaban profundamente los judíos. Hay que agregar que el rector tenía iguales sentimientos por todas las otras minorías de los Estados Unidos; si su antipatía por los judíos se expresaba más abierta y frecuentemente ello sólo se debía al hecho de que podían cerrarse con menos facilidad las puertas de la universidad a los judíos que a algunos otros grupos.

El profesor, mientras cruzaba apresuradamente el prado, iba pensando en todas estas cosas, y era consciente de ellas, así como tenía conciencia de su propio aspecto físico.

Esta conciencia lo hostigaba permanentemente era un permanente aguijón punzando su sensibilidad. Todas esas cosas que el rector de la universidad era, este profesor de Derecho Penal no las era. El profesor no era nativo de la Nueva Inglaterra; ni siquiera había nacido en los Estados Unidos; y no tenía ojos azules ni un porte aristocrático. Cuando hablaba quedaba todavía en sus palabras un rastro de pronunciación extranjera. Sus ojos oscuros, estrechos, agudos, se escondían detrás de un grueso par de lentes, y su enorme cabeza parecía colgar sin fuerza de sus anchos hombros. Aun cuando él hubiera podido olvidarse de su apariencia física, la vida, en el Boston de 1927 no se lo habría permitido.

«Muy bien», se dijo esa mañana mientras cruzaba el prado. «Camino como un judío. Y ahora, este judío va a hacer una cosa valiente o estúpida y va a dar la última clase del cursillo de verano, y su tema será el caso Sacco-Vanzetti».

Esta decisión, que había tomado la víspera, por una parte lo fortalecía, pero por otra no hacía más que echar más gasolina al fuego de su ira. Era cosa conocida entre el cuerpo de profesores de la universidad que el brillante, agudo, arrollador ensayo que el profesor había escrito en defensa de Sacco y Vanzetti —y que había

publicado, además—, no le había sido perdonado por el rector de la universidad. No sólo porque el rector consideraba imprudente la actitud del profesor, sino porque pensaba que, al asumirla, el profesor de Derecho Penal había tomado una posición, tanto personal como públicamente, y que esa posición era antagónica a la sustentada por el rector. El rector de la universidad tenía su propia filosofía de la situación. Desde su punto de vista, él veía el poder de dos agitadores desnudos y desarmados que esperaban la hora de la muerte, y que sin embargo lograban concitar en su torno el interés y la simpatía de la mitad de los pueblos de la tierra. Este misterioso poder lo aterraba. A él le resultaba imposible comprender que el profesor de Derecho Penal, con quien estaba tan disgustado, no viera lo mismo en esos dos agitadores, no viera ese poder, sino tan sólo dos seres desgraciados que esperaban en la impotencia que se consumara su inicuo destino.

Cuando el profesor entró en el edificio de la escuela de Derecho esa mañana, encontró a tres periodistas que lo estaban esperando. Inmediatamente le preguntaron si era cierto, tal como se rumoreaba, que en ésta su última clase del cursillo dictado en homenaje a Roger Williams se ocuparía del caso Sacco y Vanzetti.

—Así es —les dijo en un tono que no era precisamente cordial ni expansivo.

—¿Quiere usted, profesor, formular alguna declaración acerca de esta clase o del dictamen del comité asesor?

Se referían al comité encabezado por el rector de la universidad —y designado por el gobernador— para intervenir, como una especie de tribunal especial de última instancia, en el caso de Sacco y Vanzetti.

—No tengo nada que declarar —repuso el profesor—. Si ustedes quieren oír mi disertación, pueden entrar al aula. Yo no les voy a cerrar las puertas, pero no tengo nada que declarar.

La invitación era evidentemente generosa, y los periodistas lo siguieron al salón. Allí ya estaban unos trescientos estudiantes, casi

todos los inscritos en el curso, Sus clases eran muy bien seguidas considerando que se trataba de un cursillo de verano. Era esa misma concisión y ese ingenio irónico que lo hacían tan temido por algunos, los que le ganaban la estimación de otros.

«Por lo menos» pensó para sí mientras se instalaba en la cátedra, «los estudiantes no me repudian».

Se detuvo un momento, de pie junto a su escritorio y recorrió con la vista las hileras de rostros juveniles, serios, atentos. Esta aula era bastante antigua y estaba construida en forma de anfiteatro. Él venía a estar en una especie de pozo rodeado por muros de estudiantes que llegaban, en las últimas filas, hasta el techo. En los viejos bancos ya habían desplegado los cuadernos y los anotadores y todos tenían los lápices listos para empezar a tomar notas, algunos de ellos se sostenían la barbilla con una mano, y sus ojos reflejaban su seriedad y su interés expectante.

Por lo menos, pensó, nunca había incurrido en el pecado de aburrir, y si tenía una irresistible vocación de autodestrucción, por lo menos conseguía en el curso de ese proceso, obtener un marcado interés en la vida. Quizá el rector de la universidad, que siempre había eludido tan cuidadosamente la más mínima excitación, encontraba ésta tan molesta como las otras cualidades del profesor. Ahora, sin embargo, ya importaba poco, porque en todos los procesos mentales cumplidos por el profesor con relación al caso Sacco-Vanzetti y a su propia posición frente a ese caso, había llegado a una serie de conclusiones singularmente importantes.

Al principio el profesor se vio enfrentado al problema de tornar una posición frente al caso, cualquier posición; una posición que sostuviera que los dos eran culpables, o que negara que los agitadores lo fueran, o que admitiera que ciertos aspectos del juicio habían sido sencillamente deplorables. Durante meses y meses se debatió con esta cuestión tentadora y al mismo tiempo terriblemente perturbadora; si tomaría o no tomaría una posición, si correría o no correría el riesgo de alinearse con los rojos e incluso de ser llamado rojo él mismo. Y finalmente, de todas estas dudas y debates

salió la resolución de estudiar los hechos relacionados con el caso del modo más completo y sereno que fuera posible.

Recordaba bien cuándo había llegado a sus primeras conclusiones y tomado su decisión inicial porque implícita en esta decisión inicial estaba ya todo lo que vino después. Su investigación había sido cuidadosa y exhaustiva. Él podía haberse propuesto estudiar el caso con un interés sólo relativo; pero el hecho es que se sumergió profundamente en él y así enfrentó la segunda decisión crítica al preguntarse: «¿Son culpables o inocentes?».

Cuando hubo contestado esa pregunta, dio el siguiente paso con mayor agilidad. Las consecuencias que implicaba lo llenaron de temor durante muchos días y largas semanas.

Él había luchado mucho para llegar a la posición, que actualmente disfrutaba, y en el curso de esa lucha había enfrentado la necesidad de conquistar una nueva lengua, un nuevo país, una nueva vergüenza, un nuevo desprecio; y a todas estas cosas, una por una, las había conquistado.

Cuando él tomó su decisión sabía muy bien que podría significar el abandono de todo lo que había logrado y conquistado; sin embargo, se dijo con toda franqueza y claridad: «Es muy difícil vivir en un mundo que sea una mentira. Una mentira puede existir en forma de hombre, pero me hace sentir incómodo. Quizá con el tiempo yo hubiera llegado a ser un juez muy importante o un abogado muy rico. De lo que seré ahora no tengo la menor idea, pero estoy seguro de que me sentiré mucho menos incómodo».

Y entonces se sentó y escribió su sonado ensayo sobre el caso de Sacco y Vanzetti.

Todo esto lo recordaba ahora mientras miraba esos rostros juveniles y componía sus pensamientos y ordenaba sus notas para empezar su disertación. Miró el gran reloj que pendía sobre la puerta y vio que eran exactamente las nueve y un minuto. Se aclaró la garganta, inclinó hacia adelante su enorme cabeza, y dio unos golpecitos con su lápiz en el escritorio.

—Vamos a empezar —dijo— la última de nuestras clases acerca de la teoría de la prueba. En las semanas anteriores nos hemos ocupado con una cantidad de casos tomados de lo que podríamos llamar el Templo de la Fama de la ley (aunque a veces no es de la fama sino de la infamia). Todos estos casos pertenecen al pasado. Hoy, sin embargo me propongo discutir un caso que todavía corresponde al presente.

»El hecho de que hoy sea veintidós de agosto, hace que esta situación, así como el caso que he elegido resulten particularmente importantes. Hoy es el día fijado por el gobernador de este estado para la ejecución de Sacco y Vanzetti, los dos agitadores italianos que esperan su fin en la Casa de la Muerte.

»Discutir la prueba con base en la cual fueron condenados estos dos hombres, tan pocas horas antes de que su sentencia de muerte sea ejecutada, podrá ser considerado por algunas personas como un gesto totalmente falto de tacto, y hasta imprudente. Sin embargo, no es sin una cuidadosa reflexión que yo me he embarcado en esta empresa, y personalmente considero que aquí no hay falta de tacto y que mi proceder es altamente prudente. Un estudioso de la historia debe ocuparse de los vivos tanto como de los muertos. Un buen abogado es un hombre que forma parte de un modo consciente de los procesos históricos.

»Es también particularmente adecuado que una discusión de estas características concluya y cierre lo que se ha denominado "Curso de homenaje a la memoria de Roger Williams".

Con demasiada frecuencia nosotros tomamos y aceptamos un nombre sin tener una idea clara de su historia y sin investigar con demasiado cuidado su sentido. Pero es precisamente porque Roger Williams consagró su vida a resistir cualquier tipo de interferencias, ya sea por las leyes de la Iglesia o las del Estado, en la conciencia del hombre, que su nombre ha perdurado y será recordado mientras siga existiendo el país por el que luchó. Esto coloca una cierta responsabilidad sobre los hombros de quien se hace cargo de la tarea de dictar un curso en su homenaje y recordación. La liber-

tad de conciencia es algo más que una letra muerta. Es un modo de vida por el que hay que luchar con tesón y sin descanso.

»Terribles riesgos acechan el sendero de quien se embarca en esta lucha por la dignidad del hombre, pero hay que reconocer que las recompensas guardan relación con el tamaño de la empresa.

»El día de hoy no es un día como los otros. Al menos yo no puedo recordar en toda mi vida otro día como éste. Hoy es un día que ha sido elegido para ser recordado y para tornarse memorable por haber sido la ocasión de un tremendo golpe contra todos los que aman la justicia y creen verdaderamente en la libertad de conciencia del ser humano. Es por ello que lo que voy a decir esta mañana reviste tan singular importancia».

El profesor volvió a recorrer el aula con la vista, dejando vagar sus ojos de un rostro a otro, de una hilera a otra. Casi todas las expresiones reflejaban ese sentimiento de urgencia y de crisis que él había querido comunicarles. También él estaba tenso; ya podía sentir la transpiración humedeciendo su camisa. Sabía por experiencia que antes que terminara de hablar, estaría empapado en sudor, agotado, exhausto. Empezó a hablar muy lentamente, como si vacilara o tartamudeara.

—Quiero empezar volviendo sobre algunos de los hechos contenidos en este caso. No nos será lógicamente posible, en el escaso tiempo de que disponemos, recapitularlo en su totalidad. Sin embargo, estoy seguro de que ustedes no ignoran las principales características de este proceso. Nuestro problema es aquí el de considerar los hechos a la luz de ciertas normas y ciertas prácticas que afectan al problema de la prueba. Y esto es lo que intentamos hacer.

»Como ustedes saben, los acontecimientos que condujeron a esta doble ejecución que debe consumarse en la fecha, comenzaron hace algo más de siete años, el día quince de abril del año 1920, en el pueblo de South Braintree, Massachusetts. Ese día, Parmenter, un pagador, y Berardelli, que era su escolta, fueron muertos a balazos por dos hombres armados. Las armas utilizadas fueron pisto-

las automáticas. El pagador y el guardián llevaban dos cajas que contenían el dinero para pagar la quincena al personal de Slater y Morrill, fabricantes de calzado. Este dinero ascendía a la suma de 15,776.51 dólares. Cuando fue cometido el doble asesinato, el dinero era conducido de las oficinas de la compañía a la fábrica, por la calle principal de la localidad. Simultáneamente con el crimen, un automóvil, en el que iban otros dos hombres, se aproximó y se detuvo en ese lugar; los criminales subieron las cajas al vehículo, saltaron a los estribos y se alejaron a gran velocidad. Después de dos días fue hallado abandonado en un bosquecillo el automóvil a cierta distancia de South Braintree, y la policía encontró huellas de un coche más pequeño que se había alejado del lugar. En otras palabras, otro coche había venido a encontrarse con el primero, los criminales subieron y el coche se alejó para llevarlos a lugar seguro.

»En esa misma época la policía estaba investigando un asalto de similares características cometido en la localidad de Bridgewater, no lejos de allí. Los dos atracos se vinculaban por el hecho de que, en ambos casos, se había utilizado un automóvil, y que, en ambos casos, los testigos habían expresado la opinión de que los asaltantes debían ser italianos.

»En consecuencia tenemos planteada ante nosotros una situación en que la policía tiene ciertos indicios en cuanto a los autores del crimen; la policía busca a un italiano que tenga un auto; dado que en uno de esos hechos, el asalto de Bridgewater, el auto se había alejado en dirección a Cochesett, la policía dedujo que el italiano que poseía el auto podría vivir en esa localidad.

»Yo debo decir al llegar a este punto, que esa suposición sería aplicable a cualquiera de las ciudades industriales de la región de la Nueva Inglaterra; ya que no hay una sola que no tenga una considerable población de inmigrantes italianos, y el cálculo de probabilidades nos indica que por lo menos uno de los italianos de cada una de ellas tendrá un automóvil. Pero esto no pareció amilanar a la policía, que descubrió en Cochesett a un italiano llamado Boda, que poseía un automóvil.

»Abreviando algunos detalles llegamos a un taller mecánico de un señor Johnson, donde se halló el coche de Boda (él lo había dejado allí para que se lo arreglaran). La policía dejó una guardia permanente para ver quién venia a buscarlo. En la noche del quince de mayo, es decir unas tres semanas después del doble crimen de South Braintree, Boda y otros tres italianos fueron efectivamente a buscar el coche.

»En este punto hay que decir algo acerca del medio en que estos hechos estaban ocurriendo, y algo del mundo de entonces visto en los términos de un extremista de origen italiano. Y digo un extremista de origen italiano, porque ésta es una adecuada caracterización, desde el punto de vista filosófico, de los dos, de Sacco y Vanzetti, ya sea que la gente se refiera a ellos como comunistas, socialistas o anarquistas. En todo caso, son extremistas. En esta época de primavera de 1920, la vida de un extremista era una vida bastante insegura. El fiscal general Palmer había iniciado acciones a efectos de proceder a una deportación en masa de estos extremistas.

»Las acciones estatales contra estos extremistas de origen extranjero eran de un carácter particularmente brutal, y muy a menudo estas acciones eran efectuadas en condiciones que hoy nos resulta muy difícil aceptar o comprender. Por ejemplo, y es un ejemplo pertinente a nuestro tema de hoy, tomemos el caso de un tal Salsedo, italiano, extremista, tipógrafo, que en la primavera de 1920 fue mantenido incomunicado en una habitación que era una de las oficinas del ministerio de justicia (en el decimocuarto piso del edificio) en la ciudad de Nueva York. El italiano Boda, el dueño del auto y sus camaradas eran amigos de Salsedo, el tipógrafo. Cuando se enteraron, el cuatro de mayo, que el cuerpo destrozado de Salsedo había sido hallado en la calzada junto al edificio del ministerio, después de haber caído, por la fuerza o por un accidente, se sintieron amenazados de un modo directo. Poseían literatura de propaganda izquierdista que consideraron necesario esconder. Tenían amigos que estaban en peligro y a quienes tenían que alertar. Y para hacer estas cosas necesitaban el auto de Boda, y por eso Boda y sus compañeros fueron al taller a ver si el coche estaba

listo. Les dijeron que no, que todavía no, y apenas hubieron salido, la señora de Johnson, la esposa del dueño del taller, avisó a la policía.

»Sacco y Vanzetti eran dos de los hombres que habían ido con Boda a buscar el automóvil. Después de salir del taller, Sacco y Vanzetti tomaron un tranvía. Un oficial de policía los siguió y los detuvo en el tranvía. Parecían no tener idea acerca de por qué los arrestaban; no se resistieron; fueron los dos con este único policía, tranquila y pacíficamente.

»Así, narrada en pocas palabras, comenzó la primera de esa serie de situaciones que, prolongándose a lo largo de siete largos años, ha traído a estos dos seres desgraciados a la Casa de la Muerte, donde hoy se encuentran.

»Hasta ahora hemos hablado del delito. Pero hasta el más simple de los delitos se torna terriblemente complejo cuando se lo somete a un análisis legal. Sin embargo, la cuestión a la que yo quiero ceñirme hoy, tiene menos que ver con la naturaleza del delito que con la naturaleza de la prueba. Yo estoy seguro de que ustedes ya se habrán dado cuenta que el problema de la prueba parece ser muy simple. Consiste en la identificación de Nicolás Sacco y Bartolomé Vanzetti como dos de los cuatro asaltantes, ya sea los dos del auto o los dos que operaron en la calle, cuando se robaron las cajas y se cometieron los dos asesinatos. Pero antes de examinar algunos detalles de la prueba, querernos hacer notar que en la época en que fueron detenidos, Sacco y Vanzetti hablaban bastante mal el inglés. Ninguno de ellos podía, en aquella época, expresarse con claridad en este idioma, ni tampoco comprender cabalmente el sentido de las preguntas, muchas de ellas muy complejas, que se les formulaban. En los siete años que han transcurrido desde entonces, esta situación ha cambiado, y en la cárcel estos dos hombres se han esmerado en dominar el idioma, y en una gran medida lo han logrado. Sin embargo, en esa época, con mucha frecuencia entendían mal las preguntas que se les formulaban, y a la vez las respuestas que ellos daban en su deficiente inglés, eran mal interpretadas. El intérprete judicial que les ofreció el tribunal incurrió

en ciertas prácticas que hacen surgir en nosotros muy serias dudas acerca de su competencia y hasta su honestidad. Sacco y Vanzetti fueron sometidos a Juicio algo más de un año después de su detención. El juicio duró siete semanas. El 14 de junio de 1927, los dos hombres fueron declarados culpables del delito de asesinato en primer grado.

»Ya he dicho antes que el principal elemento de la prueba fue la identificación de Sacco y Vanzetti como dos de los integrantes de la pandilla asesina. En el curso del juicio, depusieron cincuenta y nueve testigos de la acusación, y el estado de Massachusetts. Su testimonio incluía declaraciones de que habían visto a los acusados en South Braintree la mañana del crimen; que habían reconocido a Sacco como uno de los asesinos, y a Vanzetti como a uno de los dos que esperaban en el auto. Por otra parte, los testigos de la defensa suministraron coartadas para ambos. Los testigos de la defensa declararon que el 15 de abril Sacco estaba en Boston, averiguando los trámites que tenía que hacer para obtener un pasaporte para Italia. Estos testigos vieron su testimonio corroborado por un funcionario del consulado italiano en Boston, quien declaró que Sacco había estado en el consulado a las dos y quince de la tarde del día en que ocurrió el hecho. Los testigos de Vanzetti declararon que el 15 de abril, el día en que tuvo lugar el asalto y doble crimen de South Braintree, él andaba vendiendo pescado muy lejos, de ese lugar. En otras palabras, un testigo tras otro juraron que hubiera sido imposible, tanto para Sacco como para Vanzetti, haber estado en la escena del crimen de South Braintree en el momento en que ocurrió.

»Uno podría pensar, a la luz de estos detalles, que el problema de la culpa o la inocencia de Sacco y de Vanzetti no podría sostenerse seriamente en la mente de gente inteligente y reflexiva. Sin embargo, las cosas no son tan simples porque no todas las personas son reflexivas en ese sentido. También hubo muchos testigos para el estado de Massachusetts, que declararon bajo juramento que Sacco y Vanzetti habían participado en ese delito. Nos enfrentamos entonces con el problema de las pruebas que se encuentran en total y abierta contradicción.

»Yo no quiero, y no puedo, en el tiempo de que ahora dispongo, analizar las declaraciones de todos los testigos, uno por uno. Analizar el grado de prueba que pueda contener cada una de esas declaraciones. Quiero, en cambio, establecer algunas consideraciones de carácter general acerca del grado de verosimilitud que puede tener el testimonio de gente que vio con ojos de odio, por lo menos con un claro criterio prejuicioso. Una testigo, por ejemplo, presentó en la sala del tribunal una exhibición extraordinaria de sus poderes de observación, memoria y facilidad de palabra. Vale la pena repetirlo aquí, porque es muy típico del modo en que fueron obtenidos estos testimonios de identificación de Sacco y Vanzetti como los criminales de South Braintree, El nombre de esa testigo es Mary E. Splaine. Poco después de ocurrido el crimen, la agencia de investigaciones particulares Pinkerton mostró a la señorita Splaine una colección de fotografías de maleantes, y la señorita Splaine eligió la de un individuo llamado Tony Palmisano como el bandido que ella pudo ver en el automóvil ese día. Sin embargo, catorce meses más tarde, esta señorita identificó a Nicolás Sacco como la persona a quien había visto en el automóvil.

»Las circunstancias de su observación original del hecho son igualmente interesantes. Ella estaba trabajando en el segundo piso de un edificio situado frente al lugar donde ocurrieron los asesinatos. Cuando sonaron los disparos, dejó su trabajo y corrió a la ventana. Ustedes pueden imaginarse con qué excitación iban acompañados estos actos. Cuando ella llegó a la ventana, el automóvil ya empezaba a alejarse, de modo que sólo alcanzó a tener una visión fugaz del mismo. Sin embargo, aquí está la versión de cómo ejercitó sus poderes de memoria y concentración al ser citada como testigo.

»Paso a citar directamente de las actas taquigráficas del juicio:

»*Pregunta*: ¿Puede usted describirlo a los caballeros del jurado?

»*Respuesta*: Sí señor. Era un hombre que yo juzgaría un poco más alto que yo. Probablemente pesaría entre 140 y 155 libras. Era de

tipo musculoso, fornido; parecía un hombre muy activo. Me fijé en particular que su mano izquierda era muy grande, una mano que denotaba fuerza muscular y en el hombro…

»*Pregunta*: ¿La mano que usted vio dónde?

»*Respuesta*: La mano izquierda, que estaba colocada sobre el respaldo del asiento de adelante. Llevaba ropa gris, creo que era una camisa, tenía un color grisáceo, como la que usan en la marina, y la cara era lo que llamaría una cara de rasgos definidos, una cara muy personal. Aunque aquí era un poco estrecho, un poquito estrecho. La frente era amplia. El cabello estaba peinado para atrás y yo calculo que lo llevaba de unas dos pulgadas o dos pulgadas y media de largo, y las cejas eran negras, pero el cutis era muy blanco, de un tono muy particular de blanco, que lo hacía aparecer verdoso.

»Ésta es su descripción de lo que ella había visto en ese breve instante, y así lo narró catorce meses después. También, siempre siguiendo el curso de sus recuerdos, identificó a Nicolás Sacco como al hombre que había visto entonces. Uno tendría que decir, en el curso normal de las cosas normales, que una memoria así, en esas circunstancias, y una tan definida identificación, no es solamente imposible sino, hasta cierto punto, monstruosa. Monstruosa, sí, pero eso se puede explicar perfectamente a la luz de la experiencia de otro testigo, Lewis Pelser.

»Al igual que la señorita Splaine, no pudo al principio identificar a ninguno de los dos, ni a Sacco ni a Vanzetti, pero, también como en el caso de la señorita Splaine, él recuperó lo que podríamos llamar una memoria de notables características. En la época en que fueron detenidos Sacco y Vanzetti, la policía llevó a Pelser a que los viera y los identificara. Él declaró que no podía en absoluto reconocerlos como los criminales de South Braintree. Entonces Pelser, que trabajaba en una fábrica de calzado estrechamente vinculada con la firma de Slater y Morrill, la que había sido robada, fue súbitamente despedido y se encontró en la calle y sin poder

hallar trabajo en otras fábricas. Pocas semanas después a Lewis Pelser se le refrescó la memoria. Fue vuelto a tomar por la misma fábrica que lo había despedido, y de pronto se encontró en condiciones de identificar perfectamente, sin lugar a dudas, a Sacco y Vanzetti como los criminales de aquel luctuoso día. No fue el único. En el caso de un testigo tras otro, la memoria y el despido aparecían íntimamente ligados. A veces, cuando no se podía esgrimir el arma del despido, el fiscal del distrito y sus colaboradores, en su encomiable celo por lograr que los criminales fueran castigados, usaron toda clase de amenazas, directas o implícitas. A veces este procedimiento era tan descarado que en las mismas actas taquigráficas del juicio nos han quedado las pruebas y constancias de esta política.

Es verdaderamente amargo y lamentable tener que pronunciar estas acusaciones, y enumerar los hechos como yo los he enumerado, pero son muy pertinentes en el caso de Nicolás Sacco y Bartolomé Vanzetti.

»La ejecución fijada para esta noche es el resultado lógico de ese proceso increíble y despiadado. Cierta gente cree con gran intensidad que Sacco y Vanzetti no deben seguir viviendo. Yo formulo esta grave declaración en tono solemne, pero sin vacilar.

»Es importante recordar que el crimen de South Braintree ocurrió en un momento muy especial, un momento muy extraño, y hasta cierto punto terrible, de la historia de este país. Las pasiones de todo el país estaban exacerbadas por los famosos arrestos en masa que fueron instituidos como norma por el fiscal general Palmer. Los rojos y los bolcheviques estaban en todas partes, en cada esquina, en cada callejuela, en cada fábrica, y muy especialmente en aquellas fábricas en que los trabajadores osaban murmurar que sus salarlos no les bastaban para alimentar y vestir a sus familias. Extrañamente, o quizá no tan extrañamente, esta situación engendró demonios barbudos que con los bolsillos llenos de bombas se escondían detrás de cada arbusto, y la identificación de estos bolcheviques y agitadores con norteamericanos de origen extranjero se implicaba, cuando no se declaraba, todos los días en casi todos los

diarios del país. Millones y millones de personas fueron inducidas a creer que existía una amenaza roja a la existencia misma de los Estados Unidos como nación. Dentro de esta situación tan delicada, un crimen particularmente odioso y brutal tuvo lugar aquí en el estado de Massachusetts, y la identificación más o menos convincente de los criminales como sujetos de origen italiano inflamó aún más los prejuicios ya existentes. Como acusados, Sacco y Vanzetti son presentados ante un tribunal del Estado. No saben hablar en inglés. Están asustados, amedrentados, mal vestidos, barbudos, despeinados. Un testigo tras otro son presentados por la parte acusadora y se les pregunta si estos dos son, o se parecen, a los individuos que participaron en el crimen hace más de un año, un crimen cometido de modo tan rápido y tan violento en sus reacciones sobre la gente y en las impresiones que dejó en la memoria de los que lo presenciaron. Y un testigo tras otro identifica a Nicolás Sacco y Bartolomé Vanzetti.

»Caballeros, exactamente, ¿qué es lo que esto significa en términos de la prueba legal? Es parte de lo que tantos de nosotros llamamos orgullosamente la ley anglosajona, que un hombre no será condenado por homicidio con riesgo de su vida a menos que haya pruebas oculares indiscutibles suministradas por testigos presenciales. Aun cuando alguna gente haya sido condenada basando el veredicto en pruebas circunstanciales, este hecho sigue en pie, y la gravedad, la profunda gravedad implícita en la destrucción legal de una vida humana, requiere estas precauciones. Sacco y Vanzetti fueron condenados y el veredicto se basó en los testimonios de testigos oculares. La trampa, caballeros, reside en el hecho de que era imposible que esos testigos estuvieran diciendo la verdad; que testimonios mucho más veraces nos prueban que Sacco y Vanzetti se hallaban a muchas millas de distancia de la escena del crimen cuando éste fue cometido, y que un elemento de prueba circunstancial permanece prácticamente inconmovible.

»Ahora voy a hablar de esa prueba. Cuando Sacco y Vanzetti fueron detenidos, Sacco tenía una pistola. Esa pistola fue presentada en el juicio como un elemento de prueba, y un famoso experto en balística, llamado el capitán Proctor, fue invitado a examinar la

pistola de Sacco y a dar su opinión acerca de sí la bala hallada en el cuerpo de una de las víctimas fue disparada por esa pistola. Un buen experto en balística está en condiciones de lograr determinaciones bastante exactas en esos casos, y el capitán Proctor era considerado un experto de este tipo. Él hizo su examen y llegó a la conclusión de que la bala hallada en el cuerpo de la víctima no podía haber sido disparada por la pistola de propiedad de Sacco y que fue hallada en su poder. Sin embargo, el fiscal del distrito parece haber discutido el asunto con el capitán Proctor y antes de permitir que éste destruyera todo, su hábil trabajo lo convenció para que él contestara a la pregunta: "¿Tiene usted opinión acerca de si la bala número 3 fue disparada por la pistola automática Colt que se encuentra en esta sala? (la pistola de Sacco)" de esta extraña manera: "Mi opinión es que está en condiciones de haber sido disparada por esa pistola".

»Ésta es una respuesta caballeros, que ha de sonar y resonar durante muchos años en la historia del Derecho Penal. Porque, ¿qué es lo que quiere decir "estar en condiciones", en este caso? El jurado, evidentemente interpretó que identificaba a la pistola de Sacco como el arma del crimen. Eso es también lo que entiendo yo, dicho en buen romance. Sin embargo, no era lo que quería decir. Era el compromiso a que habían llegado el fiscal del distrito y el experto en balística, quien tiempo después, en una declaración se expresó así:

»"Si a mí me hubieran preguntado directamente si yo había encontrado pruebas de que esa bala había sido disparada por esa pistola hallada a Sacco, yo habría contestado entonces como lo hago ahora, sin ninguna vacilación que no".

»Habría que pensar, caballeros, que esta prueba, que invalidaba la declaración anterior del experto en balística y que fue depositada ante el tribunal, como parte de una de las apelaciones, bastaría por sí sola para garantizar la anulación del juicio anterior y la iniciación de uno nuevo. Pero no fue así. Yo hablé de la prueba antes tal como fue ofrecida por la gente que ve una cosa con sus propios ojos. Ahora he contrapuesto la prueba contra la posibilidad, la pro-

babilidad y la certeza, porque ocurre demasiado a menudo que uno vea con sus propios ojos lo que quiere ver con sus propios ojos, así como un hombre débil dice con su propia lengua lo que un fiscal venal y un juez prejuicioso quieren que diga. En los Estados Unidos, en Massachusetts, incluso en South Braintree se había creado una situación tal en 1920 que determinaba que un gran número de personas deseara ver a hombres como Sacco y Vanzetti convictos en un juicio por homicidio y, en consecuencia, merecedores de la pena de muerte. ¿Acaso no eran rojos estos hombres y por eso mismo enemigos de todo lo que es decente en nuestro país? ¿Acaso no eran izquierdistas y por ello distintos de los ciudadanos honestos y correctos de nuestro país? ¿Acaso no estaban contra el sistema capitalista que es ciertamente el único, y señalado por Dios, modo de vida en los Estados Unidos? ¿Acaso no estaban contra la guerra y no acabábamos de salir de una gran guerra victoriosa por el imperio de la democracia en el mundo, una guerra a la que ningún ciudadano honrado podía oponerse? ¿Acaso no se burlaban ellos del sistema de las ganancias, y acaso no estábamos nosotros consagrados por Dios y por la Constitución Nacional a vivir en un eterno sistema industrial basado en las ganancias, basado en el eterno deseo de un hombre de ganar más dinero que su prójimo aun cuando ese dinero tenga que salir del sudor de su prójimo?

»Éstas son, quizás, preguntas demasiado impolíticas, caballeros, pero yo las formulo para que ustedes comprendan mejor lo que es la práctica de la ley, y comprendo perfectamente la gravedad de mis palabras. Pero ningún hombre enfrenta la vida hasta que concilia sus propias acciones con las situaciones que la vida le impone. Y esta situación es de las que exigen gravedad en las palabras, Es grave el caso de Sacco y Vanzetti, y antes de que el día de hoy haya pasado tendrán que pagar con sus vidas por sus convicciones y no por supuestos crímenes. La prueba, caballeros, puede ser amo o sirviente, como acabo de demostrar en cierta medida y lo mostraré de un modo aún más concreto…».

El profesor siguió hablando otros veinte minutos y cuando terminó lo embargaba la sensación de que algo muy importante que había querido decir, había quedado postergado. Él había querido decir

que en un tribunal dirigido y manejado por el rector de la universidad, el gobernador de Massachusetts y el juez que lo presidía no podía haber justicia para dos hombres como Sacco y Vanzetti. Sin embargo, sí lo hubiera dicho habría cerrado todas las puertas de su futuro.

La clase había terminado pero él seguía rígido, dominado por sus pensamientos; sentía esta debilidad tan peculiar que siempre lo embargaba después de una larga exposición, y deseo como siempre, que pudiera estar solo inmediatamente; pero los alumnos lo rodearon, y algunos le agradecieron y otros trataban de interpretar algunas de las cosas que había dicho. Uno de ellos lo expresó así:

—Pero, señor, no los pueden matar esta noche. ¿Qué podemos hacer? Debe de haber algo que podamos hacer.

—Me temo que no hay nada que podamos hacer —le contestó.

—Pero señor, usted no querrá decir que toda ley es una burla, que los tribunales son una farsa, y que no existe la justicia.

Esto lo afectó. Miró al estudiante que lo había desafiado con esa pregunta; era un muchacho pelirrojo, de ojos vivaces, y de pronto el profesor se tornó aún más sombrío y asustado. Y bien, era un momento de asustarse, pensó con amargura el profesor.

—¿Es eso lo que quiere decir usted, señor? —Insistió el estudiante.

—Sí yo hubiera creído eso —se sorprendió diciendo—, entonces mi propia vida estaría tan perdida como la de ustedes.

—Pero sin embargo, lo que usted dijo en resumen viene a ser que hay injusticia. ¿Cómo puede haber justicia si todas las fuerzas de la ley crean la injusticia?

—Bueno, por supuesto ese podría ser tema para otra clase, ¿no le parece? Miró el reloj. Se excusó y salió casi corriendo sacudiéndose los periodistas que se prendían de sus ropas empapadas en sudor y le disparaban sus intencionadas preguntas.

Capítulo V

Desayunando y a la mitad de su segunda taza de café el rector de la universidad miró fijamente el retrato de Ralph Waldo Emerson, aguzó sus ojos y eructó Eructaba con arrogancia ya que no con gracia; de ese mismo modo se hurgaba la nariz; a esto era a lo que alguien de la facultad de idiomas había llamado «la señorial simplicidad de la arrogancia», en parte un aforismo, y en parte un *non sequitur*. Hacía cosas que hubieran caracterizado a otro hombre de igual venerabilidad, como un viejo sucio, pero su casi increíble arrogancia lograba eximirlo de esta designación.

El profesor sentado frente a él terminó su relato.

—En este momento, hace apenas cinco minutos —dijo el rector de la universidad—. Es algo que no se puede creer; le digo que el judío ha entrado en erupción como un volcán. Ya veo que nunca vamos a terminar de oír hablar de él. —Una vez más fijó sus ojos, que alguien había calificado de penetrantes, sobre el retrato de Emerson—. Yo no hablo de un hombre, sino en términos generales cuando digo *el judío* —explicó—. ¿Quiere repetir lo que dijo, eso sobre la sed de sangre?

—Yo no diría que él usó exactamente estas palabras…

En esos momentos entró el decano de la facultad de Derecho. Al entrar venteó la ira, y decidió asociarse. Se ubicó a un costado del amplio comedor con sus finos muebles *chipendale*, su bello empapelado y la hermosa y desvaída alfombra del siglo XVII, colocándose directamente bajo el retrato de Henry Thoreau, con las manos confortablemente plegadas sobre su prominente abdomen.

—Viene para aquí, señor —dijo tratando de combinar en una sola lamida la nostalgia con la expectación. El rector, sin embargo, no le prestó ninguna atención, y siguió apurando al joven informante.

—No… ¿seguro que no? Pero usted dijo eso.

—Efectivamente, señor. Mi deseo es ser escrupuloso.

—Un deseo muy recomendable, pero que no parece ser compartido por mucha gente —dijo el rector de la universidad.

—En mi deseo de ser escrupuloso, debo por necesidad repetir sus palabras con cierta escrupulosidad. Él sugirió que había ciertas personas, altamente colocadas, que por una sed de sangre, también sugerida, deseaban ardientemente la muerte de estos dos italianos, Sacco y Vanzetti.

—¡Ajá! ¡Precisamente! Una sed de sangre.

—Implícita, señor, si usted me lo permite.

—¿Oyó eso? —le preguntó al decano de la facultad de Derecho. El decano asintió—. No declarada, sino implícita.

—¿Y usted no lo detuvo?

—No podía hacerlo —protestó el decano de la facultad de Derecho—. Yo entré al aula cuando él ya había hablado por lo menos quince minutos, y me parece que cualquier intento de detenerlo hubiera sido más desastroso que todo lo que él pudiera decir. Esto es algo que tenemos que considerar, porque él se ha colocado en una situación sumamente poderosa, si se me permite decirlo; es muy sagaz. Comparte esa cualidad.

—Con su raza. Viven de su sagacidad. Pero yo no veo que su posición sea tan fuerte. Ha calumniado a gente honesta, y eso lo va a pagar. Yo ya soy, un hombre viejo, señor.

—Muchos hombres más jóvenes exhiben menos vigor y juventud.

—Puede que sea así. Sin embargo, debo graduar mis energías. La fuerza que gasto no puede ser ya reemplazada. Cuando un hombre ha pasado los setenta tiene la muerte permanentemente a su lado y sin embargo yo no me medí. Cuando me llamaron a prestar un servicio público yo me presenté sin vacilar. Yo no dije que estos

fueran italianos. ¿Acaso tengo yo prejuicios contra los latinos? Algunos dirían que tengo prejuicios frente a los judíos. Pero no es así. ¡No es así! —repitió—. Mis antepasados plantaron en este suelo una raza fuerte de ojos claros y cabellos rubios. Y entonces no se veían nombres como Sacco y Vanzetti, sino los nombres de Lodge, Cabot, Bruce, Winthrop, Butier, Proctor y Emerson, esos eran los nombres que abundaban. Y ahora, cuando miro a mi alrededor… ¿dónde está esa raza? Pero sin embargo no me dejé guiar por esto cuando me llamaron. Cuando el jefe de este antiguo Estado me pidió que participara en la investigación sopesando cuidadosamente los elementos de este caso que ha hecho de nuestra tierra un hazmerreír en los labios de gente de todo el mundo, yo no me rehusé, serví. Examiné los hechos, separé la paja del trigo. Yo…

En este punto fue interrumpido por la entrada del profesor de Derecho Penal. Y entonces, en ese momento, les pareció a los dos hombres que escuchaban, el decano de la facultad de Derecho y el profesor, que el profesor de Derecho Penal pisaba fuerte donde hombres más sabios, incluso ángeles, temían rozar. Feo, con los ojos brillando tras sus anteojos entró a la habitación y enfrentó al rector de la universidad.

—¿Usted deseaba verme? —le preguntó directamente.

El rector se sorprendió temblando un poco. «La edad», se dijo. «Yo no estoy adecuadamente preparado para la ira». Y dijo lentamente:

—He oído que en su clase de esta mañana usted dijo algunas cosas que un hombre reflexivo podría hallar razones para lamentar.

—Veo que los informes no han demorado en llegar —contestó serenamente el profesor—, pero yo no dije nada que tenga que lamentar. Ni tampoco me considero desusadamente irreflexivo.

—¡Pues considere otra vez, señor!

—He considerado seria y cuidadosamente —contestó el profe-

sor—. He perdido la cuenta de las horas que pasé sopesando estos asuntos y decidí Y decidí que lo que había que decir debía ser dicho.

Por mucho cuidado que pusiera al hablar, había un rastro de pronunciación extranjera en la voz del profesor. Algunas de sus formulaciones tenían esa torpeza que sugieren los ecos de otra lengua, y cuando pronunciaba una palabra que terminaba en *ing*[1], no podía impedir que el sonido de la k se le filtrara. De estas cosas el rector de la universidad tenía aguda conciencia; pero su conciencia estaba teñida de irritación, y esto lo hacia aún más irascible de lo que era habitualmente. Por espacio de varios días, se había ubicado dentro de él un hermoso y cómodo sentimiento de justeza y de poder por la decisión a que habían arribado él y sus colegas en la junta investigadora. Nunca, nunca lo hubiera dicho él de un modo tan torpe y ordinario como lo había dicho el juez que había entendido en el asunto al decir: «*¡Y bueno, yo les di a esos bastardos anarquistas lo que se tenían bien merecido!*». Y sin embargo él no podía negar que había sentido algo parecido a lo que debía haber sentido ese juez. Pero toda la mañana ese sentimiento de poder se le había ido disolviendo y cuando se enteró de la irreflexiva —así la consideraba— y violenta clase que había dado el profesor, el resto de ese sentimiento se desvaneció rápidamente.

¿Qué querían decir —se preguntaba ahora— cuando decían que el profesor ocupaba una posición muy fuerte? ¿Querían decir que la aprobación —la aprobación de gente decente, y hasta de alguna gente como él, vieja, de antiguas familias de Boston— podía acompañar al profesor de Derecho Penal? ¿Era eso lo que querían decir?

—Usted parece estar muy seguro, señor —dijo con frialdad el rector.

—Sí, creo que lo estoy.

—¿Y eso le dio a usted el derecho y el propósito de acusar a cier-

[1] Terminación del gerundio inglés, equivalente a nuestro «ndo». (N. del T.)

tas personas de desear la muerte de estos dos hombres?

—Es que hay gente que la desea: unas cuantas personas ubicadas en altas posiciones. Todo el mundo lo sabe. Yo lo dije. Y no me arrepiento de haberlo hecho.

—¿Usted se refiere a mí?

—¿Señor?

—¿Usted me acusa a mí?

—No… Yo no lo mencioné a usted —dijo el profesor—. Usted se está acusando solo, señor. Su susceptibilidad ha sido lastimada, pero esos dos hombres van a morir esta noche. ¿Cuántas veces ha muerto usted, señor?

—¡Usted se está poniendo insufrible!

—¿Le parece? Y el abogado de ellos, ¿también era insufrible? Y él fue más elocuente que yo. Yo leí su alegato una sola vez, pero se me quedó. Cómo era que terminaba: … *si ustedes no pueden ofrecer a estos hombres un juicio ecuánime, perdónenlos, perdónenlos por todo lo que hay de sagrado. Los cristianos crearon un Dios que es bondadoso y ustedes están ahí, como Dios, con la vida humana en vuestras manos*. ¿Dijo eso, o algo parecido? Y fue ayer mismo. ¿Es que debo olvidar que usted gozó en su papel de verdugo?

La ira desapareció, y de pronto el rector de la universidad tuvo miedo. Sus antepasados eran ya apenas un mísero andrajo. Le zumbaban los oídos, como si ese hombre a quien acababa de aludir el profesor de Derecho Penal, el abogado de Sacco y Vanzetti estuviera otra vez parado frente a él.

«Siéntese», le había dicho entonces a aquel otro abogado que había aparecido ante él unos días antes para hacer un último esfuerzo… estaba parado en el mismo lugar que ahora ocupaba este judío. «¿Por qué se queda usted de pie y camina de un lado para otro?». «No puedo discutir sentado», le había contestado el abogado. «No

puedo rogar sentado. Y ahora estoy rogando. Si usted no puede conceder a estos hombres un nuevo juicio, habiendo visto todas estas pruebas, entonces deben ser perdonados. Ellos no tienen la culpa de que el estado de Massachusetts emplee un juez que se refiere a hombres a quienes está juzgando como *bastardos anarquistas*, y cuenta a todo el mundo cómo los va a agarrar, y que los va a sosegar por un tiempo, y se jacta de lo que les ha hecho y de lo que todavía les va a hacer. Sacco y Vanzetti no lo nombraron para ese puesto y ellos no tienen la culpa de que el estado de Massachusetts lo tolere.

»Si la suprema corte de este estado no tiene jurisdicción para alterar lo que un juez ha dicho porque tiene que proteger la autoridad investida en ese juez, entonces lo único que este estado puede hacer, es perdonar a estos hombres, por humillante que esto sea, así como es humillante para todos los ciudadanos de este estado tener que admitir que los hombres puedan ser tratados como lo han sido éstos. Tenemos que tragárnoslo y aguantarlo; no hay otra salida. Y cualquier intento por eludir esto, por pasarle una mano de barniz, por hacer aparecer lo negro como blanco, por aplastarlo, por suprimirlo, no será de ninguna utilidad. Todos están familiarizados con este caso; en todas partes del mundo estas pruebas han sido traducidas a todos los idiomas europeos. En Alemania y en Francia están tan familiarizados con ellas como nosotros. Y ya estamos contra la pared.

»Los hombres más capaces de Massachusetts, que respetan la justicia, han sido llevados contra las cuerdas. Y una de dos: o tenemos que formular alguna explicación que no será aceptada y que verdaderamente no podemos considerar ni como sincera, ni honesta, ni justa, o si no, tenemos que admitir que todo este proceso fue un error y una injusticia, que se lo manejó arbitrariamente, que había un razonable margen de dudas, que en todo este tiempo no ha hecho más que crecer, y que nuestros tribunales se han mostrado incapaces de enmendar el error que entonces cometieron, y por lo tanto, el gobernador debiera perdonar a estos hombres, crea o no crea usted que son culpables: y crea o no crea usted que dentro de cinco años las pruebas en su contra serán más fuerte o más débiles

que ahora. Ese día pasó, el Estado tuvo su oportunidad, el juicio ya se consumó. Todos estos argumentos ya han sido pronunciados. Los tribunales han cumplido su misión y estamos ante el resultado.

»Yo he terminado con este caso. He hecho con él lo mejor que podía hacer. He trabajado durante años tratando de lograr la más elemental justicia y si fracaso me sentiré amargamente decepcionado, pero no tendré remordimiento. He hecho lo que pude, y ahora le pregunto a usted qué puedo hacer para impedir lo que, de no ser evitado, será el eterno baldón del estado de Massachusetts».

—¿No puede sentarse? —fue todo lo que se le ocurrió decirle al abogado entonces, cuando éste terminó el alegato. Ni siquiera había oído las palabras que ahora recordaba tan cruelmente, pero acabado su alegato el abogado de Sacco y Vanzetti se había quedado de pie y mirándolo, exactamente como el profesor de Derecho Penal lo miraba ahora. El rector de la universidad trató de formular palabras que se resistían a tomar forma. Palabras como: *Tendré que pedirle la renuncia*. Pero no pudo pronunciar esas palabras. «Completamente solo», se dijo.

—Usted es un hombre viejo —le dijo con amargura el profesor de Derecho Penal—, y sin embargo ama a la muerte. Usted, viejo, usted es un verdugo.

—¡Cómo se atreve a hablarme así!

El profesor miraba y escuchaba en un silencio horrorizado, pero el decano de la facultad de Derecho gritó:

—¿Ha perdido usted la cabeza?

—¡Oh no, en absoluto! ¿Para qué me llamaron?

El viejo, que era uno de los grandes aristócratas de un país que supuestamente no tenía aristocracia, súbitamente releyó una vez más el documento que había firmado y mentalmente lo volvió a firmar con su vieja mano, temblorosa, mientras sus ojos recorrían las líneas que él mismo había dictado.

—La coartada de Vanzetti es decididamente débil. Uno de los testigos, Rosen, le parece a esta junta, haber sido probado como mentiroso en el curso del juicio, otro, la señora Brini le había servido de coartada en el caso de Bridgewater, y dos más de los testigos no parecían estar seguros de la fecha hasta que la hubieron conversado entre ellos. En esta circunstancia, si estuvo con Sacco en el auto de los maleantes o en South Braintree ese día, es indudablemente culpable, porque no hay razones para que, si estuvo allí por un motivo inocente, haya jurado que estuvo todo el día en Plymouth. Ahora bien, hay cuatro personas que testimonian haberlo visto: Dolheare, que dice haberlo visto por la mañana en un automóvil en la calle principal de South Braintree; Levangie, que afirma haberlo visto (erróneamente al volante) cuando el automóvil cruzó las vías después de los disparos; y Austin T Reed, que dice que Vanzetti lo insultó desde el auto en el cruce ferroviario de Matfield. El cuarto testigo es Faulkner, que testimonió que Vanzetti le hizo una pregunta en un coche salón para fumar en la ruta de Plymouth a South Braintree en la mañana del día del crimen y que lo vio descender en esa estación. El testimonio de Faulkner es impugnado por dos razones: primero, porque dijo que el vagón era una combinación de salón de fumar y depósito de equipajes, y no hay un vagón así en esos trenes, pero su descripción del interior del vagón es exactamente la de un coche salón para fumar; y segundo, porque ningún boleto de Plymouth a South Braintree fue vendido esa mañana en ninguna de las estaciones de la línea, ni se pagó tal importe, ni tampoco ningún guarda vendió un boleto por esa distancia; pero eso no agota las posibilidades. Por lo demás, nadie dice haberlo visto a él o a cualquiera que se le parezca. Pero debe recordarse que su rostro es muy particular y se recuerda con más facilidad que el de Sacco. Evidentemente, él no estaba en primer plano. En general somos de la opinión de que también Vanzetti fue culpable más allá de toda duda razonable.

«Se ha afirmado que un crimen de este tipo debe haber sido cometido por profesionales del delito y que es a conocidas pandillas criminales a quienes hay que buscar en relación con este caso; pero a esta junta, tanto este delito, como el de Bridgewater, no le pare-

cen ser obra de profesionales, sino de hombres inexpertos en tales empresas».

Éste fue el resumen del rector después que la junta hubo oído a las partes y esto es lo que había firmado como quien firma una condena a muerte. ¿Por qué estaba asustado ahora, cuando había representado el papel de verdugo entonces con tanta serenidad?

—¿Para qué me han llamado aquí? —repitió el profesor de Derecho Penal—. ¿Para ser reprendido? ¿Para pedirme la renuncia? No pienso renunciar. ¿Para hacer persecución antisemita? No estoy dispuesto a tolerarla.

—Usted es insufrible, señor, ¡váyase de aquí! —gritó el rector de la universidad.

—Usted es un hombre viejo, pero Sacco sólo tiene treinta y seis años y Vanzetti no llegó aún a los cuarenta. Veo la muerte en todo su ser, viejo, la muerte y el odio. —Y con esas palabras el profesor de Derecho Penal se dio vuelta y salió caminando muy erguido.

Detrás de él, dejaba una habitación detenida en el silencio, nada se movía en ella, exceptuando el temblor de ese hombre sucio que tenía apellido, riqueza, honores y posición y que ahora estaba como un hombre puede llegar a estarlo, asustado y pesadamente consciente de su próximo fin. Pero tampoco para el profesor de Derecho Penal fue esa una victoria. Él había podido decir lo que dijo porque su posición era fuerte, estaba envuelto en un manto de justicia; pero ¿cuánto había dejado él mismo sin decir y sin hacer? ¿Acaso entendía él siquiera con mediana claridad, por qué debían morir estos dos hombres? ¿O era acaso eso algo que él mismo tenía miedo de desafiar con el entendimiento?

Capítulo VI

A las once llegaron los refuerzos policiales a la cárcel de Charlestown y la gente que los vio tuvo la impresión de que hubiera comenzado una pequeña guerra y que estas tropas marcharan al encuentro del enemigo. Llegaban hombres armados de carabinas, sentados en camionetas, motocicletas con ametralladoristas en los sidecars y un camión con un reflector que emitía una luz capaz de cortar la niebla o la noche hasta una distancia de tres millas. Esta marcial cabalgata se abría paso con el ulular de las sirenas policiales y se detuvo por fin ante el portón de la cárcel, y el alcaide a quien le habían dicho ya que podrían esperarse dificultades, salió a recibirlos y los miró con ojos escépticos.

Cuando el jefe de la policía del Estado lo llamó temprano y dijo que, cumpliendo instrucciones del gobernador, se disponía a enviar refuerzos armados a la cárcel, el alcaide le contestó en tono molesto e impaciente:

—¿Qué clase de dificultades? —quiso saber el alcaide.

No dijeron qué clase de dificultades. No podrían saber qué clase de dificultades. Simplemente consideraban que podría haberlas y se preparaban para hacerles frente.

—Bueno, si eso es lo que ustedes creen, me imagino que alguna base tendrán —contestó el alcaide al jefe de policía, pensando para sí que ya había muchas dificultades y que habría muchas más antes de que este amargo día tocara a su fin; pero no dificultades de esa clase. «¿Qué es lo que pensarían ellos?», se preguntó el alcaide. «¿Creían acaso que vendría un ejército a tomar por asalto la cárcel para liberar a los dos anarquistas?». En sus propios pensamientos, el alcaide estaba un tanto a la defensiva acerca de Sacco y Vanzetti. Había llegado a creer que él estaba dentro de un área de conocimiento sobre los hombres condenados que estaba interdicta al hombre o la mujer de la calle; y sabía muy bien cuán hondamente

buenos y apacibles eran estos desgraciados seres. Era una clase de conocimiento que se podía adquirir en una prisión y en ninguna otra parte. El alcaide podía reflexionar acerca de los muchos casos que había conocido en sus largos años carcelarlos de seres buenos y apacibles, y a quienes el mundo exterior condenaba con unánime voz.

Salió para hablar con el capitán de la policía estatal que estaba al frente de ese destacamento semimilitar; y el alcaide le dijo con acritud que podía proceder según su propio criterio y distribuir a sus hombres por cualquier parte…, donde lo creyera conveniente.

—¿Qué clase de dificultades espera usted? —le preguntó el capitán de la policía estatal.

—Yo no espero dificultades —le ladró el alcaide—. Por lo menos, no del tipo a que usted se refiere.

Después volvió a su oficina, dejando al capitán de policía que le observó a su teniente:

—¿Qué diablos le pasa a ése? ¡Parece que quisiera ajusticiarnos a nosotros hoy!

El alcaide volvió a su oficina con el rostro tan sombrío como un cielo cubierto de nubes. Varias personas que lo esperaban y que tenían que discutir con él alguna cosa cambiaron súbitamente de idea y decidieron que lo que ellos tenían que decirle podía esperar hasta que su humor cambiara; es decir, eso pensaron todos menos el electricista, porque como el alcaide, el electricista no había elegido este día sino que le había sido impuesto, y él tenía cosas que arreglar con el alcaide ya sea que el humor de éste fuera sombrío o luminoso. Entró en su oficina y le señaló con la necesaria brusquedad que ya eran las once y cuarto de la mañana y que él todavía no había probado la corriente.

—Bueno, y ¿por qué diablos no la prueba? —quiso saber el alcaide.

—Sólo porque me dijeron que lo viera a usted y lo consultara antes

de hacerlo —contestó el electricista a la defensiva.

El alcaide recordó ahora, que era él mismo quien había dado esas instrucciones. Era una pequeña amabilidad que se le había ocurrido, porque no era bueno para la población del penal ver las luces brillar con más intensidad, apagarse y volver a encenderse enseguida. Cuando eso ocurría, sabían todos en la prisión que estaban mandando corriente a la silla eléctrica y que esto era una especie de ensayo para la ejecución. No siendo un hombre totalmente insensible, el alcaide tenía conciencia de que todos los presos compartían hasta cierto punto los sufrimientos de los tres condenados, y esperaban el momento de la ejecución con temor y evidente malestar.

La cárcel unía a su población en una entidad que era como un cuerpo vivo, y cuando una parte de este cuerpo moría, moría también un pedacito de cada individuo. La gente que no ha estado nunca en una prisión, ni ha trabajado en una, ni ha cumplido una condena en ella, quizá no pueda comprender cómo ocurre esto, o quizás no quiera creer que vulgares maleantes puedan sentir esa simpatía por hombres que han sido condenados a muerte. Sin embargo, el alcaide sabía que esta unidad en el dolor era un hecho concreto… Y no le gustaba exacerbar ese sentimiento inútilmente en centenares de hombres. También podía imaginarse el tipo de dolor mental que ese pequeño ensayo general de la corriente eléctrica causaría a Sacco, Vanzetti y, Madeiros.

Ya que ellos tendrían que morir muchas veces antes de que este día terminara, parecía innecesariamente cruel inyectar este momento de horror en sus horas.

El alcaide dijo algo de esto al electricista, quien estuvo de acuerdo, pero señaló que él no podía hacer nada.

—Como son las cosas —dijo el electricista, uno nunca puede saber si los cables o los fusibles van a aguantar la carga que hay que enviar sobre esa silla. Entre usted y yo, señor, ése de la silla es el peor modo de quitar la vida a una persona que se haya ideado nunca, y saber por qué lo usan es algo que nunca he podido entender.

No tiene ningún sentido sentar a un hombre en una silla eléctrica y mandar corriente a su organismo. Si se creen que esto es indoloro están locos de remate. Con sólo verlo una vez, ya se podrá usted dar cuenta de lo indoloro que es. Yo le puedo decir esto. Si yo mismo tuviera que elegir entre ser ahorcado o esto, elegiría siempre la horca. Preferiría que me fusilen, o cualquier otra cosa antes que sentarme en esa silla.

—Yo no le estoy preguntando qué siente usted al respecto, señor —dijo el alcaide con impaciencia—. Lo que yo le pregunto es por qué tiene que estar probando esa silla todo el día.

—Por esta razón —le explicó el electricista—, supóngase que lo sienta a uno y manda la corriente y resulta que no alcanza. O digamos que un cable se quema o que un fusible salta. Esa sería una linda situación, ¿no le parece? Sería muy lindo tenerlo a uno de los pobres diablos, con los electrodos puestos y los ojos vendados y tener que esperar dos horas antes de poder reponer el cable o hallar el desperfecto y sólo entonces podría proseguir la ejecución.

—Bueno, no queremos que eso ocurra —dijo el alcaide—. Usted puede estar seguro que eso es lo último que deseo que ocurra. Pero dígame, ¿por qué no lo prueba esta noche, una sola vez?

—Es que no se hace así —le explicó el electricista—. Usted tiene que probarlo una y otra vez hasta hallar los puntos débiles del sistema, para que cuando llegue el momento, no queden puntos débiles, y uno esté seguro de que cuando mande la corriente, la van a aguantar, y que también el sistema normal de las luces de la prisión, podrá aguantarla.

—Muy bien, entonces. Al diablo con eso —dijo el alcaide—. Vaya y haga lo que tenga que hacer.

El electricista asintió y saltó de la oficina, y un momento después, sentados en sus celdas, Sacco y Vanzetti vieron las luces reducirse, quedar casi apagadas por un minuto y después volver a brillar. Los dos se pusieron rígidos cuando esto ocurrió. En más de un sentido, murieron cuando aún vivían.

Sólo había tres celdas en la Casa de la Muerte de la prisión del estado. Los constructores de esta ala del presidio —que por alguna extraña razón era llamada *Cherry Hill*— no habían imaginado una contingencia en que hubiera más de tres hombres esperando ser ejecutados al mismo tiempo. Por ello, la Casa de la Muerte consistía en tres celdas tristes, oscuras, sin aire. Estaban las tres del mismo lado, una al lado de la otra, y en lugar de la puerta de rejas, que tienen la mayoría de las celdas, estas tres tenían pesadas puertas de madera con sólo una pequeña rejilla en cada una. Por ello era necesario alumbrar estas celdas con luz artificial; y a sus habitantes les pareció que las celdas se achicaban, se disolvían y se cerraban sobre ellos con particular intensidad, y un atroz horror lento, cuando probaron el sistema eléctrico de la cárcel.

Cuando Nicolás Sacco, sentado al borde de su camastro vio esto, oyó un violento grito, agudo y penetrante y cargado con un dolor tan insoportable como puede serlo el aullido de un animal herido; venía de la celda vecina, de la celda de Madeiros. El grito murió y fue seguido por una serie de gemidos; y en toda su vida, pensó Sacco, no había oído nunca nada tan lastimero, tan absolutamente desgraciado y desesperado como estos gemidos del pobre, aterrorizado ladrón. Después, con sus oídos acostumbrados por la soledad a percibir el menor rumor, oyó que Madeiros se echaba sobre su camastro y rompía a llorar. Esto fue más de lo que Sacco podía soportar; se levantó de un salto, corrió hasta la puerta de la celda y gritó por la mirilla:

—Madeiros, Madeiros, ¿me oyes?

—Le oigo. ¿Qué quiere? —preguntó Madeiros entre sollozos.

—Quiero consolarte un poco. Quiero que cobres ánimo.

Hasta cuando decía esto, Sacco se preguntaba si realmente era posible consolar a alguno de ellos tres, y en base a qué podía alguno cobrar ánimo. Como si fuera un eco a sus propios pensamientos, Madeiros le contestó:

—¿Y por qué he de cobrar ánimo?

—Aún hay esperanzas.

—Quizás para usted, señor Sacco, quizás todavía haya esperanzas para usted, pero no ya para mí. Yo voy a morir. Y nada ni nadie podrá impedirlo. Dentro de unas horas voy a morir.

—¡Vamos, ésas son tonteras! —gritó Sacco, sintiéndose mejor ahora que tenía que luchar con los temores del otro—. Ésas son verdaderas tonteras, Madeiros. No pueden quitarte la vida hasta que nos quiten la nuestra. Mientras nosotros estemos vivos, también vivirás tú, porque tú eres el testigo más importante en el caso Sacco y Vanzetti. Ahora mira, míralo desde este punto de vista. ¿Por qué crees tú que estamos aquí los tres juntos? Estamos juntos aquí porque nuestra suerte está ligada. Y todavía no hay motivos para llorar.

—¿Pero es que la muerte no es motivo para llorar? —preguntó Madeiros tristemente, así como un niño podría formular una pregunta totalmente patética y al mismo tiempo obvia, cuya respuesta fuera igualmente patética y obvia.

—No haces más que hablar de la muerte. Ahora no es momento para pensar ni para hablar de la muerte, simplemente por esos señores que quieren jugar con las luces. Bueno, ¿y a nosotros qué nos importa? ¿A quién le interesa lo que hacen con sus luces? ¡Que prendan y apaguen las luces todo el día si eso les divierte!

—Pero es que están probando la silla eléctrica en que vamos a morir.

—¡Vaya, ya empiezas de nuevo! —gritó Sacco—. No haces más que hablar de la muerte. Lo malo es que tú ya te has rendido.

—Eso es cierto. Me he rendido. Está todo perdido.

—¿Qué es lo que está perdido?

—Toda mi vida. No he hecho nada. Fue todo un error. Desde el día en que nací todo fue inútil. Pero yo no la hice así. ¿Me comprende, señor Sacco? Hay alguna otra cosa que la hizo así. Yo le

hablé de eso al señor Vanzetti una vez y él trató de explicarme cuáles eran esas cosas. Yo lo escuché muy atentamente mientras me explicaba. Al principio empecé a entender, pero después me perdí. ¿Usted sabe de qué estoy hablando, señor Sacco?

—Sí, sé —dijo Sacco—. Pobre muchacho, por supuesto que sé.

Sacco dijo:

—Una vida no está nunca perdida, Madeiros, te juro que ésta es una gran verdad. Una vida no se pierde nunca. Está mal que pienses que tu vida ha sido un fracaso, sólo porque has hecho cosas malas. ¿Qué pasaba con mi hijo cuando hacía cosas malas? ¿Lo encerraba en una pieza oscura? No. Trataba de explicarle, trataba de mostrarle que hay cosas buenas y cosas malas. A veces era difícil hacerle ver la diferencia, porque un niño no es tan maduro ni tan sabio como un adulto. Bueno, eso ocurría porque él tenía un padre, tenía la suerte de tener un padre que le explicara las cosas. Pero cuando alguien hace algo cuando tiene dieciocho, diecinueve o veinte años, como tú las hiciste, Madeiros, bueno, entonces es otra cosa. Nadie se preocupa por perder un momento y sentarse con él y tratar de explicarle lo que es bueno y lo que es malo. —Oyó que Madeiros empezaba a llorar otra vez, y le gritó—: Madeiros, Madeiros, por favor, no quise decirte nada que te entristeciera aún más. Sólo trataba de explicarte que una vida no está nunca perdida. Yo lo creo así. ¿Quieres que te diga qué es lo que pienso yo, Madeiros?

—Sí, dígamelo, dígamelo, señor Sacco, por favor —dijo el ladrón. Lamento mucho llorar. Eso es porque a veces me ocurren cosas que no puedo controlar. Yo no quiero tener ataques, pero a veces los tengo. Yo no quiero llorar, pero a veces lloro sin querer.

—Sí, comprendo lo que te pasa —le contestó Sacco con suavidad—. Lo que yo quiero decir, Madeiros, es que cada vida humana, en este mundo, está vinculada con otra vida. Es como si hubiera hilos invisibles de uno a otro de nosotros.

En los peores momentos, cuando me siento lleno de odio contra el

juez que es tan cruel y que tan insensiblemente nos condenó, yo me digo, no es razonable odiarlo. Él también es un ser humano como tú y como yo. También él está unido por hilos invisibles a todos nosotros. Sólo que él está lleno de maldad y de odio. ¿Comprendes esto, Madeiros?

—Estoy haciendo todo lo posible por entenderlo —contestó Madeiros—. No es culpa suya si no le entiendo.

—Pero la vida no está perdida —insistió Sacco. Levantó la voz y llamó a Vanzetti—: ¡Bartolomé! ¡Bartolomé! —gritó—. ¿Has oído?

—He estado oyendo —dijo Vanzetti, de pie junto a la puerta de su celda con las lágrimas que le corrían lenta y suavemente por las mejillas.

—¿Y no tengo razón cuando le digo a Madeiros, que nunca se pierde una vida humana?

—Tienes razón —contestó Vanzetti— Nicolás, tienes mucha razón, y estás lleno de sabiduría. Madeiros, escúchalo cuando te dice algo. Él es muy sabio y muy bueno.

En ese momento empezaron a sonar las campanas de la prisión, en el toque del mediodía. Eran las doce en punto, la hora del mediodía del 22 de agosto de 1927.

Capítulo VII

La hora del mediodía en la ciudad de Boston y en el estado de Massachusetts está a seis horas de distancia, midiendo la distancia en zonas de tiempo, de la ciudad de Roma en Italia. Cuando son las doce en la costa oriental de los Estados Unidos, las últimas sombras de la tarde ya se están posando sobre las hermosas ruinas, las bellas plazas abiertas y los calientes y míseros tugurios de Roma.

Ésa es la hora en que el dictador hacia su gimnasia vespertina antes de vestirse para la cena. Hoy practicaba box con guantes livianos. El ejercicio no era rutinario, no hacía siempre lo mismo, porque algunos días saltaba a la cuerda, otros practicaba box; y había días en que tiraba esgrima con el escudo y la espada corta de los antiguos romanos. Se enorgullecía de su estado físico. Y cuando boxeaba en lo que gustaba denominar «el estilo norteamericano» tiraba de cerca sin dar cuartel a su contrincante y mostrándose despiadado. Le gustara o no le gustara, el infortunado contrincante tenía que absorber el castigo, comprendiendo que había límites naturales al sentido deportivo evidenciado incluso por éste que era el más deportivo de los gobernantes. Por otra parte, el dictador gozaba del contacto físico del boxeo, el sólido golpe del cuero contra la carne y el sentido de conquista física que de ello derivaba.

Una gimnasia sana consistía en diez minutos de pedaleo en la bicicleta fija, cinco minutos de remo en el bote fijo, diez minutos de box con dos contrincantes —el hecho de que fueran dos era un halago más a la vanidad del dictador—, una zambullida y después una ducha helada.

Desnudo, como había salido del vientre de su madre, salía el dictador de la ducha, golpeándose el pecho e inhalando grandes bocanadas de aire, mientras tres masajistas se ocupaban de secarlo y friccionarlo. Le gustaba hacer esto frente a un espejo, para gozar

viendo su caja torácica y deleitarse en sus robustas piernas y su piel blanca y saludable. Muy a menudo se sometía después a un masaje completo. La encantaba el placer sensual de tenderse en la mesa, mientras los expertos dedos del masajista exploraban cada músculo y cada tendón de su cuerpo; y en esos momentos experimentaba una cierta excitación en su misma desnudez, entregándose así completa y peligrosamente a merced del masajista. Desnudo y expuesto se tendía allí flojo y relajado mientras la sangre empezaba a circular más rápida y libremente a través de sus miembros y de su piel, erizada de nueva vida.

Esos momentos eran altamente sensuales y muy a menudo los empleaba en proyectar alguna pequeña satisfacción que podía otorgarse en la hora que le quedaba antes de la cena. No necesitaba privarse de esos placeres, y le gustaba decir a sus íntimos que ninguna relación sexual era tan grata y satisfactoria como la que uno se procuraba antes de la cena. Hoy jugó con esa idea, y empezó a elaborar imágenes en esos recovecos de su mente que destinaba a los recuerdos eróticos. Decidió darse un masaje completo. Se tendió como un gran felino mientras lo rociaban con bálsamo, y todos los nudos y todas las tensiones acumuladas en el día eran eliminadas de su cuerpo. Era perfectamente adecuado que planificara el amor y la diversión así como ciertos importantes asuntos de Estado mientras lo masajeaban; y cuando volvió a ponerse de pie, se sentía estimulado, no sólo por la fricción sino también por sus propios pensamientos. Se examinó en el espejo con renovado interés. Se fijó en las carnosidades del abdomen y las pellizcó en busca de alguna laxitud que pudiera indicar el arribo de la temida madurez.

La edad lo aterraba, y sus peores momentos eran aquellos en que se le ocurría pensar en la edad o en la muerte. Recientemente había pensado en estos dos desgraciados estados un poco más de lo que las circunstancias de su vida y posición aparecían justificar.

Las circunstancias eran en sí mismas bastante buenas porque nunca —le parecía a él— había sido mejor su propia posición o la posición del país. Los últimos reductos de resistencia en el país habían sido eliminados. La amenaza del comunismo había sido

aplastada de un modo decisivo, de una vez para siempre, y sólo pocos días antes había estado de pie, orgullosa y fieramente, en el balcón de su palacio enfrentando un gran mar de rostros humanos, centenares y miles de personas apretujadas, rugiendo al unísono la atronadora ovación de:

«¡Duce! ¡Duce!».

Les habló de lo que había hecho por ellos. Les informó que la amenaza bolchevique, el monstruo ateo del comunismo, había sido muerto así como anteriormente los dragones de la perfidia habían sido ultimados por los campeones de la nobleza. El bolcheviquismo italiano estaba muerto; el comunismo italiano estaba muerto. Reinaba el orden en todo el país, y esperaban al fascismo mil años de riqueza, durante los cuales todos los tesoros del ancho mundo servirían para recompensar a aquellos que creyeran, obedecieran y siguieran.

A pesar de esto, a pesar de la gran ovación que había recibido, a pesar de la adulación de todos los que lo rodeaban, a pesar del creciente respeto que estaba ganando en el frente diplomático de las grandes naciones que tanto envidiaba y admiraba, Francia, Gran Bretaña y los Estados Unidos, a pesar de la prueba de que su estado físico seguía siendo excelente y que su capacidad para jugar el papel de su noble semental seguía íntegra, a pesar de todas estas felices circunstancias se había sentido indebidamente deprimido en los últimos días, y más lo preocupaba todavía el no poder hallar la fuente de su depresión.

Hacía apenas unas noches había cenado con un conocido psiquiatra vienés —tenía una grande aunque secreta admiración por esos profesionales— y había planteado ante el psiquiatra si él —el psiquiatra— creía o no que los antiguos emperadores romanos estaban convencidos de su propia divinidad y de su propia inmortalidad.

—Señor —le había contestado el vienés—, hay que tomar estas dos cosas por separado. La divinidad y la inmortalidad no son sinónimos. Es solamente ahora que nosotros dotamos a los dioses

con la vida eterna. En los tiempos antiguos había dioses que vivían muchísimo tiempo y había otros que morían como cualquier mortal. Pero es muy discutible que las civilizaciones antiguas hayan concebido a los dioses como seres inmortales; en verdad nunca se plantearon este problema, ya que ellos no estaban preocupados, como lo estamos nosotros, por la sed de vida eterna.

El dictador se preguntó si éste era el caso. Con mucha frecuencia el dictador gustaba identificarse con los antiguos jefes de la Roma imperial. Una sociedad de escultores toscanos le había regalado tres bustos de antiguos nobles romanos que se le parecían tanto, que cualquiera de ellos podía haber sido mellizo suyo. También le ocurría con cierta frecuencia soñar que él era un dios, y después, en las primeras horas que seguían al despertar después de ese sueño, le resultaba difícil separarse del dios, o separarlo al dios de él. Solía reírse de sí mismo por permitirse estas pequeñas fantasías, pero al mismo tiempo se reservaba la convicción de que muchos grandes misterios quedan desconocidos e irresueltos para la ciencia y la filosofía. Con mucha ligereza, con alegre humor, le dijo esto al psiquiatra austriaco; porque sabía que todos los hombres hablaban, y particularmente les gustaba chismear sobre los grandes, y a él no le gustaba que se rumoreara sobre sus ilusiones de divinidad. El psiquiatra austriaco, sin embargo, sensible a los menores deseos del dictador, intuyó lo que pasaba por la cabeza de éste, y desarrolló las cosas de tal modo que dejó bien claro ante el dictador que él, el dictador, tenía tanto derecho a la divinidad como cualquier sucesor de Julio César.

—Sabemos tan poco acerca del cuerpo humano —dijo razonablemente el psiquiatra—. Sus misterios son infinitos, y casi no han sido rozados. Piense en las glándulas de secreción interna; los secretos que revelarían si pudieran hablarnos en sus propios términos de química, es algo que sobrepasa la imaginación humana. ¿Quién puede decir que el hombre es polvo?, ¿qué sale del polvo y a él ha de volver? ¿Por qué mueren los hombres? Sólo podemos adivinarlo. La misma ancianidad es un misterio en sí misma.

—Pero todos los hombres mueren —arguyó el dictador, obligando

al psiquiatra a que siguiera la conversación por el mismo camino.

—¿Todos? —el vienés arqueó las cejas—. ¿Cómo podemos saberlo? ¿Acaso tenemos un registro de los nacimientos y las muertes de todos los seres humanos? Piense en eso, señor, suponga que el cuerpo y, el espíritu de un hombre lograran vencer a la muerte, no de un modo místico, sino a través de procesos químicos orgánicos. Descubriría que a medida que los años pasaran él no envejecería y una vez que la sugestión de esta evidencia se convirtiera en un hecho real, él tendría que hacer frente a esa nueva situación y resolverla. En otras palabras, aunque viviera, tendría que simular la muerte, tendría que desaparecer, tendría que fraguar un suicidio, tendría que emigrar, huir, trasladarse de una ciudad a otra. ¿Y cómo sabemos que no ha sido éste el caso de mucha gente? Si tal fuera, esos secretos serían los más celosamente guardados que podría esconder un ser humano, porque si eso fuera conocido por los seres inferiores que deben morir cuando les llega la hora, entonces éstos se echarían sobre el inmortal y lo destruirían tan despiadadamente como los lobos destrozan un venado.

El dictador sorbía ansiosamente cada palabra de esta fantástica perorata y mientras trataba de disimular la seriedad y la concentrada atención con que escuchaba, sus poderes de simulación no estaban a la altura de esta particular situación.

—Pero si tal don fuera otorgado a los gobernantes, éstos no tendrían que esconderse.

—Sí, ¿pero cuántos hombres que verdaderamente poseyesen el poder ha habido en la historia? —preguntó el psiquiatra con suavidad—. Si contemplamos este asunto desde un punto de vida estadístico, tenemos que reconocer que ha habido muy pocos posesores del poder para probarlo, quiero decir verdaderos poderosos; ese poder indiscutible que una vez en un milenio es concedido a un hombre de inmensa fuerza, sabiduría, convicciones y control…

Esa conversación había sido una de las experiencias más maravillosas y satisfactorias que había vivido el dictador, y esa noche durmió como un niño, sin temores ni presentimientos; tampoco se

le reprodujeron esas frías visiones mentales de su propia muerte sin resurrección que solían asaltarlo en sus momentos solitarios, antes de dormir.

Hoy, sin embargo, saliendo de lo que debía haber sido el totalmente satisfactorio estímulo y descanso de la gimnasia, el baño y el masaje, se sentía deprimido y desasosegado; y se preguntaba por qué su paz espiritual lo había abandonado tan súbitamente. Se estaba envolviendo en una gran toalla de baño, preparándose para pasar al cuarto de vestir, cuando entró su secretario con un puñado de notas y mensajes, listo para atender los negocios del Estado mientras el dictador se vestía.

—Vamos, esto puede esperar —protestó el dictador—, no estoy en humor de trabajar. ¿No ve usted que no estoy en humor de trabajar?

—Hay asuntos que pueden esperar; y hay asuntos que no pueden esperar.

Entraron juntos al cuarto de vestir. Mientras se vestía asistido por dos ayudas de cámara, echó una ojeada a los asuntos que requerían su atención.

—Esto puede esperar —dijo—. Y esto, seguro que puede esperar. Me molesta muchísimo que me importunen con estas cosas cuando no estoy con ánimo de soportarlas. Aquí hay una petición para el otorgamiento de una línea de transporte por ese cerdo de Ginetti. Ya le hemos informado lo que le costaría. Él se hace el sordo. Y esto ya me está cansando. Devuélvale la petición. Dígale que estoy muy enojado con él, y que se va a tener que comer la petición si no accede a lo que le dijimos. El embajador de Holanda puede esperar. Cuanto más desairo a los holandeses, más se colma mi odio a los alemanes, En lo que se refiere a Santani, lo considero un gángster. Y no lo voy a recibir por menos de un millón de liras. Ése es el precio de la respetabilidad. Y si no paga dentro de treinta días, serán dos millones. Y aquí está otra vez el caso de Sacco y Vanzetti. ¿Pero, es que no se va a acabar nunca esto? ¿Es que no voy a oír otra cosa que Sacco y Vanzetti hasta el día del juicio final? Ya he

llegado a un punto en que la sola mención de los nombres me enferma. ¡Que esos bastardos comunistas se frían en el infierno! ¡Te digo que de sólo oír los nombres me enfermo! No quiero volver a oírlos.

Terminó de vestirse. El secretario esperó pacientemente y por fin:

—Comprendo. Pero, Sacco y Vanzetti son figuras importantes para la gente.

—Dígales que estamos considerando el asunto y que haremos todo lo que esté a nuestro alcance para aliviar la severa condena justicieramente recaída sobre esos dos bastardos rojos.

Caminaron juntos hasta la oficina y por el camino se les sumó el ministro del Trabajo. El secretario y el ministro del Trabajo, los dos caminaron un paso detrás del dictador, se miraron y se entendieron con un gesto. Se retrasaron a cuatro pasos mientras el dictador entraba en su oficina, y esperaron a que él cubriera los veinte pasos por la mullida alfombra hasta llegar a su escritorio. Cuando se hubo sentado y los miró, su rostro estaba oscuro de rabia y debajo de la rabia había petulancia. Lo estaban acorralando. Hombres como éstos, sus propios sirvientes, sus ayudantes, sus sicofantes, se habían vuelto lo bastante audaces como para acorralarlo y en lugar de que la hora siguiente fuera suya para disponer de ella a su antojo, estaban resueltos a hacer que fuera de ellos.

—Nicolás Sacco y Bartolomé Vanzetti… —empezó el secretario.

—El asunto de esos dos está terminado —dijo con firmeza el dictador.

El ministro del Trabajo se acercó dos pasos y dijo, con una mezcla de prudencia y de confianza:

—No tendrá que ocuparse de este asunto indefinidamente, señor. Esta noche los dos hombres serán ejecutados. Así que, hasta cierto punto, eso lo termina. Quiero decir que ha llegado a un punto en que este asunto se acabará solo.

Incapaz de leer con claridad, o de sondear a fondo la máscara de rabia que llevaba el dictador, el ministro del Trabajo se detuvo, esperó y después preguntó:

—¿Puedo proseguir? Hay algunos hechos en relación con este caso que hay que anotar, y algunas cosas que hay que hacer. ¿Pero quizá usted prefiera no escucharlas ahora?

—Prosiga —dijo secamente el dictador.

—Sí. Como le dije, el asunto se termina esta noche, Los dos van a ser ejecutados esta noche y después todo morirá rápidamente. Es imposible lanzar una campaña de agitación por muertos. La estabilidad de la muerte impide que tal campaña tenga alguna utilidad y ella nada puede cambiar, porque la muerte es irreversible.

—¿Cómo sabe usted que la ejecución no volverá a ser postergada? —le preguntó el dictador.

—Estoy casi seguro. Esta mañana, cuando los obreros salieron de la fábrica para ir a almorzar, hubo una manifestación de varios miles de personas frente a la embajada norteamericana. Se arrojaron piedras, se rompieron vidrios, y el automóvil del encargado de negocios de la embajada de Francia, que acertó a estar estacionado frente a la embajada norteamericana, fue volcado e incendiado. La policía disolvió esta manifestación y detuvo a veintidós de los dirigentes. De dos de ellos estamos casi seguros que son comunistas, los otros, sin embargo, son totalmente nuevos para nosotros y para nuestros archivos lo que denota hasta qué punto se ha extendido la agitación por Sacco y Vanzetti, y con qué habilidad está siendo manejada. Coloca a la policía en una situación sumamente incómoda, porque la defensa de Sacco y Vanzetti se ha vuelto un asunto que afecta el honor y el orgullo nacional. Ha habido demasiadas historias de insultos y ultrajes sufridos por los inmigrantes italianos en Estados Unidos últimamente como para que el pueblo permanezca indiferente ante este asunto. Hacen de ello una cuestión de honor nacional. Por eso, di orden a la policía de poner en libertad a todos los detenidos, incluso los dos que creemos que son comunistas, a quienes, de paso, he ordenado vigilar de modo que nos

serán útiles de esa manera. Creo que usted estará de acuerdo, señor, que esta acción, en este caso particular, fue lo más sabio que se podía haber hecho.

—El dictador estuvo de acuerdo. Continúe —le dijo.

—A las dos visité al embajador de los Estados Unidos. Él lo aprecia mucho a usted y me dijo que usted podía estar tranquilo sobre este asunto tan molesto. Dijo que muy pronto se habrá terminado y no será ya una fuente de dificultades.

—¿Eso dijo? —Inquirió el dictador con el rostro ya menos enojado que antes.

—Precisamente eso. Ésas fueron sus palabras.

El ministro del Trabajo se volvió al secretario buscando una confirmación.

—¿No fue así como dijo, precisamente esas palabras?

—Exactamente esas palabras —asintió el secretario.

—Ya ven ustedes que ninguna amistad se pierde —dijo el dictador sonriendo por primera vez desde que había dejado la camilla del masajista—. Sin embargo, hay amistades y amistades. Un imbécil construye puentes en el desierto. Un sabio cultiva a aquellos que tienen influencia.

—A las tres —prosiguió el ministro del Trabajo—, mantuve una breve reunión, por sugerencia del embajador, con uno de los secretarios. Este secretario me informó que usted podía estar seguro de que la ejecución sería llevada a efecto. Dijo que comprendía que toda esta cuestión de la ejecución pendiente colocaba al *Duce* y a su gobierno en una posición muy difícil. Me dijo que le asegurara que todos apreciaban debidamente la naturaleza delicadísima de su posición. Añadió que gente muy importante de su país hablaba abiertamente de su admiración por el tacto con que usted manejó este asunto.

—¡Ya ven ustedes! —gritó el dictador dándole mayor énfasis a sus palabras al golpear con el puño cerrado en el escritorio—. Ya ven ustedes lo que habría pasado si yo hubiera seguido el consejo de esos cerdos de cabeza dura que sólo saben decir una cosa: un comunista es un comunista. Estos hombres tienen una mentalidad de aceite de ricino.

Había acuñado una frase, le gustó no pudo reprimir una sonrisa. El ministro y el secretario sonrieron también. En verdad era una linda frase.

—La mentalidad del aceite de ricino —repitió el dictador—. Sin embargo, no se puede unificar un país con esa mentalidad de aceite de ricino. ¿Acaso sólo los comunistas se preocupan por la suerte de esos dos bastardos? Les digo que no. ¡Les digo que las indignidades y agravios sufridos por Sacco y Vanzetti son una afrenta para todo italiano que ame a su patria y esté con la libertad! Es por ello que el pueblo deberá comprender que su conductor no es insensible a los sufrimientos de un italiano en ninguna parte del mundo. El honor de Italia es sagrado. ¿Usted está seguro de que ese secretario decía la verdad?

—Completamente seguro —contestó el ministro del Trabajo—. Hay algo más; en este momento lo espera una delegación de la localidad de Villa Falletto, que humildemente le solicita una audiencia. Villa Falletto, como usted sabe, es el pueblo donde nació Vanzetti. Su familia aún vive allí. Sin embargo, creo que dos de los miembros de la delegación vienen de Turín.

—¿Les han tomado los nombres? —preguntó el dictador con sus maneras completamente cambiadas; su enojo había desaparecido y ahora tenía un aire de paternal benevolencia.

—Tenemos sus nombres y sus impresiones digitales, y ya hemos empezado a investigar sus antecedentes y relaciones. Al salir de aquí estarán bajo vigilancia veinticuatro horas por día.

—Muy bien, y muy competente —dijo complacido el dictador—. Una falta de competencia técnica es la maldición de nuestro pue-

blo, y me resulta muy agradable ver tanta comprensión del problema por su parte. Porque, hay algo de lo que puede estar seguro, y es que cuando se reúne una delegación y se desplaza centenares de millas para verme hay algún comunista metido detrás de ellos. Cada miembro de la delegación está contaminado por la podrida infección del comunismo. Recuerde eso. Ahora los voy a recibir.

Cuando la delegación entró en el gran despacho del dictador, él se levantó de su escritorio, lo rodeó caminando lentamente y salió a su encuentro, con las dos manos extendidas, sus oscuros ojos llenos de paternal comprensión por lo que Italia tenía que soportar en ese día, y en su rostro la pena parecía ser fiel reflejo de la que impulsaba a sus visitantes. La delegación estaba encabezada por un hombre anciano que evidentemente había trabajado con las manos toda su vida.

El dictador tendió su mano para saludar a este hombre, y durante un momento reinó un profundo silencio. El viejo obrero que encabezaba la delegación sacó un escrito de su bolsillo y lo desplegó cuidadosamente. Mientras los otros estaban de pie detrás de él con la gorra en la mano, leyó vacilante y no sin temor, con una voz temblorosa, el siguiente mensaje:

«Un millar de campesinos y trabajadores de Italia se han reunido en la localidad de Villa Falletto donde nació Bartolomé Vanzetti. Nos hemos reunido en el recuerdo de un italiano bueno y pacífico que ha sido injustamente condenado a morir. Resolvemos que haremos todo lo que esté a nuestro alcance para impedir su muerte; y por ello enviamos humildemente una delegación de nuestros miembros elegidos en las aldeas vecinas a Villa Falleto, así como en la ciudad de Turín, para pedirle al *Duce* que intervenga ante el gobierno de los Estados Unidos para impedir este atroz asesinato legal. Conocemos el poder que lleva implícita la palabra del *Duce* y humilde y respetuosamente le pedimos que él eleve su voz para pedir clemencia para dos hijos de nuestra clase trabajadora, Nicolás Sacco y Bartolomé Vanzetti».

Cuando el viejo terminó de leer, sus ojos cansados se llenaron de

lágrimas y ciegamente hurgó sus bolsillos buscando el pañuelo para enjugarse las lágrimas. Era incuestionable que este hombre tenía una relación personal con los condenados. Cuando el dictador súbitamente abrazó al anciano, todos en la habitación evidenciaron su emoción por ese gesto impulsivo. La mitad de los delegados lloraban cuando salieron del despacho y cuando el dictador se volvió a sentar detrás de su escritorio, también él estaba un poco conmovido. Todavía dentro del espíritu de la ocasión llamó a una dactilógrafa y le dictó el siguiente comunicado de prensa:

—El *Duce* se ha dirigido al presidente de los Estados Unidos para pedirle que las vidas de Nicolás Sacco y Bartolomé Vanzetti, ambos de origen italiano, sean perdonadas. Y ha pedido al presidente de los Estados Unidos que tome esta medida con el objeto de cimentar las relaciones existentes entre Italia y los Estados Unidos dentro del marco de cálida amistad que ha existido entre estos dos países durante tantos años.

«El presidente de los Estados Unidos, acusando recibo del mensaje del *Duce* ha manifestado su intenso pesar debido a que por el sistema de gobierno vigente en los Estados Unidos, este asunto debe quedar en manos del gobierno del estado de Massachusetts. El presidente de los Estados Unidos reconoce asimismo el sincero interés y la honda preocupación del *Duce*, pero lamenta comunicar que carece de poderes para intervenir en este desgraciado asunto».

Cuando hubo terminado el mensaje, el dictador le señaló al ministro del Trabajo que su aparición debería coincidir con una declaración de Washington y que había que pedir su asentimiento antes de que fuera entregada a la prensa. El ministro del Trabajo le aseguró que ninguna dificultad obstruiría el camino para una tan feliz solución del problema.

Todo esto fue para él como una catarsis, y el velo de tristeza abandonó por fin el espíritu del dictador. Veinte minutos más tarde pudo dejar su oficina por su dormitorio, y súbitamente el día, el futuro, todas las circunstancias de su vida se habían vuelto otra vez alegres y brillantes.

Capítulo VIII

Desde temprano en la mañana del 22 de agosto, el piquete de protesta se había estado desplazando de uno a otro extremo frente a la casa de gobierno del estado. El tamaño del piquete variaba. Cuando comenzó por la mañana, no era más que un puñado de personas que con aire desafiante andaba por la vereda, caminando silenciosamente en esas primeras horas del día. Un poco más tarde cuando empezó a pasar la gente rumbo a su trabajo, el volumen del piquete creció y hubo un breve lapso, alrededor del mediodía, cuando fue grandemente engrosado por los hombres y mujeres que se incorporaron por quince minutos o por media hora antes de volver a su trabajo.

Pero aparte esto, el piquete se había incrementado sustancialmente alrededor de las diez y a esa hora, decenas de policías se habían ubicado ya en el lugar, desplegados, rodeando el piquete y tratando de dar la impresión de que eran los esforzados defensores del pueblo enfrentando una torva amenaza. Primero había solamente policía de la ciudad; después la policía de la ciudad fue reforzada por la del estado, después llegó un automóvil que se estacionó a una cuadra, donde estaban sentados cuatro hombres vestidos de civil con ametralladoras portátiles cruzadas sobre las rodillas, listos por si la ocasión se presentaba; aunque qué ocasión podrían estar esperando, es algo de lo que ninguno de los piqueteros tenía la menor idea. El verdadero propósito de la policía agrupada y de los preparativos semimilitares con que rodeaban al piquete era más el de intimidar que defender; y en este proceso de intimidación la policía logró cierto éxito.

Durante los últimos tres o cuatro días, personas hondamente preocupadas por el caso Sacco y Vanzetti habían estado llegando a Boston de todos los extremos de los Estados Unidos. Cuando la decisión final fue tomada por el gobernador del estado y ella era que Sacco y Vanzetti debían morir a la medianoche del 22 de agosto, le pareció a mucha gente en muchas ciudades de los Esta-

dos Unidos que ellos mismos no podían desoír el leve pero amargo gemido de angustia que salía de Boston. Eso fue experimentado por una asombrosa variedad de personas. Médicos, amas de casa, obreros metalúrgicos, poetas, escritores y maquinistas ferroviarios, y hasta los peones de las estancias, cabalgando solos en el lejano oeste, compartían esta peculiar y atroz intimidad con las vidas y las esperanzas y los temores de Nicolás Sacco y Bartolomé Vanzetti. La ejecución es una costumbre tan vieja como la humanidad misma e incuestionablemente el número de los que, aunque inocentes, fueron ejecutados es muy grande; sin embargo nunca antes en este país una ejecución afectó y conmovió tanto a tanta gente.

En Seattle, en el estado de Washington, el día antes del 22 de agosto, un pastor metodista, negro, predicó un sermón sobre el caso Sacco y Vanzetti. Empezó su sermón recordando una experiencia que había tenido de niño en el estado de Alabama. Tales experiencias eran lo bastante comunes entre los negros nacidos y criados en el sur para que pudiera así tocar una fibra sensible en su auditorio; y el pastor prosiguió diciendo cómo en la pequeña localidad donde había vivido, un grito de sangre había llenado el espacio. Una pobre mujer, una histérica un tanto idiota, había proclamado haber sido violada, y entonces todos los mastines del infierno rompieron a galopar al mismo tiempo. Aun cuando él era un niño entonces, este sacerdote negro había visto cómo una maraña de circunstancias se iba cerrando en torno a un pobre hombre que era completamente inocente, hasta que por fin el hombre fue linchado. El pastor recordaba ahora la inevitabilidad de esas circunstancias, y la angustia y el sufrimiento del hombre atrapado en ellas.

—¿Qué veo en este caso de Sacco y Vanzetti? —preguntó desde su púlpito—. Yo trato de hablar con ustedes, que son mis ovejas, como un hombre de Dios, lo que no es una tarea fácil. Pero también debo hablarles como un negro. No puedo cambiar de piel así como no puedo en esta vida, cambiar de alma. He estado pensando mucho en este caso de Sacco y Vanzetti, diciéndome a mí mismo que llegaría un domingo en que ya no podría seguir guardando silencio y tendría que predicar mi sermón sobre ese caso. No me

engañé pensando que un sermón pronunciado por una voz pueda alterar la horrible suerte que aguarda a estos pobres seres. Tampoco puedo engañarme pensando que mi propio silencio pueda justificarse por esta circunstancia.

»Anoche hablé de Sacco y Vanzetti con mi mujer y mis hijos. Los cinco estábamos sentados allí, todos personas de color, cuyo mendrugo ha sido en ocasiones muy amargo, y todos acabamos llorando. Después, me pregunté por qué habíamos llorado. Recordé entonces que ha habido recientemente una declaración de unos historiadores diciendo que no pueden hallar en la historia pruebas de la pasión de nuestro señor Jesucristo ¡Qué tontos son esos hombres! Buscan las pruebas de un Jesucristo y de una crucifixión, cuando la historia de esa época narra la crónica de mil crucifixiones. Ayer yo y mis hermanos gemíamos bajo el yugo de la esclavitud; y hace dos mil años hubo un esclavo llamado Espartaco que se puso a la cabeza de su pueblo luchando contra su esclavitud y les enseñó a levantarse y a libertarse. Cuando fue derrotado, seis mil de sus partidarios fueron crucificados por los romanos. ¿Quién entonces me dirá que la historia no menciona la pasión de nuestro señor Jesucristo?

»¿Buscará alguien dentro de mil años vanamente en las páginas de la historia para descubrir y revelar la pasión de Sacco y Vanzetti? ¿Buscarán el capítulo y el versículo, y si no lo encuentran dirán que el Hijo del Hombre no murió nunca por nosotros? Esto es lo que me pregunté, y cuando me lo hube preguntado una gran tristeza descendió sobre mí, mi corazón se sintió abrumado y cuando miré las tinieblas, buscando una luz y un sendero, ninguno apareció, Entonces tuve que decirme: *Tú eres un hombre de poca fe y menos comprensión*, y tuve que reprenderme y enojarme conmigo mismo, porque en tan poco tiempo había olvidado que yo y mi mujer y mis tres hijos habían llorado porque estos dos inmigrantes italianos debían morir, porque una maraña de circunstancias se habían cerrado en torno de ellos y ninguna fuerza humana parece ser capaz de salvarlos. Si en esto yo sólo veo las tinieblas, entonces he dejado de creer en Dios o en su Hijo, nuestro señor Jesucristo.

»Pero siempre el reverbero de la luz aparece de algún modo entre las tinieblas. Yo quería pronunciar un sermón, y me pregunté: ¿a quién voy a sermonear? Con los ojos de mi mente vi a los fieles sentados en sus bancos y los miré de un modo como no los había mirado nunca. Yo nunca me había dicho antes que predicaba para simple gente trabajadora, aserradores de árboles y acarreadores de agua. Traté de pensar en ellos sólo como personas, ¿y qué necesidad había de definirlos como trabajadores? Y sin embargo mi propio pueblo es un pueblo trabajador, ¿no es verdad? Veo ahora que se están enjugando los ojos. Eso está muy bien. A su hora debida llorarán; porque la pasión de Sacco y Vanzetti es su pasión y es la mía. Es la pasión del pueblo trabajador de nuestra época, ya sea su piel blanca o negra. Es la pasión del pobre negro linchado de mi niñez, que fue ahorcado por una turba de hombres aullantes, dominados por el odio. Es la pasión de un trabajador que va de pueblo en pueblo rogando que alguien le compre la fuerza de sus manos porque su mujer y sus hijos tienen hambre. Es la pasión del Hijo de Dios, que fue un carpintero.

»Somos un pueblo paciente. Con qué esfuerzo aprendimos esa paciencia es algo que ni siquiera puedo imaginar, porque, ¿cómo puede uno medir la sangre y las lágrimas y los corazones destrozados? Pero somos un pueblo paciente y somos lentos para enojarnos. Pero ahora me pregunto si es ésta una virtud o un defecto. Han dicho ahora que Sacco y Vanzetti deben morir dentro de unos días. Yo no sé cuál es nuestro deber, siendo tan pocos y estando tan lejos. Hubo un hombre, Pedro, que no pudo ver a su señor y compañero detenido y entonces desenvainó la espada y golpeó con ella. Y entonces Jesús dijo a Pedro:

»—Guarda esa espada en su vaina: ¿acaso no he de beber la copa que me ofreció mi Padre?

»Mucho tiempo he pensado en estas palabras tratando de discutir con algo que dentro de mí decía: *No, eso no basta*. No tengo respuestas. Mi corazón está lleno de pena y yo vengo a ustedes con mi pena para pedirles que recemos juntos por estos dos hombres. Ellos van a morir por nosotros…».

Estas palabras pronunciadas por el pastor eran la expresión de lo que alguna gente sentía. Y lo que otras personas sentían se expresaba de otras maneras. Muchos, desde el fondo de sus sentimientos decidieron viajar a Boston. La mayoría de los que hicieron esto llegaron sin un plan claramente concebido de lo que podrían hacer. Dentro de ellos mismos, como dentro del pastor negro, había una necesidad y un deseo de participar en una gran voz; pero para ese tipo de rabia y de protesta, la gente debe ser disciplinada y entrenada, y estos no eran lo uno ni lo otro. Algunos de los que vinieron a Boston eran poetas y sabían que aquí había una angustia que sobrepasaba su dominio de las palabras; otros eran médicos, que sentían que aquí había un dolor y una enfermedad que su ciencia no podía curar; y otros que eran obreros, sentían aún más profundamente que ellos mismos habían sido condenados a muerte, y que el hombre no debe morir sin protestar. Al llegar a Boston esta gente iba a mítines de protesta; formularon preguntas para las que no había respuestas simples ni definitivas; y la mayoría de ellos, tarde o temprano, dirigían sus pasos hacia la casa de gobierno, donde un piquete recorría la acera desde hacía varios días.

Algunos de ellos no se decidían a formar en el piquete. No era cosa pequeña salir del caparazón de miedo y costumbre e inhibición para incorporarse a un piquete. Muchas de estas personas que habían venido a Boston no habían visto un piquete en su vida, no digamos ya participado en uno; era algo nuevo para ellos; no estaban seguros de su significado, del fin que perseguía, o de lo que se podría lograr con ello, y de parte de algunos de ellos, existía el sentimiento de que todo esto era un poco ridículo, esto de marchar de una esquina a la otra llevando carteles, gritando consignas, y al final de cuentas musitando una amarga oración al aire para que dos hombres no perecieran miserablemente. Por eso algunas de estas personas no acababan de decidirse a engrosar el piquete. Aunque trataban de forzar a sus cuerpos en ese sentido, una fuerza contraria, más poderosa todavía, vencía este deseo subjetivo, y se quedaban paralizados y anonadados por la terrible certidumbre de lo que esta parálisis significaba, y de cuántos más que ellos era un justo símbolo. No sólo estaban paralizados algunos de los que habían

ido a Boston, sino millones como ellos que no habían ido a Boston, también estaban paralizados y, por lo tanto, eran Ineficaces y sólo podían llorar lágrimas impotentes cuando por fin perecieran un zapatero italiano y otro italiano que vendía pescado por la calle. Había otros, sin embargo, que no estaban paralizados, que pudieron vencer su propia resistencia, que pasaron al frente y pudieron ocupar su lugar en los piquetes.

«Mirad y contemplad»; se decían a sí mismos algunos de éstos. «¡Acabo de descubrir una nueva arma con la que ni siquiera había soñado! ¡Un arma bella y fuerte que puedo usar igual que cualquier otra!».

Marchaban hombro con hombro con personas a las que no habían conocido en su vida y una corriente de fuerza se transmitía de hombro a hombro. Algunos eran jóvenes, otros de edad mediana y algunos eran viejos, pero todos se parecían que estaban haciendo algo que no habían hecho nunca y descubrían así una fuerza que nunca habían tenido antes. Muchos ellos de ellos se incorporaban al piquete casi a hurtadillas, marchaban tímidamente al principio, después con más confianza, y por fin con una nueva actitud que evidenciaba orgullo y resolución. Alzaban los hombros, levantaban la cabeza, erguían el espinazo. El orgullo y la rabia se volvían parte de su ser, y aquellos que al principio iban con las manos vacías se encontraban tomando los carteles de manos de otros que los habían estado llevan, lo largo rato. Los carteles se convertían en armas; estaban armados y tenían un sentimiento, implícito si no totalmente definido, en este simple, casi vulgar acto de marchar juntos en son de protesta con sus prójimos. Se habían vinculado con un poderoso movimiento que se extendía sobre toda la tierra. Nuevos pensamientos se formaban en sus mentes y nuevas emociones los recorrían; sus corazones latían con mayor rapidez, llegaban a conocer la pena como no la habían conocido nunca, y la simple rabia que anidaba en sus pechos se transformaba en viril protesta.

Una y otra vez la policía lanzaba su provocación contra los piquetes. Durante la primera parte de ese día 22 de agosto la columna

fue rota en dos ocasiones y cada vez fueron detenidos hombres y mujeres y llevados a las comisarías cercanas. También ésta era una experiencia nueva para muchos de los piqueteros: poetas, escritores, abogados, pequeños comerciantes, ingenieros y pintores que habían vivido toda su vida en paz y en una enorme seguridad, súbitamente se encontraban golpeados y maltratados y encarcelados como vulgares criminales; su seguridad había desaparecido, se había hecho pedazos. La ley que durante tanto tiempo los había cubierto y protegido era ahora un arma de ira asesina vuelta contra ellos.

Algunos estaban terriblemente asustados; otros, sin embargo, enfrentaban la ira con la ira y el odio con el odio, y en el mismo acto de ser detenidos experimentaban un cambio que iba a quedar en ellos y que los iba a afectar por todo el resto de sus días.

Para los obreros que eran detenidos el proceso era mucho más simple, porque ni la sorpresa ni el miedo acompañaban a lo que era un proceso ni nuevo ni extraordinario. Uno de éstos era un obrero negro, un barrendero de una fábrica textil de Providence en el estado de Rhode Island. Se había tomado el día libre, todo el día, sin sueldo, para poder ir a Boston y ver qué estaban haciendo las otras personas que, como él, no podían soportar la idea de que la muerte pudiera apoderarse sin oposición de Sacco y de Vanzetti. Este obrero negro no había pensado demasiado ni muy profundamente sobre el caso Sacco y Vanzetti, pero durante muchos años había sido parte de su conciencia y del inundo que lo rodeaba de una manera simple y directa. Nunca había examinado con detenimiento las actas del juicio, pero de vez en cuando leía algo que Sacco y Vanzetti habían dicho, o alguna otra cosa que era parte de su vida o que iluminaba alguna parte de su vida, y al leerlo comprendía, también de una manera muy simple, que estos dos condenados no podían haber cometido un crimen, sino que eran simples trabajadores como él mismo. A veces pensaba, esforzándose hasta que le dolía la cabeza, acerca de esta identidad, como cuando leyó en un diario la siguiente afirmación que Vanzetti había hecho en una de sus cartas:

«Nuestros amigos deben hablar en voz muy alta para ser escuchados por nuestros asesinos; nuestros enemigos tienen sólo que susurrar y hasta permanecer callados para que se los comprenda». El negro había pensado largo tiempo en estas pocas palabras y ellas se habían convertido en parte de su propia decisión. Su decisión lo llevó a Boston el 22 de agosto y allí engrosó el piquete que marchaba frente a la casa de gobierno. No sobrestimaba ni subestimaba esta acción; la reconocía por lo que era: una acción muy pequeña que ni podía partir el mundo en dos ni tampoco liberar a los dos hombres en quienes, durante tanto tiempo, había pensado como en dos amigos. Pero toda su vida este hombre había luchado contra su propia extinción, y había librado su lucha con acciones igualmente pequeñas y aparentemente faltas de esperanza, y sabía a través de su rica experiencia práctica que desdeñar esas acciones pequeñas era desdeñar toda acción. No vivía en sueños exaltados de lo que podría tocarle mañana, sino que se movía en términos de la realidad práctica de hoy. Durante las horas que marchó en el piquete pudo comunicar algo de su fuerza a los hombres y mujeres que lo rodeaban. No era un hombre muy alto, pero en su dura contextura había un aire de fuerza y, reconfortante solidez. Tenía una cara ancha y agradable y ninguno de sus movimientos y acciones era apresurado o incontrolado; y por estas mismas razones irradiaba una impresión de fuerza y comunicaba a la gente que lo rodeaba una sensación de seguridad. También marchaba con facilidad, como muchos otros obreros, aceptando el piquete como un momento de su vida que no tenía nada de raro ni de extraordinario. En la primera oportunidad que la policía trató de disolver el piquete y provocar detenciones, él tranquilizó a la gente que lo rodeaba, hizo correr la voz: «Tranquilidad. No les prestemos atención y sigamos la marcha». Y ayudó así a los demás piqueteros a mantener su disciplina y su compostura. Sin embargo, estos actos suyos llamaron la atención de la policía. Los agentes de investigaciones se lo empezaron a señalar unos a otros, fue observado y su importancia valorada. En la pequeña lucha y el pequeño drama del piquete, fue elegido para ser eliminado; y la segunda provocación policial se dirigió contra él. Fue detenido, y a la una de la tarde del 22 de agosto lo llevaron al departamento de policía y allí quedó incomu-

nicado en una celda.

Esta distinción y este tratamiento especial le preocupaban. Él era una de las treinta personas que habían sido detenidas, y entre ellas había obreros del calzado y obreros textiles blancos, amas de casa, un famoso dramaturgo de Nueva York, y un poeta de reputación internacional; pero todos éstos habían sido alojados juntos. ¿Y por qué, entonces, a él lo habían separado del resto y lo habían puesto incomunicado en una celda?

No pasó mucho tiempo antes de que viera contestada su pregunta. Dado que éste era el último día antes de la ejecución, el tiempo se medía en horas o hasta en minutos, y por ello, lo que debía ocurrir no podía demorarse mucho. Él intuyó esto. Había estado apenas un momento en la celda cuando vinieron a buscarlo y lo llevaron a una habitación donde lo estaban esperando varias personas. Había allí dos policías de uniforme, otros dos policías vestidos de civil y un agente del ministerio de justicia. También había allí un taquígrafo sentado en su escritorio a un costado de la habitación con el *block* abierto y el lápiz en la mano esperando lo que ocurriera, esperando los sonidos de agonía y confesión que tuviera que registrar.

Los dos policías de civil tenían, cada uno, un trozo de manguera en la mano, doce pulgadas de largo por una pulgada de diámetro de goma maciza, y cuando entró los vio arqueando las cachiporras para todos lados; y sólo tuvo que mirar las mangueras, y mirar la cara de los hombres, mirar la desnudez y la fealdad del cuarto al que había entrado, para saber lo que le esperaba. Este obrero negro era un hombre simple, común, y cuando comprendió lo que le esperaba, su corazón desfalleció y se sintió embargado por el temor. Todo su cuerpo se puso tenso; se retorció de un lado para otro, no en un intento de fuga sino en una protesta espasmódica e involuntaria de su ser físico. Entonces los hombres le sonrieron y él supo lo que esas sonrisas significaban.

El representante del ministerio de justicia le explicó por qué lo habían llevado allí.

—Mira —le dijo al negro—, no queremos molestarle. No querernos causarte ningún dolor ni sufrimiento. Queremos hacerte algunas preguntas y que las contestes diciendo la verdad. Si lo haces no tienes de qué preocupante y saldrás en libertad dentro de un momento. Para eso te hemos traído aquí para contestar unas preguntas. ¿Tú eres un hombre honesto, no es verdad, y un buen norteamericano?

—Yo soy un buen norteamericano —contestó el negro solamente.

Los dos agentes de civil dejaron de jugar con las mangueras y ambos le sonrieron. Los dos tenían bocas anchas, de finos labios; casi parecían hermanos. Sonreían con facilidad, pero también sin humor.

—Sí eres un buen norteamericano —dijo el hombre del ministerio de justicia—, entonces no vamos a tener ningún inconveniente. Queremos saber una cosa: ¿quién te pagó para que marcharas en ese piquete?

—Nadie me pagó —contestó el negro.

Entonces los dos de civil dejaron de sonreír y el hombre del ministerio de justicia se encogió de hombros, casi como si lo lamentara. Dejó de tener un tono tan amistoso como el de antes, aunque todavía no era inamistoso.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó al obrero negro.

El negro se lo dijo. El hombre del ministerio de justicia le pidió que repitiera lo que había dicho un poco más fuerte para que el taquígrafo pudiera tomarlo. El negro lo hizo.

—¿Qué edad tienes? —le preguntó el hombre del ministerio de justicia.

—El negro contestó que tenía treinta y tres años.

—¿De dónde eres? —le preguntó el hombre del ministerio de justicia.

—El negro le dijo que era de Providence, y que había llegado a Boston esa misma mañana por tren.

—¿Trabajas en Providence? —le preguntó el hombre del ministerio de Justicia. Con esta pregunta el negro comprendió definitivamente que ya no podía esperar nada. No importa lo que hiciera de ahí en adelante, ya no podría cambiar las cosas. Si no les decía dónde trabajaba, ellos lo descubrirían de todas maneras, y en el proceso de descubrirlo empezaría a sonar la música. Y hasta sabía exactamente qué clase de melodía tocarían, y sabía también quién bailaría y quién tocaría el saxofón. Tenía miedo, y no le avergonzaba reconocerlo; resolvió postergar ese momento, que la música empezara más tarde. Les dijo dónde trabajaba y ellos lo anotaron. Supo entonces que ya nunca más trabajaría allí. Supo también que ya no podría trabajar en ninguna otra fábrica de esa zona. Tenía una esposa y una hijita de tres años, y a causa de esto, hubo un sabor más triste y acre en el conocimiento de que ya no podría volver a hallar trabajo en esa zona. Pero las cosas estaban ocurriendo, y él no podía hacer nada más que dejar que ocurrieran. Estaban ocurriendo, sí, pero acababan de empezar; ahora seguirían.

—¿Por qué viniste a Boston? —le preguntó el hombre del ministerio de justicia con bastante amabilidad.

—Yo vine porque pensé que Sacco y Vanzetti no debían morir así, sin una palabra ni un acto de protesta.

—¿Y crees que al venir aquí podías impedir que murieran?

—No, señor. No creo eso.

—Entonces, si no lo crees, te estás contradiciendo y nada de lo que dices tiene sentido. ¿Lo tiene para ti?

—Sí, señor, lo tiene.

—A ver, explicarme qué sentido tiene.

—Pues es algo así: o yo no hacía nada, o yo me venía a Boston y veía si quizá podía hacer algo, algo por esos pobres hombres.

—¿Algo como qué?

—Algo como marchar en el piquete hoy.

El hombre del ministerio de justicia dijo, con la voz súbitamente atiplada y furiosa:

—¡Maldito seas, eres un mentiroso! ¡A mí no me gusta que me mientan! Esas mentiras no te favorecerán mucho.

Entonces el hombre del ministerio de justicia se sentó en una silla de madera y los dos policías se sentaron sobre una mesa vieja que estaba a un costado. Los dos de uniforme se dirigieron hacia la puerta cerrada y allí quedaron, uno de cada lado, recostados contra el marco. Esto provocó todo un movimiento en el cuarto y el trabajador negro tuvo aguda conciencia de estos desplazamientos, y la tuvo porque comprendió que estos movimientos significaban que había terminado la primera parte del interrogatorio; y que ahora empezaría la segunda. Lo dejaron tranquilo por un momento, pero todos tenían la vista fija en él. Y él sabía lo que quería decir cuando varios blancos miraban así a un negro. Ahora pensó en su mujer y en su hijita y le invadió infinita tristeza, algo así como si se le hubiera muerto un ser querido. Y comprendió que esto se debía a que la muerte flotaba en el ambiente. Y eso es lo que ellos habían querido que él comprendiera, que la muerte flotaba en el ambiente.

—Creo que estás mintiendo —dijo el hombre del ministerio de justicia—. Y nosotros queremos que digas la verdad. Si nos mientes te va a ir mal. Si nos dices la verdad aún podernos ser amigos. Mira, yo creo que alguien organizó lo de Boston. También creo que alguien te pagó para que integraras el piquete. Y eso es lo que queremos que nos digas, ¿quién organizó el piquete y quién te pagó para que lo integres? Ahora bien, tú podrás pensar que quien lo hizo es un amigo tuyo, pero eres bastante estúpido si crees eso. Con sólo mirar a tu alrededor, ya podrás ver que quien te metió en esto no te quería mucho. No te estaba haciendo ningún favor, así es que no te liga a él ninguna obligación. Y lo mejor que puedes hacer es decir la verdad, quién era, y cuánto te pagó.

«¡Oh, Señor!», pensó el negro. «¡Oh, Señor!, esto va a ser muy duro». Y después sacudió la cabeza y dijo que no, que nadie le había pagado. Había venido por su propia cuenta, nadie le había dicho que viniera; lo hizo porque conocía el caso Sacco y Vanzetti y sentía profundamente los sufrimientos de estos hombres. También trató de explicarles que una de las razones por las que había venido a Boston era que Sacco y Vanzetti eran hombres sencillos, trabajadores como él; pero cuando empezó a explicarles esto se le fueron encima y empezaron a pegarle, de modo que sus palabras se perdieron y nadie oyó nunca esa parte del relato.

No le pegaron mucho entonces. Los dos de civil se le abalanzaron, uno de un lado y, el otro de atrás. El de atrás lo empezó a golpear con la manguera en los riñones con enorme fuerza; y cuando él se apartó aullando de dolor, el otro le pegó con la cachiporra en la cara, en la nariz y en los ojos, de modo que éstos se llenaron de dolor y de lágrimas y la nariz empezó a sangrar profusamente. Retrocedió lanzando gemidos de dolor, y ellos no lo siguieron. Vio la sangre correr por su camisa y sacó un pañuelo del bolsillo y se secó la sangre, y después con él se apretó la nariz. Su espalda en la parte donde le habían pegado, en los riñones, le dolía muchísimo; y la cabeza le dolía por el golpe en los ojos. Veía todo como envuelvo en una bruma y tenía los ojos llenos de lágrimas que no podía detener.

—Digamos esto —dijo el hombre del ministerio de Justicia—, digamos que tú vas a cooperar con nosotros y que nosotros no te vamos a pegar, ¿eh? ¡Dios mío, si nosotros no queremos pegarte! ¿Sabías que alguien intentó poner una bomba en la casa del juez? ¡Qué te parece! Un juez de una corte legal del estado de Massachusetts, juzga a estos dos hijos de perra, Sacco y Vanzetti, cumple honorablemente su deber constitucional de oír los testimonios y sopesar las pruebas y después dicta sentencia. Pero, si un hombre así es el pilar de nuestras vidas, de tu vida y de la mía. Tú pensarías que para este hombre sólo hay himnos de alabanzas. Pues no es así. En lugar de alabanzas, hay gente que le pone una bomba porque sentenció a estos dos bastardos rojos. ¿No te parece que poner una bomba es un acto terrible?

El negro dijo que sí. Que así creía. Que él pensaba, que la gente que ponía bombas, que mataba, que torturaba, hacía cosas terribles.

—Bueno, me alegro de que pienses así —dijo el hombre del ministerio de justicia—. Eso va a simplificar mucho las cosas, el que pienses así. Verás, nosotros creemos saber quién puso la bomba. También creemos que tú lo sabes. Yo te voy a decir lo que sé, y todo lo que tienes que hacer es estar de acuerdo con eso y firmarlo con tu nombre. Eso significa que eres un testigo legal de la acusación y por lo tanto un buen norteamericano. Después te dejamos ir. Después no te molestamos más.

—Pero yo no sé —dijo el obrero negro—. ¿Cómo puedo firmar si yo no sé? Estaría firmando una mentira. Y yo no quiero mentir sobre eso; ése es un asunto muy serio.

Esto último evidentemente divirtió a todo el mundo menos al hombre del ministerio de justicia. Los dos policías de civil sonrieron, los de uniforme también. Sólo el hombre del ministerio de justicia siguió serio y con aire sombrío porque debía proseguir su trabajo.

Cuando el trabajo hubo terminado, llevaron al negro a una celda y lo arrojaron sobre el camastro, Fue allí donde lo vio el profesor de Derecho Penal El profesor de Derecho Penal era uno de los numerosos abogados que estaban vinculados al caso, o que habían ofrecido sus servicios a la defensa del caso de Sacco y Vanzetti. Pero hoy, 22 de agosto, todos estos abogados estaban cubiertos de trabajo, haciendo cosas de último momento, cosas desesperadas que eran apenas un jirón de esperanza. Peticiones, recursos, y acciones en favor de gente que había sido detenida por piquetear o por participar en otros actos de protesta.

Los blancos que habían sido arrestados por piquetear estaban preocupados por lo ocurrido con el negro, e informaron al comité de defensa que un negro del piquete había sido secuestrado por la policía, y el comité de defensa le pidió al profesor de Derecho Penal que se ocupara del asunto. Dijo que lo haría, y la verdad sea

dicha, estaba agradecido por poder hacer algo, aunque fuera de un modo tan periférico, porque encontraba absolutamente insoportable cualquier tipo de inactividad en este día atroz.

Interpuso un recurso de *habeas corpus* y fue a la jefatura donde pidió ver al negro. Sabían quién era, y que su reputación era considerable; por ello el mismo capitán de policía fue a buscar al hombre del ministerio de justicia y le habló de lo que podían hacer. Le dijo:

—Es ese abogado judío de la universidad y quiere ver a su negrito y si no lo ve, puede armar un bonito escándalo. Tiene orden del juez.

—Yo no creo que deba verlo —contestó el hombre del ministerio de justicia.

Un oficial de investigación que presenciaba el diálogo, dijo.

—Ustedes son muy pícaros porque vienen de Washington, vienen un día y se van al otro, libres como los pajaritos. Pero nosotros vivimos en esta ciudad; mañana, el caso Sacco y Vanzetti habrá terminado, pero nosotros seguiremos viviendo en Boston. ¿Y qué piensa hacer con ese negro? ¿Ponerlo en un frigorífico? ¿Lo piensa dejar guardado por el resto de su vida? Deje que el abogado lo vea. Después de todo, ¿qué importa? Nadie se va a preocupar mucho porque hayan maltratado un poco a un negro.

—Es que no está muy presentable —protestó tímidamente el capitán de policía.

—¡Oh, qué importa! A lo mejor tampoco estaba muy presentable cuando lo trajeron. Vamos a ver qué puede hacer este judío con eso. ¿A quién le importa? Nadie va a salir a la calle con carteles porque a un negro le hayan pegado dos o tres golpes.

Así fue como permitieron la entrada del abogado que llegó a la celda donde el obrero negro yacía tendido en el camastro, la cara destrozada, los ojos cerrados, la nariz rota y un hilo de sangre corriendo por entre sus labios partidos. Allí estaba gimiendo y que-

jándose y murmurando, y el profesor de Derecho Penal trató de consolarlo y tranquilizarlo y explicarle que ahora era sólo cuestión de un par de horas y saldría en libertad.

—Le estoy muy agradecido, señor —dijo el negro—. Sólo porque estoy tan estropeado no puedo pararme y hablar correctamente con usted y expresarle mi gratitud. Me han golpeado en los ojos y tengo mucho miedo de no poder ver más.

—No se aflija, lo haremos atender —dijo el profesor de Derecho Penal—. Yo mismo me ocuparé de que venga a verlo un buen especialista. No se preocupe más. ¿Por qué le pegaron?

—Porque no quise firmar una declaración diciendo que conocía a un hombre que había puesto una bomba —contestó el negro lenta y dolorosamente—. No conozco a nadie que haya puesto una bomba, pero no quisieron creerme. Quieren hundir a alguien y yo no podía, ante Dios y ante mí mismo, mentir para ayudarlos a hundir a un hombre.

—No, no podía —dijo el profesor de Derecho Penal con voz amarga y triste—. Bueno, trate de descansar. Yo le voy a traer un médico y como le dije, dentro de un par de horas usted saldrá de aquí y todo habrá pasado.

Capítulo IX

Eran las dos de la tarde del 22 de agosto de 1927 cuando el presidente de los Estados Unidos fue informado de una solicitud más bien simple formulada por el dictador de la Italia fascista. El dictador se preguntaba si habría modo de otorgar clemencia a dos «desgraciados italianos condenados a muerte por el estado de Massachusetts». El tiempo apremiaba y la misma inminencia de su muerte había inducido al dictador a dirigirse directamente al señor presidente. Al mismo tiempo, los representantes del Departamento de Estado que discutían este asunto con el presidente en su casa de campo, donde estaba pasando sus vacaciones, le manifestaron con toda claridad que esta gestión le había sido impuesta al dictador por la gran presión popular de su país. Era cosa sabida que el dictador no amaba particularmente a los izquierdistas, de la filiación que fueran, y que él no derramaría lágrimas por la muerte de Nicolás Sacco y Bartolomé Vanzetti.

El presidente tenía fama de hombre reflexivo y su tendencia a mantener silencios largos e insoportables afianzaba esta reputación. Por una u otra razón nunca se acepta la posibilidad de que la gente que habitualmente habla poco, puede asumir esa actitud, simple y sencillamente, porque la aridez de su vida interior no les ofrece nada que decir. El silencio es más frecuentemente el resultado de la vaciedad que de la profundidad, pero el folklore ha querido envolver tradicionalmente al silencio en un manto de sabiduría. De todos modos, es razonable pensar que un hombre no llega a presidente sin poseer diversas virtudes, y, naturalmente, ese debe de haber sido el caso de este presidente. Tenía labios finos, ojos pequeños y, nariz larga; su rostro delgado no era ni amable ni simpático y su voz era tan aguda y áspera como su personalidad. Si le faltaban otras gracias, por lo menos debe de haber sido ingenioso.

Algunos buscaban en vano ese ingenio en él, pero otros afirmaban haberlo encontrado y, lo caracterizaban como ingenio de *gnomo*. La palabra era extraña y la gente que por fin había descubierto por

que había llegado este hombre a presidente, pronunciaba la letra g. Entonces los periódicos que habían empezado a llamar *gnómico* presidente hicieron notar que en inglés esa g no sonaba. Y que entonces rimaba con el nombre de una ciudad de Alaska.

Estuvo gnómico el presidente cuando dijo:

«La mano izquierda, y la derecha se mueven cuando se mueve el cuerpo, y si el cuerpo es amenazado lo defienden juntas. Así ocurre con la izquierda y la derecha en política».

A la prensa le gustaba este tipo de cosas, pero los íntimos del presidente lo oyeron hablar de otro modo. Era un hombre de la Nueva Inglaterra, había nacido en Vermont, pero se había criado en Massachusetts, donde en cierta oportunidad liquidó una huelga de policías En esa época era gobernador del estado de Massachussets, la época en que los policías de Boston fueron empujados por el hambre de sus hijos y las quejas de sus esposas a ir a la huelga.

Así fue como ocurrió esa cosa casi absurda: una huelga de policías, y el país percibió lo extraordinario de la situación y la infló hasta darle proporciones ridículas. Fue en ese momento que entró en escena el hombre que ahora era presidente, tomando una serie de medidas obvias y vulgares, pero en eso no se fijó nadie, sólo quedó de él la idea de que era el hombre que había roto la huelga de la policía de Boston.

—¿Recuerdan ustedes —iba a decir el actual gobernador del estado, no mucho más tarde ese mismo día— cómo rompió la huelga de los policías? Esa fue una demostración de firmeza y resolución rara en un servidor público; era algo digno de ser recordado e imitado. Yo pienso más en ese noble precedente que en lo que la gente podrá decir de mí que redunde en mi propio descrédito.

La verdad era otra; lo que este gobernador pensaba es que ahora se hallaba en la Casa Blanca un hombre que había sido una vez gobernador de este estado. Y si eso había ocurrido una vez, ¿quién iba a negar que podía repetirse? De todos modos, un sostenido odio a todo lo rojo, lo teñido de rojo, lo levemente rojo o rosado o

algo así sería una guía firme y eficaz. Y se dice, no sin fundamento, que la mayoría de los hombres quieren llegar a ser presidente.

El hombre que era presidente, sin embargo, no decía nada sobre nada. Siempre que se veía enfrentado con una situación que no podía comprender en su totalidad o una decisión que no podía tomar, se refugiaba en su silencio. Ese día, ese 22 de agosto, el representante del Departamento de Estado frente a él trataba de recordar exactamente cuál era la actitud de la Casa Blanca frente al caso Sacco y Vanzetti, y entonces se dio cuenta de que en verdad no existía tal actitud. La Casa Blanca no tenía opinión formada sobre el asunto.

—Por supuesto, yo no puedo intervenir —dijo por fin el presidente.

—¿No?

—Comprendo el problema del *Duce*… —y dejó la frase allí, colgando en el aire. Un taquígrafo estaba sentado a un costado de su enorme escritorio tallado, pero no parecía que tuviese intenciones de dictarle nada. Sus ojos pequeños seguían imperturbables, plácidos, quizás sumergidos en la contemplación de la vastedad del país que gobernaba, donde funcionaba una tan perfecta máquina del gobierno y la sociedad. Siempre, todos los días, gente como estos dos, como Sacco y Vanzetti, comunistas, agitadores y organizadores sindicales eran atrapados en los rígidos engranajes de la máquina. Parecía que nada les satisficiera tanto como ser atrapados en ella, pero después gritaban desesperadamente y era molesto oírlos…

—La situación del *Duce* es muy comprensible. Dado que los dos son italianos se presenta una cuestión de honor nacional de la que los comunistas están sacando el mayor partido posible. Ha habido varias manifestaciones bastante grandes en Turín, Nápoles, Génova, Roma. —El representante del Departamento de Estado buscó entre sus papeles; había ido bien provisto de precedentes y referencias. Explico que pasaría a leer un editorial de *Il Popolo* y agregó: Lo que no es precisamente una opinión personal, señor presi-

dente…

—Nunca supe realmente hasta qué punto controla su prensa.

—La controla totalmente. En nuestra experiencia no hemos conocido una cosa así. Un periódico que publique una noticia que no conviene al régimen, ya sabe lo que le espera, y lo mejor que puede hacer el director es pegarse un tiro. Los fascistas son muy ordenados y a él le gusta estar en todo. Bueno, aquí dice:

Norteamérica ha administrado la justicia de la libertad, primera entre todas las diosas, de modo que la decisión del tribunal no puede ni debe ser discutido…

«Ve usted, son gente ordenada; eso equivale a una firma del fascismo», prosiguió: «*… pero servidas la causa de la justicia y de la libertad, creemos que un acto de piedad sería ahora oportuno, justo y sabio*. Bueno, tampoco a eso hay que aceptarlo por su valor escrito, Fortalece la posición del *Duce* publicar un editorial como ése en su diario; hace que la gente diga: Bueno, ese hombre defiende a los italianos. Por otra parte, él no impugna ni el juicio ni la sentencia. Se limita a pedir clemencia. Y esto suena un poco hipócrita si se piensa en los comunistas que ha eliminado, por los pelotones de fusilamiento y las prisiones, los campos de internación y el aceite de ricino».

El presidente estaba intrigado por el aceite de ricino.

—Siempre oigo hablar de eso. Exactamente, ¿de qué se trata?

—Por lo que podemos saber es un modo de tratar a los rojos. Los atan a una silla, los fuerzan a abrir la boca y les hacen tragar más o menos un cuarto de litro de aceite de ricino. Suena horrible, y muy probablemente lo es; pero me imagino que tuvieron que recurrir a eso para sacudirlos un poco.

—Y los sacudió —convino el presidente—. Hizo que los trenes anduvieran a horario. Pero ninguno de ellos parece comprenderlo. Un Estado es un Estado, un presidente no puede interferir. Hágale saber que no puedo intervenir. Debe seguir su curso y esta noche habrá terminado todo. Yo no puedo ir a Massachusetts y decirle al gobernador lo que debe hacer.

Han tenido un Juicio legal y un plazo más que suficiente para volver sobre lo actuado…

Se interrumpió en la mitad de la frase. Tratándose de él ya había hablado demasiado. No se enojo, pero el representante del Departamento de Estado sabía que no le gustaban los rojos de ningún tipo. Todos eran unos alborotadores; sin embargo tenía que haber alguna significación en todo el alboroto que en ese momento se estaba produciendo en todas partes. Él debía ser informado. La muchedumbre frente a la embajada norteamericana debía de estar llegando ya a las quince mil personas, había recibido un informe sólo pocos minutos antes de entrar.

—No nos quieren —dijo el presidente secamente.

—Hay manifestaciones día y noche en Francia; veinticinco mil personas en París, Toulouse, Lyon, Marsella. En Alemania una gran manifestación en Berlín, y en Frankfurt y en Hamburgo…

El presidente no parecía preocuparse. Su rostro no registraba ni asombro, ni incredulidad. El fervor de un millón de obreros, el atronador rumor de sus pies por las calles de Moscú y Pekín, Calcuta y Bruselas, los ruegos de sus delegados, la ira terrible de sus protestas… todo iba a morir a un susurro en ese cuarto.

—Eso es algo que no le interesa, al gobierno —dijo el presidente.

—El secretario de Estado pensó que usted debía enterarse de lo que pasa en América Latina. Reina allí una gran inquietud.

—No veo qué diablos les interesa a ellos —dijo con brusquedad el presidente, haciendo que el hombre del Departamento de Estado se preguntara cómo podía un ser humano ser tan insensible a fuerzas,

movimientos, corrientes; no preocuparse era una cosa, pero esta indiferencia era otra muy distinta. Siguió detallando su informe: huelgas, mítines de protesta, creciente ira, ventanas rotas de embajadas y consulados, en Colombia, Venezuela, Brasil, Chile, Argentina. ¡Ah sí!, y una tremenda conmoción en Sudáfrica.

—¿En Sudáfrica?, ¿en serio? —dijo el presidente.

—Los informes de las legaciones son muy nerviosos. De pronto pareciera que todo el mundo está furioso con nosotros.

Ahora el presidente sonrió, no con humor, sino evidenciando por primera vez incredulidad.

—¿En serio? Es una cosa muy rara. Imagino que debe de ser cosa de los rusos. De otro modo, ¿cómo puede usted explicarse todo este tremendo alboroto por dos vulgares agitadores?

—Yo no me lo explico, señor. Sin embargo, la embajada británica opina que se debería intervenir ante el gobernador de Massachusetts para que postergue la ejecución.

El presidente sacudió la cabeza.

—Han tenido un Juicio legal.

—Sí, pero…

—No estoy dispuesto a intervenir.

El representante del Departamento de Estado guardó sus papeles en la cartera y se fue. El presidente despidió al taquígrafo y se quedó solo por un momento. Sus pensamientos siguieron su curso. Era un curso ordenado. Era una cosa muy rara ser presidente de los Estados Unidos. Aquí hasta cuando estaba de vacaciones tenía que atender sus asuntos, y todo debía interrumpirse porque había semejante alboroto en torno a la ejecución de un zapatero y un vendedor ambulante. Aquí estaba en una casa de campo, muy lejos de Washington, en la región de las Montañas Negras en el estado de Dakota del Norte; y sin embargo se podía decir que tenía el mundo en

la punta de los dedos, y a sus espaldas una nación más próspera y poderosa que cualquiera otra en la historia del mundo.

Un nuevo profeta había surgido en esa tierra; su nombre era Henry Ford, y había ideado una cosa móvil que se llamaba la línea de montaje y un automóvil Ford salía del extremo de esa línea cada treinta segundos más o menos; y hombres estudiosos escribían sesudos ensayos acerca del desplazamiento de la teoría marxista por la fordista. En esta tierra llegaría a haber dos autos en cada *garage* y un pollo en cada marmita, y —como lo había dicho un acre comentarista—, un lento y ordenado desarrollo hasta llegar a que los cuartos de baño tuvieran baños. La odiosa leyenda comunista de las crisis cíclicas había sido arrojada al foso de las mentiras; la época de las crisis había pasado definitivamente, y la tierra era rica, poderosa y fértil, y así lo seguiría siendo por siempre jamás.

Y todo esto había sido cuestionado por dos andrajosos agitadores, dos analfabetos venidos de la cuenca del Mediterráneo, ese vivero de gente oscura con alma oscura —tan diferente y desagradable para los anglosajones— y estos dos hombres habían venido llenos de odio y de furia. Y la grandeza del país los capturó sin ira y los sometió al normal y correcto proceso de la ley.

Y sin embargo el mundo estaba enojado e insatisfecho, y todo se agitaba por estos dos hombres. Era fácil decir que toda esta agitación era *made in Rusia*, pero la etiqueta no bastaba a resolver el problema para el hombre seco de las Montañas Negras. Tampoco podía hallar solaz en el odio; odiaba con indiferencia y no podía pensar en el zapatero y en el vendedor de pescado como hombres merecedores de odio. Los perros eran asfixiados y el ganado degollado sin odio…

Sus pensamientos siguieron su curso, ordenadamente, remontándose a ciertos recuerdos. No hacía mucho tiempo que en Washington su secretario había entrado en su despacho con familiaridad y había dicho:

—Está el presidente de la suprema corte.

—¿Aquí?

—Sí, ahí afuera. Pero como usted tenía una audiencia…

—¡No te preocupes por la audiencia! Estás hablando como un estúpido. El presidente de la suprema corte está aquí… Muy bien, hazlo pasar.

El presidente de la suprema corte era un hombre inconfundible, que no necesitaba identificarse. Le parecía a veces, a mucha otra gente además del presidente, que toda la justicia y la ley y el recuerdo de la justicia y de la ley estaban envueltos en la vieja y arrugada piel de ese hombre.

Entonces el presidente de la suprema corte entró en el despacho del presidente de la república. El presidente se levantó, lleno de palabras de protesta por la molestia que se había tomado el viejo juez, pero éste con un gesto le indicó que volviera a tomar asiento. Éste era verdaderamente un hombre viejo, un hombre muy, muy viejo. Su piel estaba reseca como un pergamino; sus ojos muy hundidos en su cara; su voz era sonora aunque cascada por los años, porque él tenía ya mucho más de los setenta años a que suelen llegar la mayoría de los hombres. En algún lugar, detrás de sus ojos grises, estaba el recuerdo de muchas cosas; con esos mismos ojos había visto disparar los cañones de Gettysburg, había visto esa ladera alfombrada de muertos y muchas horas había pasado conversando con el viejo Abraham Lincoln. Desde entonces hasta ahora, cuántos hombres habían vivido y luchado y perecido, y todo esto lo había contemplado él, este hombre tan viejo. Su presencia impresionaba hasta al impermeable presidente; ese anciano era la historia viva de la Nueva Inglaterra y de todos los tiempos que se habían ido ya para siempre y que se extendían hasta los días en que Paul Revere tenía su negocio de platería en la pequeña ciudad de Boston. El presidente lo miraba intrigado; porque aunque él fuera el presidente de la república, era muy raro que este viejo hubiera decidido visitarlo.

—Le ruego que tome asiento —dijo el presidente.

Ese día hacía un calor horrible en Washington y el anciano se sentó junto al presidente dejando familiarmente su sombrero panamá sobre el escritorio presidencial y balanceando el bastón entre sus huesudas rodillas.

—Decidí visitarlo, señor —dijo el presidente de la suprema corte, tratando el asunto como si fuera una prerrogativa, más que un privilegio—, porque me han venido a ver para que otorgue una orden de postergación de la ejecución. Me refiero al *Caso del estado de Massachusetts contra Nicolás Sacco y Bartolomé Vanzetti*. Por fin han sido condenados a muerte y el gobernador ya ha fijado fecha para la ejecución. A mí me han pedido que la haga postergar. Yo me imagino que usted conoce este caso lo suficiente.

—Sí, lo suficiente —dijo el presidente.

—Muy bien. Yo no lo he leído con demasiada atención, pero eché un vistazo a un ensayo sobre el caso escrito por un profesor de Derecho de Boston. Habitualmente yo eludo esas monografías cuyo objeto es influir a la magistratura con el peso de la opinión pública, pero ésta ha sido hecha con mucha habilidad. El caso ofrece muchos puntos de interés, y ha levantado una serie de conmoción nacional e internacional. Hay fuerzas que parecen interesadas en presentar a los acusados como dos santos. Cuando me vinieron a ver por este asunto, yo les señalé que una decisión legal de un estado puede ser sustituida por otra de la suprema corte de los Estados Unidos, siempre que el estudio del caso pruebe claramente que de algún modo ha sido violada la Constitución Nacional. En este caso, la defensa ya presentó una solicitud demandando un *writ of certiorari* basado en una supuesta violación de la Constitución. También han interpuesto un recurso de *habeas corpus*, que ha sido rechazado. Entonces me vinieron a ver solicitando que ordenara la postergación de la ejecución hasta que su solicitud de *certiorari* hubiera sido considerada en un acuerdo general de la corte. Naturalmente no se puede convocar a la corte en verano, independientemente de la gravedad que parezca revestir la circunstancia; pero como la ejecución ha sido fijada para el mes de agosto, siguiendo el curso normal de los procedimientos, los acusados

ya estarían muertos para la época en que la corte considerara este nuevo planteamiento. De allí viene el pedido de postergación. Esta situación, comprenderá usted, es sumamente desusada; y yo no puedo recordar ningún precedente que pueda ser utilizado como guía para el caso. Yo sólo puedo preguntarme si poseo o no ese poder de acuerdo con nuestra Constitución; sin embargo creo que si se presentara la ocasión, yo tendría derecho a ejercerlo. Por mi parte no puedo imaginarme que la corte, en un acuerdo general, revisara o anulara el veredicto del tribunal de Massachusetts. No creo que eso pueda ocurrir. Por ello me inclino a no conceder la postergación solicitada. Sin embargo, el asunto reviste tal gravedad que me he decidido a consultarlo para conocer su opinión y saber si usted tiene conocimiento de algunos hechos o circunstancias desconocidas para mí, que harían aconsejable la postergación de la ejecución.

—No tengo conocimiento de ninguna, señor —dijo el presidente.

—¿No cree usted que honraría al país, como un acto de clemencia judicial?

—No creo.

El anciano se levantó para irse, agradeciendo al señor presidente por su opinión. Y ahora el presidente recordaba esto; recordaba la mención de la monografía escrita por un profesor de Derecho de Massachusetts.

«¿Pero dónde he visto su nombre?», se preguntaba el presidente y buscó entre sus papeles un telegrama que recordaba haber recibido ese mismo día. Lo encontró y lo volvió a leer:

»Humilde y respetuosamente le ruego, señor, que considere el hecho de que yo he visto —lo juro— con mis propios ojos, pruebas de la inocencia de estos dos hombres. Si hay aunque más no sea la más mínima posibilidad de la validez de mi testimonio, ¿por qué no ponerlo a prueba? Yo no pido clemencia, pido que se aplique con justicia, la letra y el espíritu de la ley. Si la ley no es respetada, ¿qué nos queda?

»¿Qué escudo nos defenderá? ¿Qué muro nos cobijará? Le ruego que telegrafíe al gobernador de Massachusetts pidiéndole que postergue la ejecución. Aunque sea por veinticuatro horas…».

Era la persistencia del telegrama lo que irritaba al presidente, y después vio el nombre al pie, un nombre tan ostensiblemente judío. ¿No era ese el nombre que había mencionado el presidente de la suprema corte? ¿Y porqué eran los judíos tan insensatamente persistentes?

Hizo a un lado el telegrama, como tocándolo con repugnancia. Era uno entre las docenas de telegramas que había recibido ese día. No había contestado a ninguno, ni lo haría, estando, como estaba, harto de todo el asunto.

Capítulo X

El profesor de Derecho Penal llegó tarde. Su cita con el escritor de Nueva York había sido para las tres en punto de la tarde, pero ya eran más de las tres y no lo había encontrado en la sede del comité de defensa. Cuando preguntó allí, le dijeron que posiblemente el escritor hubiera ido a incorporarse al piquete frente a la casa de gobierno o en la calle Temple y allí fue a buscarlo el profesor de Derecho Penal, bajando por la calle Beacon, y consciente cada vez más a medida que transcurría la jornada de la presencia de los dos hombres en la prisión del estado apenas a un tiro de piedra de donde él estaba.

¡Qué diversidad de humores y qué cantidad de experiencias había sufrido en el curso del día! ¡Tanto había pasado ya y tanto había de ocurrir sin duda hasta que terminara esa jornada! Lo lógico aparecía extrañamente mezclado con lo ilógico; hasta el punto en que a veces pensaba que cada movimiento, cada acción y cada momento de este día horrible y singular estaba grávido de una significación específica en sí mismo. Estas ideas no eran muy claras, pero tenía, conciencia de que ya no pensaba con mucha claridad; se estaba convirtiendo también él en una parte de ese día, y el movimiento, el calor, la violencia, tenían sobre él una influencia sumamente perturbadora, hasta el punto que ahora, corriendo por la tórrida siesta de agosto, se sorprendió recitando días y fechas. Sus experiencias de las últimas horas le habían dado un sentimiento conocido por los que han vivido una aventura breve pero pletórica de acontecimientos; el sentido del tiempo parecía haberse modificado; y le parecía que semanas y aun meses se condensaban en lo que el almanaque definía específicamente como días. Era apenas la tarde del lunes, pero ya el domingo de hacía apenas veinticuatro horas se había remontado hasta perderse en un pasado antiquísimo.

Esa clase de ideas lo hicieron pensar cómo era el tiempo en este día para Sacco y Vanzetti. Cómo pasaban los minutos para ellos, y si el día transcurría lenta o rápidamente. Comprendió que él como

tantos en Boston en este lunes se habían identificado subjetivamente con Sacco y Vanzetti; y por ello cuando se le ocurrió cómo debía transcurrir el tiempo para ellos, sintió que un frío le corría por la espalda; y de pronto se sintió dentro de dos hombres, mirando por las ventanas de sus ojos y compartiendo con ellos la tremenda sensación de la muerte inminente. Sintió acelerarse los latidos de su corazón en respuesta a este ejercicio de su imaginación y comprendió que él, como muchos otros, moriría una y otra vez en este día de verano, experimentando repetidamente la agonía duplicada del zapatero y el vendedor ambulante de pescado.

Incuestionablemente, éste era también el caso del escritor, y su agonía era la de él, ¿qué otra cosa lo había traído a Boston en este día? Aunque nunca hubiera visto al hombre que ahora buscaba, el profesor de Derecho Penal intuía que él conocía muy bien al escritor. Muchas veces en el curso de los años había leído las notas del escritor en los diarios neoyorquinos y se había deleitado con la salvaje ironía de ese hombre, su inagotable ingenio y su cálido corazón. Como el profesor de Derecho Penal, el escritor era un hombre de temperamento emotivo. Podía ser a la vez cáustico y sentimental, y las dos cosas llevadas al máximo; y la conciencia de su similitud temperamental hacia al profesor de Derecho Penal un poco aprehensivo con respecto a su inminente encuentro. Qué extraño, pensó para sí, que se preocupara por esas cosas en este día; sin embargo, se daba cuenta de que el verdadero contenido de un día como ése consistía en cosas pequeñas al igual que en cosas grandes, hechos absurdos y hechos trascendentales. Aunque el mundo estuviera al borde mismo de su extinción, los hombres seguirían comiendo y viviendo y sus cuerpos seguirían eliminando los desperdicios.

Ahora el profesor se estaba acercando a la casa de gobierno. Se detuvo a corta distancia del piquete, estudiando a la gente que lo componía, y allí descubrió sin temor a equivocarse la forma gigantesca, encorvada, desaliñada, del escritor, un hombre fornido, gordo, que semejaba a un oso en su manera de caminar, con una gran mata de pelo enmarañada y perdido en sus propios pensamientos mientras iba y venía frente a la casa de gobierno bajo el ardiente

sol de agosto. El profesor no abrigaba la menor duda de que éste era el hombre que debía encontrar, éste debía de ser el escritor en persona. Entonces se le acercó y se presentó; el escritor salió de la fila, para estrechar la mano del profesor de Derecho Penal refiriéndose enseguida a las excelencias de la monografía que el profesor había escrito acerca del caso Sacco y Vanzetti.

—Mucho tiempo he deseado tener la oportunidad de felicitarlo personalmente —le dijo el escritor—, porque usted ha prestado un gran servicio no sólo a mí y a esos dos hombres que esperan en la Casa de la Muerte, sino también a miles de hombres honestos. Usted ha tomado en sus manos la abrumadora complejidad del caso y ha destilado de ella la verdad simple, lógica, fácilmente comprensible. Y por esto le he quedado muy agradecido. El profesor se sintió muy embarazado, no a causa de la alabanza, sino porque sentía que en ese día no debía su obra ser elogiada. Dijo algo así como que vivía en un mundo que detestaba la lógica, señalando con la cabeza la casa de gobierno y recordando así al escritor el motivo del encuentro.

—Eso no es precisamente un albergue para la verdad.

—No, en efecto, no lo es. Llegamos tarde a nuestra cita con el gobernador, ¿no es verdad? —preguntó el escritor—. ¿Cree usted que ya no nos recibirá?

—Llegaremos un poquito tarde, pero estoy seguro de que nos recibirá.

—Nunca pude comprender por qué aceptaba vernos. Eso está en contradicción con el hombre, con su personalidad.

—Pero es que, sabe usted, hoy está en contradicción consigo mismo —le explicó el profesor—. Hoy va a ver a todos los que el tiempo materialmente le permita, o mucho me equivoco. Se va a quedar sentado allí en la casa de gobierno y va a ver y a escuchar a quien quiera hablarle, y no se va a mover de allí hasta que haya pasado todo. Está experimentando su propio juicio y su propia salvación. Yo creo que él piensa que cuando haya pasado el día de

hoy, prácticamente ya será presidente de los Estados Unidos, si se exceptúa, claro está, el proceso meramente mecánico de la postulación y la elección que llegarán a su tiempo.

Mientras el profesor hablaba, el escritor lo examinaba con curiosidad, intrigado por la nota suave pero persistente de amargura que asomaba en su voz, y al oír esta nota de amargura, y ver al hombre, el escritor volvió a pensar en lo complejo que se había tornado Boston en este extraño día de verano. Siendo escritor, estaba condenado a observarse a sí mismo con una cierta dosis de objetividad; y mientras entraba con el profesor de Derecho Penal en la casa de gobierno, componía en su mente la secuencia de gente y sucesos en los que se había visto envuelto desde su llegada a Boston pocas horas antes.

«Ahora», se dijo, «estoy entrando en la sede del gobierno del estado de Massachusetts. En esta casa hay un hombre pequeño que por un día tiene los atributos de un dios. Debo plantearme, examinar y resolver el problema de si este hombre es digno de compasión. Ya he pensado en su maldad. Es una maldad muy antigua, y él está en esta mansión como un faraón de los tiempos antiguos, con su corazón convertido en piedra. Dicen que tiene más de cuarenta millones de dólares. En ese sentido iguala y quizás sobrepasa a los faraones. Su riqueza no es ciertamente menor que los tesoros de todo Egipto. El gobernador del estado de Massachusetts, si bien no posee el secreto de otorgar la vida, tiene el poder de quitarla a seres que viven. Se viste como un hombre de calle, pero es un personaje temible. Hay muchas cosas que están mal aquí, pero me pregunto si alguna es más terrible que aquella que coloca una decisión de vida o muerte en las manos de un solo individuo…».

De ese modo la mente del escritor componía ésta y aquella parte de la escena en una unidad literaria. Era su modo de ser, y no hubiera sido más fácil para él detener ese proceso de creación literaria, que dejar de respirar. Para el profesor de Derecho Penal el asunto era distinto. Para él la duda y el miedo se mezclaban con el mero cansancio. Cuando los periodistas los rodearon y les empezaron a hacer preguntas, el profesor de Derecho Penal agachó la ca-

beza tozudamente, y dijo:

—Por favor, no nos demoren ahora. Teníamos una audiencia con el gobernador para las tres y ya se nos ha hecho tarde. ¿Qué podernos decirles si todavía no hemos visto al gobernador?

—¿Es cierto que hoy viene la hermana de Vanzetti? —quisieron saber.

—No sé nada de eso —contestó el profesor de Derecho Penal; pero el escritor ya había ampliado su cuadro para incluir a una mujer que había venido de una tierra distante para pedir por la vida de su hermano, el simple, maravilloso drama que esto encerraba (un drama que sólo la vida podía crear con tanta audacia) lo dominaba.

Después llegaron al despacho del gobernador y su secretario los recibió cortésmente y los hizo pasar.

El gobernador del estado de Massachusetts los saludó y los examinó con una expresión que no evidenciaba simpatía ni hostilidad. El gobernador se sentó detrás de su escritorio, un sólido fragmento de un mundo de hombres pequeños sentados detrás de grandes escritorios y que miraba con un aire en parte intrigado, en parte a la defensiva, a todos los que se presentaban ante ellos; y hacía muy bien, porque estos eran dos hombres extraños e incómodos que habían osado introducirse en la sede de la antigua gloria que él regía.

Al principio, hacía mucho, mucho tiempo, cuando los padres peregrinos llegaron a esta tierra, construyeron sus casas con tablones sin cepillar; los techos eran bajos, y había una despojada y activa dignidad en la más humilde de las viviendas; con el tiempo, sin embargo, aprendieron otros modos de vida, y el orgullo se apartó de la humildad que había sido su compañera. La casa de gobierno era antigua pero no tanto como esos días de despojada altivez; y esta habitación en la que estaba sentado el gobernador era un lugar de aristocrática belleza y dorada distinción; los dinteles eran de madera tallada, el cielo raso estaba barnizado, y cada mueble llevaba la firma de un maestro. No era una habitación en la que pu-

diera sentirse incómodo un hombre de más de cuarenta millones de dólares; pero el profesor de Derecho Penal y el escritor de la ciudad de Nueva York estaban parados allí incómodamente, como si los dos fueran culpables a los ojos de la ley y fueran un par de acusados presentándose ante un tribunal.

Sus ropas estaban arrugadas y manchadas por la transpiración. El escritor, que llevaba un traje de verano de color marfil, parecía tan absurdamente fuera de lugar aquí como podría parecerlo un oso en la ropa y la vivienda de un hombre. El profesor de Derecho Penal vestía pobremente, por no decir algo peor, y ahora no hacía más que retorcer su sombrero panamá entre sus dedos húmedos.

Habían venido a pedir y el gobernador comprendió que esto es lo que tenían en común con todos los que habían entrado en su despacho en ese día: grandes y pequeños, ricos y pobres, gente famosa, o gente que para él carecía de importancia, a rogar por la vida de dos mugrientos agitadores, dos hombres que ni siquiera sabían hablar bien en inglés, dos hombres que habían consagrado sus vidas a tratar de voltear las magníficas estructuras que llenaban el mundo del gobernador. Así es como lo veía el gobernador, y esto era en esencia lo que pensaba el gobernador mientras miraba a estos dos nuevos suplicantes. No sentía mucha emoción. Para él, el de hoy era un día sin emoción, despojado de ella; tampoco le resultaba fácil impedir que sus pensamientos echaran a vagar, retenerlos allí con él en ese despacho de la casa de gobierno, fijos en este desgraciado asunto de las peticiones. En el fondo de todo, él tenía una base muy sólida sobre la cual funcionar; tenía un objetivo; sabía en su propia mente adónde iba y qué estaba haciendo; y por ello es que había resuelto no rehusar una audiencia a nadie en ese fatídico día. Que vinieran todos y que comprobaran por sí mismos que él era un hombre abierto a todas las sugerencias.

Por eso escuchaba. Sopesaba una declaración con la otra. Era un hombre paciente, un hombre reflexivo y no un hombre cruel. Éstos, el profesor y el escritor, quizás como otros que ya habían pasado ese día por su despacho, pensarían que era un hombre cruel, pero en eso se estarían equivocando profundamente. El rechazo del

sentimentalismo no era equivalente de la crueldad. ¿Cómo podía él ver a su propio deber si lo veía como otros veinte deseaban que lo viera? Ahora, mientras miraba a esos dos hombres desgarbados, mal vestidos, que habían llegado tan tarde a la audiencia que les había concedido, uno un profesor judío, el otro un periodista famoso por su excentricidad y sus tendencias izquierdistas, consideraba con una cierta dosis de autocompasión cuán vilipendiado y calumniado se había visto él, el gobernador, desde que este desgraciado asunto había entrado en su fase decisiva.

«Poncio Pilatos», lo llamaban, sin saber cuán poco tenía él de Pilatos, un simple comerciante con gastritis, con inexplicables dolores estomacales, siempre atemorizado por la idea del ataque al corazón y un voluntarioso deseo de hacer las cosas lo más llanamente que pudiera, complaciendo a aquellos cuyas opiniones rechazaba. El hecho de que fuera enormemente rico no implicaba necesariamente que fuera un mal hombre. Vaya, si hacía apenas un mes había ido a la prisión del estado para hablar personalmente con Sacco y Vanzetti. Uno podría pensar que ellos se habrían alegrado de verlo, que habrían comprendido lo que significaba para él, el gobernador del estado de Massachusetts, ir a una prisión a visitar a dos ladrones y asesinos condenados a muerte, a oír lo que tuvieran que decir. Pero en lugar de demostrar gratitud, Sacco ni siquiera quiso hablar con él; se limitó a mirarlo con ojos llenos de horror y de desprecio; tanto que Vanzetti tuvo que explicarle:

—Él no lo odia a usted personalmente, señor gobernador, pero es que usted es el símbolo de las fuerzas que él odia.

—¿Cuáles son esas fuerzas?

—Las fuerzas de la riqueza y el poder —le contestó serenamente Vanzetti.

Después conversaron un poco, y el gobernador vio en los ojos de Vanzetti, como había visto antes en los de Sacco, la ira y el desprecio.

El gobernador nunca olvidó ni perdonó esa mirada. Entonces se

había dicho para sí: «Muy bien, malditos rojos, piensen eso, si quieren».

Y ahora, más suplicantes venían a él a pedir por los «malditos rojos». Parecía que todo el mundo viniera hoy a pedirle al gobernador. Aquí están un profesor y un escritor. Antes habían estado un clérigo y un poeta y después de éstos, otros dos, dos mujeres, figuraban en su lista.

El profesor empezó disculpándose por la tardanza. Dijo que ciertas circunstancias le habían impedido llegar a tiempo y que lo lamentaba enormemente, porque de todas las citas que había tenido en su vida, sentía que ésta era quizás la más importante.

—¿Por qué dice usted eso? —quiso saber el gobernador.

Su ingenua manera de hablar no era fingida. El profesor de Derecho Penal llegó con menos rapidez a esa conclusión, pero el escritor comprendió casi inmediatamente que el gobernador era un estúpido; y que tenía que ser incongruente o increíble, y en cierto modo más horrible que cualquier otra cosa en este día maldito, que un hombre tan estúpido y tan fuera del alcance de la emoción y la lógica, estuviera sentado ese día en la casa de gobierno del estado de Massachusetts, esgrimiendo el rápido y definitivo poder de la muerte. Por eso, mucho de lo que los ojos y los oídos del escritor le comunicaban, su sentido de la lógica se negaba a aceptarlo. Los imbéciles no pueden sentarse en los sillones del poder, le aseguraba su razón, ni tampoco puede un estúpido tener cuarenta millones de dólares.

«Ahora estamos discutiendo un caso de vida o muerte», se dijo. «Por eso no debo subestimar la inteligencia del hombre que tengo enfrente».

Mientras tanto, el profesor de Derecho Penal había empezado a hablar, y estaba afanando con fuerza —y con humildad— que no querían desperdiciar el precioso tiempo del señor gobernador. Había venido porque todo el mundo reconocía el hecho de que él, el profesor de Derecho Penal, estaba un poco más familiarizado que

el común de la gente con el caso de Sacco y Vanzetti, porque se había interesado profundamente en ese caso y lo había estudiado a lo largo de varios años, y porque los hechos que él conocía del caso reclamaban la revisión del proceso. En esta presentación inicial de su posición, el profesor parecía casi abyecto en su humildad, y el escritor se preguntaba cómo un hombre podía ser al mismo tiempo tan humilde y tan solemne. La intención de la gente era si no el pan, por lo menos la manteca en la vida del escritor, y tenía una gran curiosidad por saber qué terrible necesidad acuciaba al profesor de Derecho Penal, así como quería saber qué sombríos motivos llevaban al gobernador a cobrarse esas dos vidas.

—Yo quiero ser paciente —dijo el gobernador—, pero ustedes deben comprender que hace ya varios días que me vienen a ver, diciéndome que poseen nuevas pruebas de extraordinaria importancia o nuevas interpretaciones de viejas pruebas que modifican totalmente el cuadro del proceso. He escuchado esas declaraciones con lo que me atrevería a llamar una paciencia extraordinaria, pero en ningún caso han sido capaces de demostrarme que esas pruebas que traían eran verdaderamente nuevas o que sus nuevas interpretaciones de las viejas pruebas eran efectivamente importantes. Como resultado de mi estudio de las actas y de mi investigación personal del caso, que incluyó entrevistas con casi todos los testigos, tanto de la acusación como de la defensa, yo creo, como el jurado, que Sacco y Vanzetti son culpables, y que su juicio fue correcto. El crimen por el que ahora deben pagar fue cometido hace siete años. Durante seis años, por toda clase de métodos dilatorios, una apelación tras otra, una impugnación tras otra, se han utilizado todas las posibilidades de demorar la aplicación de la justicia…

Un frío de horror castigó la espalda del profesor de Derecho Penal. Antes había sentido mucho calor, y ahora se encontraba de pronto temblando de frío como una persona afectada por fiebres palúdicas. Los últimos días había oído decir que quien llegaba hasta el gobernador con un pedido de clemencia, o con una solicitud de postergación de la fecha fijada para el cumplimiento de la sentencia, se encontraba con un discurso que era una repetición textual,

de papagayo, de la decisión oficial del gobernador de proceder a la ejecución de los condenados, a la que había hecho publicar pocas semanas atrás, exactamente el día 3 de agosto y que —aparentemente— se había aprendido de memoria. Cuando empezó a oír estas historias, el profesor de Derecho Penal las había encontrado absurdas y las recibió como una chismografía de mal gusto y una calumnia maliciosa que quería cargar ya sobre el gobernador todos los pecados imaginables.

Pero ahora, en este mismo momento, lo estaba oyendo con sus propios oídos. Estaba escuchando al gobernador del estado de Massachusetts un fragmento de su propia declaración oficial; y la ordalía de escucharlo se convirtió en una de las experiencias más atroces de su vida. En el momento mismo en que comprendió que el gobernador estaba citando de memoria su propia declaración, le pareció que cambiaba toda la atmósfera del lugar; el mundo real se tornaba en la equívoca estructura d e una pesadilla, y en lugar de un sólido, aunque reaccionario gobernante de ese estado, vio sentado ante sí un receptáculo a la vez enigmático y hueco, cuya forma humana no hacía más que volver más extraña toda la situación. Fue sólo a costa de un tremendo esfuerzo de voluntad que el profesor pudo ordenar sus ideas y seguir hablando.

—Perdóneme, excelencia —dijo. Pienso que no es justo de su parte prejuzgar sobre las pruebas que ahora le traemos. Yo me pregunté antes de venir a verlo si le formularía un pedido de clemencia o de justicia. A pesar de algunas dudas, decidí que no pediría clemencia…

—Comprendí desde el principio —lo interrumpió el gobernador— que había muchos hombres y mujeres serios y honestos que se sentían genuinamente preocupados por el problema de la culpabilidad o la inocencia de estos acusados y acerca de la probidad del juicio a que fueron sometidos. Me pareció entonces…

El horror continuó creciendo hasta asumir dimensiones fantásticas cuando el profesor de Derecho Penal comprendió una vez más que el gobernador estaba recitando de memoria su propia declaración.

Sintió que su corazón desfallecía y luchó tenazmente contra la sensación de náusea que lo invadía, el creciente deseo de vomitar, la culminación del calor, del frío y de locura; resistió esta náusea con todas sus fuerzas y esperó a que el gobernador terminara. Cuando por fin el gobernador terminó de recitar, el profesor retomó su argumentación, aunque dudaba que el gobernador lo estuviera escuchando, o si lo escuchaba comprendiera verdaderamente lo que le estaba diciendo.

El profesor de Derecho Penal continuó con su tesis de que él había venido a pedir justicia y no piedad. Enumeró lenta y meticulosamente la lista de los testigos más importantes que habían declarado en favor de Sacco y Vanzetti, señalando que en total pasaban del centenar.

Repitió algunas de las declaraciones de los que habían depuesto bajo juramento que ni Sacco ni Vanzetti podían haber estado en la escena del crimen por el cual se les acusaba.

Despedazó las deposiciones de los testigos de la acusación. No necesitó mucho tiempo, porque conocía muy bien todos los detalles del caso, y en menos de quince minutos trazó un cuadro concreto, indiscutible y exacto de la inocencia de los condenados. Completando su análisis de las pruebas dijo el profesor de Derecho Penal:

—La más amarga ironía del caso es, excelencia, que Vanzetti jamás en su vida ha puesto los pies en South Braintree. Y qué triste es imaginar, que si muere esta noche, habrá muerto sin haber visto la así llamada escena del crimen.

El gobernador aguardó cortésmente para ver si el profesor de Derecho Penal había terminado. Cuando se convenció de que así era, dijo con voz muy serena y monótona:

—Ha sido una empresa harto difícil la de recordar un hecho ocurrido seis años atrás a través de los ojos ajenos. Muchos de los testigos me contaron sus historias de un modo que yo sentía era más el producto de una lección aprendida que de su propia memoria de

los hechos. Algunos me dijeron sencillamente, que en estos seis años se les habían borrado esos episodios, y ya no se sentían capaces de reconstruirlos. Ya ven ustedes, fue indiscutiblemente una experiencia desagradable y por esa misma razón se esforzaron subconscientemente en olvidarla.

El gobernador dejó de hablar y miró inquisitivamente al profesor de Derecho Penal y al escritor. El profesor de Derecho Penal sentía frío, náuseas y una gran inquietud, porque una vez más el gobernador no había hecho más que citar su declaración; y el profesor de Derecho Penal sintió que ya no podría seguir hablando; se volvió hacia el escritor y lo miró con ojos implorantes preguntándole si éste habría reconocido la fuente de la espontánea y concisa elocuencia del gobernador.

Yo sin embargo, vengo a pedir clemencia —dijo con simpleza el escritor—, yo pido caridad cristiana, por la memoria de Cristo que murió en la cruz.

—Ésta no es una cuestión de caridad cristiana —le contestó serenamente el gobernador—. El crimen de South Braintree fue un delito particularmente brutal. El asesinato del pagador y del guardia no eran necesarios para la comisión del robo. Es un error pedir piedad. A estos hombres ya se les dio su oportunidad en el tribunal. Diversas demoras han alcanzado a arrastrar este caso por nuestros juzgados a lo largo de seis años. Yo considero que toda esta demora ha sido inexcusable y no veo ningún motivo para prolongarlo aún más.

—Mi amigo aquí presente —dijo el escritor con su poderosa voz de bajo, sonora pero apagada— le propuso razones lógicas para la postergación. Yo pido simplemente caridad cristiana. El castigo sólo alcanza su dudosa validez en relación con el crimen. Yo le estaría mintiendo, excelencia, si no le dijera que personalmente estoy convencido de que estos hombres no son culpables de otro crimen que el de su militancia izquierdista; pero aun considerando que hubiera sido culpables, ¿acaso no lo han pagado ya con exceso? El más preciado don que Dios otorgó al hombre fue el de morir

sólo una vez y no saber la fecha exacta de su muerte. Pero durante siete años, estos dos desgraciados han muerto infinidad de veces. Mil veces han ido a la muerte antes de este día, y lo que este día ha sido para ellos es algo que ni yo ni nadie puede describir. ¿No lo conmueve esto excelencia? Mi amigo aquí presente y yo somos dos hombres altivos, pero venimos a rogarle con tanta humildad como si fuéramos esclavos ofrendando nuestras vidas y nuestra dignidad humana ante un amo. Venimos a implorarle que conceda la gracia de la vida a estos dos hombres.

El gobernador pronunció sólo dos palabras. Preguntó:

—¿Por qué?

De pronto se había puesto serio; y esas palabras abarcaban todos los límites de su comprensión. Quería saber por qué; por qué venían a pedirle por la vida de Sacco y Vanzetti. ¿Por qué venían a verlo? La seriedad de su tono evidenciaba que les quedaría reconocido si uno de estos hombres lograba explicarle por qué pensaba que Sacco y Vanzetti no debían morir.

Ahora el escritor de Nueva York compartía el horror del profesor de Derecho Penal. La pregunta simple, y al mismo tiempo atroz, esas palabras que les dirigiera el gobernador, les dejaba sin habla, y sólo pudieron esperar en silencio que siguiera el curso de los acontecimientos. El gobernador también esperaba. El aire en la habitación se volvió pesado e inmóvil; perdió todo rastro de vida. Un reloj de pie hacía oír imperativamente su sonoro tictac, pero los tres hombres seguían en silencio, esperando. Lo que hubiera salido de esto es algo imposible de prever, porque cuando esa penosa tensión estaba llegando a su punto de ruptura, se abrió la puerta y el secretario del gobernador dijo que la señora de Sacco y la señorita Vanzetti, Luisa Vanzetti, se llamaba, y era la hermana de Vanzetti, que había venido desde su lejana aldea italiana para pedir por su vida esperaban afuera, y que dijera cuándo podría recibirlas. Ahora el gobernador se volvió hacia el escritor y el profesor de Derecho Penal y muy amablemente se disculpó ante ellos. Después de todo, habían llegado tarde a su audiencia. Él lo lamentaba mu-

chísimo, pero estas dos mujeres tenían audiencia fijada a esa hora y para después tenía concedidas muchas otras, y hoy entre todos los días, quería ajustarse a su horario. ¿Querían irse, o preferían quedarse y escuchar su entrevista con la señorita Vanzetti y la señora de Sacco?

El profesor de Derecho Penal se hubiera ido de buena gana, pero el escritor contestó por los dos y dijo que si al gobernador no le era molesto, preferían quedarse.

No, a él no le molestaba en absoluto, dijo con amabilidad el gobernador, y los invitó a sentarse en los grandes sillones castellanos alineados contra la pared; allí estarían más cómodos. El gobernador dijo que lo mejor que uno podría hacer en un día tan caluroso y pesado como ése, era ponerse tan cómodo como fuera posible. Ahora era un dueño de casa atento y cordial, pero el profesor de Derecho Penal comprendió que esta frase suya, como la de recitarles su propia declaración, era una coreografía aprendida y practicada, un ritual que no guardaba absolutamente ninguna relación con lo que verdaderamente pensaba en el momento. Se sentaron y se abrió la puerta y el secretario introdujo dos mujeres y un hombre en el despacho del gobernador. El hombre era evidentemente un amigo de las mujeres; así como un intérprete para la señorita Vanzetti, que no hablaba inglés. Era una mujer menuda, de una fragilidad extraordinaria, y tanto el profesor como el escritor la miraron con gran curiosidad. Hasta ese momento, Sacco y Vanzetti habían sido dos hombres descorporizados. La súbita aparición de estas dos mujeres había servido para materializar a ambos hombres ante sus ojos.

El escritor estaba muy conmovido. Había oído comentar que la señora de Sacco era una mujer hermosa, pero no estaba preparado para enfrentar ese tipo de belleza, porque ésta era una belleza inconsciente de su propia existencia. Era una mujer que no deseaba ser atractiva para ningún otro hombre en el mundo más que para aquel que le estaba vedado; sin embargo, este mismo desinterés le daba el aspecto de una *madonna* escapada de alguna antigua y perfecta tela del Renacimiento, un momento de la feminidad captada

por el pincel de Leonardo o el de Rafael. Su belleza desafiaba todos los clisés vulgares y baratos que constituyen una parte de la cultura de este país, inventados no para ennoblecer la feminidad, sino para bastardearla.

Al mirarla el escritor se preguntó si alguna vez había visto una mujer tan hermosa como ésta. Después se sacudió este sentimiento porque sentía que, en cierto modo, estaba siendo injusto para con esa mujer asustada y llorosa, de pie frente al gobernador. Su dolor era personal y muy distinto de la extraña y silente acusación implícita en el rostro de la hermana de Vanzetti.

No hubo ningún prólogo a lo que la señora de Sacco tenía que decir. Las palabras le brotaban como la caída atropellada de un arroyo serrano.

—Yo lo conozco, señor gobernador —dijo en un murmullo—. Sé que usted tiene hijos, sé que tiene una esposa. ¿En qué piensa usted cuando mira a su esposa y a sus hijos? ¿Los mira usted, señor gobernador, y piensa, adiós, adiós para siempre, ustedes no me volverán a ver y yo ya no los veré? ¿Piensa usted alguna vez en esas cosas? Mi esposo me quiere más que a sí mismo. ¿Cómo puedo explicarle qué clase de hombre es? Nicolás Sacco es un hombre bueno. ¿Qué le puedo decir, señor gobernador? Si usted encuentra una hormiga en su casa, seguramente la pisa y la mata. Una hormiga es un insecto, y un hombre no se va a preocupar por un insecto. Pero Nicolás Sacco alza la hormiga y la lleva afuera, y la deja en el pasto y cuando yo me reía de él, ¿sabe usted qué me decía? Me decía: una hormiga tiene vida, y hay que respetar la vida. La vida es preciosa. Piense en estas palabras, señor gobernador. Yo quiero tratar de hacerle ver cómo era con sus hijos; nunca era brusco, ni impaciente, nunca estaba demasiado ocupado para ellos. ¿Qué querían los niños? ¿Que él se volviera un burrito para que ellos cabalgaran sobre sus espaldas? Lo hacía. ¿Un trovador, para cantarles bellas canciones? También lo hacía. ¿Un atleta para correr carreras con ellos? También eso. Y Dios no permita, cuando se enfermaban, se convertía en una enfermera y no se apartaba de su lado. ¿Dije del lado de ellos? Ya ve usted cómo pierdo la noción

del tiempo. Debí haber dicho del lado de él, sólo del lado de nuestro hijito, Dante, porque casi no conoció a la niñita que creció mientras él padecía en la cárcel.

»Míreme, señor gobernador. ¿Parezco yo la mujer de un asesino? ¿Estoy hablándole acaso de un hombre capaz de matar a sangre fría? ¿Por qué quiere destruirlo? ¿A qué dioses terribles quieren aplacar con este sacrificio? ¿Qué más puedo pedirle?

»Yo traté de pensar en lo que había de decirle, y ahora todo se reduce a nada más que el caso de un hombre que está lleno de amor, de bondad y de ternura, que camina por su jardín como un nuevo San Francisco de Asís. ¿Sabe usted qué es lo que él quería? Quería que todos los hombres tuvieran el poquito de felicidad que era suya, una buena mujer y buenos hijos y un trabajo honrado para poder ganarse el pan de cada día. Eso es todo lo que quería. Por eso era izquierdista. Decía que todos los hombres del mundo tenían derecho a la felicidad.

»¿Pero matar? Él no mató nunca, nunca. Nunca alzó su mano contra otro hombre. Nunca. Y ahora, indúltelo usted, por favor. Yo me voy a arrodillar y le voy a besar los pies, pero usted indúltelo, por sus hijos y por mí».

El gobernador escuchó todo esto sin denotar la menor turbación. Sin que una sombra de emoción alterara los rasgos complacientes, correctos de su rostro bien afeitado. Escuchó con mucha cortesía y consideración; tampoco protestó cuando la hermana de Vanzetti rompió a hablar atropelladamente en italiano.

El hombre que estaba detrás de ella traducía sin dar el tono emotivo que su voz trasuntaba; pero en sus mismas palabras había una elocuencia poderosa. Le contaba cómo había atravesado Francia, y cómo los obreros la habían convencido para que encabezara una manifestación de decenas de miles de hombres y mujeres por las calles de París.

—Me dijeron, ánimo y buena suerte, porque usted irá ante el gobernador de esa tierra y le dirá la verdad acerca de Bartolomé Van-

zetti; que es un hombre tan bueno, un hombre justo y de gran dignidad. ¿Pero acaso vine por mi cuenta a decirle todo esto? Mi padre me ha enviado. Mi padre es un hombre muy anciano. Es tan anciano como esos personajes de la Biblia y me dijo: Ve a la tierra de Egipto donde está mi hijo en el cautiverio. Ve ante los poderosos de esa tierra, y pide por la vida de mi hijo.

Fue como un *shock* para el profesor de Derecho Penal descubrir que el escritor estaba llorando. El escritor de Nueva York lloraba simplemente, sin vergüenza, y después, lentamente se secó los ojos y miró al gobernador. Éste enfrentó su mirada, y ella no desconcertó en absoluto al gobernador del estado. Había escuchado lo que las mujeres tenían que decirle, y como antes cuando había hablado el profesor, esperó cortésmente hasta asegurarse de que habían terminado. Cuando estuvo seguro de esto, dijo con voz pareja y monótona:

—Lamento muchísimo no poder hacer algo por calmar su pena. Yo las comprendo perfectamente, pero la ley es implacable en estos casos. Ha sido una empresa harto difícil la de recordar un hecho ocurrido seis años atrás a través de ojos ajenos. Muchos de los testigos me contaron sus historias de un modo que yo sentía eran más el producto de una lección aprendida que de su propia memoria de los hechos…

El profesor de Derecho Penal ya no lo pudo soportar por más tiempo:

—Yo debo irme —le dijo al escritor—. ¿Me entiende usted? ¡Yo debo irme!

El escritor asintió. Se levantaron y salieron rápidamente. En el corredor seguían esperando los periodistas.

—¿Concedió la postergación? —gritó uno de ellos. El profesor de Derecho Penal sacudió negativamente la cabeza. Él y el escritor salieron del edificio a la calle soleada, donde los piquetes seguían desplazándose con lentitud. El escritor se volvió a su compañero y le estrechó la mano.

—Bueno —dijo el escritor—. Éste es el mundo en que vivimos. Y no estoy seguro de que exista otro. Me alegro mucho de haberlo conocido. Siempre me acordaré de usted y de su coraje.

—Yo no tengo coraje —le contestó el profesor de Derecho Penal en un tono casi quejumbroso.

Entonces el escritor se volvió a incorporar a un piquete; era todo lo que podía hacer ahora, y volvió a marchar ida y vuelta por esa vereda. El profesor de Derecho Penal se encaminó con paso cansino a la sede del comité de defensa.

Capítulo XI

Aun antes de las cuatro de la tarde del 22 de agosto ya había gente en la Plaza Unión de la ciudad de Nueva York. Había centenares de personas, algunos parados tranquilamente formando pequeños grupos, otros recorriendo lentamente la plaza, y otros aún como si anduvieran buscando algo que no acertaban a encontrar; también había policías, muchos policías. Sobre los techos, rodeando la plaza, la policía había instalado puestos de observación y nidos de ametralladoras. Y la gente de la plaza, al mirar para arriba, podía ver las siluetas de los policías recortadas sobre el cielo, y los negros, feos cañones de las ametralladoras que los apuntaban.

La gente entonces se preguntaba: «¿Pero, qué es lo que esperan?». Reinaba un gran silencio en la plaza. ¿Esperaban acaso que de aquí, de la Plaza Unión de la ciudad de Nueva York, saliera un ejército que marchara sobre Boston para liberar a Sacco y Vanzetti?

Si la policía pensaba realmente algo tan absurdo, debía de haber comprendido que ya era demasiado tarde. Ya eran las cuatro de la tarde del lunes. Hasta un corazón tendría que volar muy velozmente para llegar a Boston antes de la medianoche.

Poco después de las cuatro, la plaza empezó a llenarse. Por raro que parezca, primero llegaron las mujeres, miles de mujeres; nadie acertaba a comprender por qué. Eran madres y amas de casa, la mayoría sencillas mujeres de la clase trabajadora, pobremente vestidas, con las manos endurecidas en la ardua lucha cotidiana. Muchas habían traído consigo sus hijos, algunas traían dos o tres niños de la mano, y algún bebito en los brazos, y los niños sabían que esta peregrinación no constituía precisamente un paseo. Cuando llegaron las mujeres, empezaron dos pequeños mítines, con los oradores subidos sobre cajones, pero la policía intervino rápidamente y los disolvió.

A eso de las cuatro y media, empezaron a llegar a la plaza grandes núcleos de obreros. Ya estaban allí centenares de obreros peleteros que habían resuelto parar ese día en señal de protesta y solidaridad, y ahora se reunían con ellos, se mezclaban con ellos, los albañiles italianos que habían salido a las cuatro y venían directamente a la Plaza Unión, vistiendo sus monos, sucios y agotados por la dura jornada.

Llegaron en grupos de a cuatro, de a siete, de a diez, viniendo de ésta o aquella obra, y después de las cuatro y media iniciaron ellos un mitin. La policía se movilizó hacia ese lado, pero también se movilizaron hacia allá otros grupos de obreros, y de pronto se había congregado una gran muchedumbre, y la policía optó por dejarlos tranquilos.

Llegó a la plaza un grupo de marinos mercantes, irlandeses y polacos y suecos, media docena de negros y dos chinos, y éstos se mantenían juntos en medio de los remolinos de la plaza. Llegaron hasta donde dos mujeres lloraban junto a un farol de alumbrado y allí se detuvieron en una suerte de respetuoso e imponente silencio.

No lejos de allí un evangelista cayó de rodillas y gritó: «¡Oremos, hermanos y hermanas!». Algunas personas lo rodearon, no muchas.

Después, hasta la plaza, por la calle Broadway llegaron en columnas tres largas camionetas policiales conduciendo a los altos jefes del departamento central. Bajaron y miraron la plaza. Después hicieron una especie de reunión, decidieron estacionar las camionetas en la esquina de la calle Diecisiete, donde establecieron una especie de comando exterior. Una docena de policías custodiaban estas camionetas, que estaban cargadas de carabinas y bombas de gases lacrimógenos.

Los policías de los tejados contemplaban con interés el espectáculo de la plaza que se iba llenando de gente. Al principio, mirando para abajo, veían hombres o mujeres parados aisladamente aquí y allá; los cambios que siguieron parecían, vistos desde arriba, mecánicos en su naturaleza, tan inevitables en su proceso como lo

podría ser una transformación de carácter químico. De pronto los individuos se agrupaban, no se daba ninguna señal, nadie parecía moverse; ocurría en el mayor silencio, y en ese silencio, los puñados de hombres y mujeres se agruparon en tres o cuatros contingentes. En torno a la plaza había fábricas de ropa; a las cinco de la tarde salieron de allí los obreros, y a los pocos minutos la Plaza Unión se había convertido en un mar uniforme de cabezas; y sin embargo, eso recién empezaba. Desde el centro llegaron en columnas las obreras de las grandes tiendas; los obreros de la industria del mueble y los gráficos bajaron por la calle Catorce y también gruesas columnas vinieron de los grandes establecimientos gráficos de la Cuarta Avenida. Los centenares se convirtieron en millares, y el movimiento inquieto de la gente se serenó. Ahora constituían una gran masa humana. Y de ella surgía un ruido, un rumor apagado, sin palabras, informe, que comenzó como un susurro de airadas oraciones.

Cualquiera de los policías de los tejados tendría que haber sido muy insensible para no haber sentido un cierto miedo ante la manera en que se habían reunido tantos millares de personas, para no haberse preguntado al menos una vez qué fuerza había en esos dos condenados para provocar tanta preocupación y tanto amor. Pero aun cuando se hubieran preguntado esto, todo un mundo los separaba de la gente reunida en la plaza, su único punto de contacto estaba en las cargas de balas para ametralladoras que yacían esparcidas aquí y allá por los tejados.

Los policías eran, en su mayor parte, hombres de arraigadas creencias religiosas, pero a ninguno de ellos se le ocurrió pensar lo que a un pastor de la iglesia metodista episcopal que estaba perdido entre la muchedumbre que llenaba la plaza; que cuando Jesucristo fue arrestado por los soldados de Poncio Pilatos, en alguna parte de la ciudad de Jerusalén, la gente trabajadora y humilde se había reunido como ahora, para orar y esperar que algún milagro surgiera de su unidad y de su fuerza.

El pastor de la iglesia metodista no había estado nunca en un acto como éste, nunca había estado en un mitin de protesta ni en una

manifestación obrera. Nunca había marchado en un piquete, ni había sentido el impacto de una ola de la policía montada blandiendo sus sables, ni había oído nunca el tableteo de una ametralladora buscando al azar una vida humana entre una muchedumbre; ni había sentido jamás en sus ojos el escozor insoportable de los gases lacrimógenos; ni se había cubierto nunca la cabeza con las manos para protegerla de las macanas empuñadas por una policía enardecida y desatada.

Su vida había sido una vida muy tranquila, pero en eso no se diferenciaba mucho de las vidas de millares y millares de norteamericanos de la clase media. Y sin embargo, esto llegó a ocurrirle también a él.

Como tantos otros en los Estados Unidos, había salido de su caparazón y se había unido al sufrimiento de millones de seres a través de los dos hombres condenados que esperaban la muerte en Massachusetts, y día por día, se fue ahondando su comprensión de lo que verdaderamente había ocurrido y estaba ocurriendo allí.

Hoy, incapaz de soportar la soledad, incapaz de soportar la espera, había caminado hasta la Plaza Unión, donde halló tantos compañeros para recorrer juntos, hombro con hombro, el duro sendero del Monte del Calvario.

Ahora, no es que sintiera menos tristeza, sino una mayor paz interior. Se desplazaba entre la multitud, Algunos lo miraban con curiosidad, porque era tan distinto a ellos por sus ropas sacerdotales, por su palidez, sus facciones finas, su cabello entrecano y sus modos de una delicadeza casi femenina; pero él no se sentía molesto ni incómodo por sus miradas. Al contrario, se sorprendía un poco de sentirse tan a gusto entre ellos, y también le asustaba un poco el que él, un hombre de Dios, hubiera pasado ya casi sesenta años de su vida en lugares a los que esta gente no iba nunca. Cómo podía haber ocurrido eso, en verdad no lo podía comprender; pero ciertamente llegaría a comprenderlo.

Miraba a los hombres que lo rodeaban y trataba de adivinar qué hacían para ganar su pan cotidiano. En un momento dado tropezó

y un negro en mangas de camisa y oliendo a pintura y aguarrás, lo ayudó a levantarse. Vio a un carpintero con todas sus herramientas y una mujer que llevaba un crucifijo en el pecho le rozó tiernamente el brazo cuando pasó a su lado.

Un grupo de mujeres lloraba quedamente y hablaba en una lengua totalmente extraña para él. Aquí oía hablar en muchas lenguas, y otra vez se maravilló por la extraña variedad y calidad de esos seres, de quienes sabía tan poco.

Después alguien lo detuvo y le pidió que los encabezara para orar. No había pensado en eso cuando encaminó sus pasos a la Plaza Unión, pero ¿podía él negarse a orar? Aunque lleno de temor y de dudas, asintió y dijo que lo haría con mucho gusto. Señaló que pertenecía a la iglesia metodista episcopal, de la que probablemente no eran miembros muchos de los allí congregados, pero que, de todos modos, lo haría si se lo pedían.

«No importa», le dijeron. «Una oración es una oración». Lo tomaron del brazo y fue conducido por entre la muchedumbre hasta una plataforma a la que subió, y desde allí vio un mar aparentemente infinito de rostros levantados.

«Dios, ayúdame», se dijo. «Ayúdame ahora. Yo no tengo oraciones para esto. Nunca estuve en una iglesia como ésta, nunca he visto gente como ésta. ¿Qué he de decirles?…».

No lo supo hasta que empezó a hablar. Y de pronto se halló diciendo:

«… Sea cual fuere nuestra fuerza tómala y llévasela a los dos hombres humildes y buenos que esperan en la cárcel de Charlestown, para que ellos puedan vivir y la humanidad ser redimida…». Cuando terminó, comprendió que estaba mal; de una persona de fe se había convertido en un hombre de temor y de dudas, y ya nunca volvería a ser como antes…

Y seguía llegando gente a la plaza. Empleados y conductores de ómnibus, y costureras de cansados ojos, y panaderos, y telefonistas

y mecánicos; todos iban llegando a la Plaza Unión en una procesión silenciosa y aparentemente interminable. Muchos se iban, pero muchos más llegaban a ocupar sus lugares, y ese gran mar humano parecía inmóvil e inmutable.

A Boston llegaron noticias de esto. El comité de defensa de Sacco y Vanzetti de la ciudad de Nueva York tenía su sede a pocas cuadras de la Plaza Unión. La gente que allí trabajaba lo había hecho sin dormir ni descansar, y ahora en su abrumador cansancio hallaban renovado impulso y consuelo en las masas de gente que llenaba la plaza, y enviaron noticias a Boston de lo que estaba ocurriendo. «Decenas de miles», gritaban excitadamente por teléfono, «están llegando a la Plaza Unión. Nunca ha habido un mitin de protesta de esta magnitud. Seguramente allí lo tendrán en cuenta».

No eran los únicos que pensaban que nunca había habido un mitin de protesta de esa magnitud. Por una ventana que daba a un sector de la Plaza Unión, un hombre había visto llegar la gente, y también él tuvo la extraña sensación de que estaba presenciando algo nuevo, y terrible, y maravilloso. Algo que no tenía igual en la poderosa historia de las manifestaciones obreras de los Estados Unidos.

Este hombre podía mirar lo que ocurría en la plaza desde su propia oficina, y se había pasado la tarde allí esperando a varias personas que tenían que venir a reunirse con él. Como él, eran dirigentes sindicales. Estaba mirando por la ventana a las tres y media de la tarde, cuando entró el primero de los hombres que esperaba: era un dirigente de los sindicatos fusionados de los obreros de la aguja.

El hombre que estaba en la ventana —a quien podríamos llamar el secretario— se dio vuelta, sonrió con espontánea alegría y le tendió la mano. Eran viejos amigos. Desde su infancia, el secretario había trabajado en esa industria, primero en los trabajos más humildes, como cadete de limpieza y de despacho, después como operarlo y por fin como maestro cortador. Ahora era un dirigente de su sindicato, un hombre cuya influencia crecía sin cesar en los medios del trabajo organizado en la ciudad de Nueva York.

Tenía una oficina muy cómoda, y podía contar con un buen sueldo

casi todas las semanas. A pesar de tan favorables circunstancias, a las que sólo había arribado muy recientemente, seguía siendo como sus amigos lo habían conocido, simple, llano, y pleno de sano entusiasmo. No era alto, pero daba la sensación de que lo fuera, era musculoso y fornido, de rostro agradable; y en el calor de sus movimientos y la franqueza de su gesto había algo tan asombrosamente abierto que la mayor parte de la gente lo hallaba irresistible. El secretario tomó por los hombros al dirigente de los obreros de la aguja y lo condujo hasta la ventana, señalándole la plaza.

—¡Mira eso! ¡Dime si no es formidable! —gritó.

—Sí, me imagino que sí —contestó el dirigente de los obreros de la aguja—. Pero también supongo que hoy es 22 de agosto.

—Eso no significa que la batalla ha terminado.

—¿Ah, no? ¿Y qué hacemos? ¿Qué podemos hacer en las pocas horas que nos quedan?

—Demorar de alguna manera la ejecución. Ganar veinticuatro horas, con eso bastará. Con ese tiempo volvemos a plantear el asunto ante los dirigentes de la federación norteamericana del trabajo. Hay una sola cosa que podrá salvar a Sacco y Vanzetti, que podrá salvarnos a todos nosotros, al movimiento obrero norteamericano.

—¿Y qué es?

—Una huelga general.

—Estás soñando —le dijo el dirigente de los obreros de la aguja, casi con rabia.

—¿Te parece? Pues este es un sueño que se hará realidad.

—¿Y si no postergan la ejecución?

—Tienen que postergarla —insistió el secretario.

—Yo no les hablaría a los otros de la huelga general, porque es un sueño. No se puede hacer. Y si intentamos declararla, quedaremos

aislados de las masas.

—¿Entonces, vas a dejar que mueran?

—¿Acaso los mato yo? Pero con sueños no los vamos a salvar. —Señaló a la Plaza Unión—. Allí está, eso es todo lo que podemos hacer ahora. Tomar el teléfono y pedirle al gobernador de Massachusetts, apoyándonos en esa gente, pero no hay que soñar con huelgas generales. Los hombres que la podrían hacer se han vendido, se han vendido a sí mismos y a los obreros honestos que los siguen, y los sindicatos que hubieran podido encabezar una huelga general han sido destrozados y borrados con sangre. No se puede seguir soñando.

—Yo seguiré soñando —contestó el secretario. Y se quedó callado, sumergido en sus propios pensamientos.

Los dos se quedaron un rato contemplando el mitin en el mayor silencio. Luego se les unió un dirigente de base de los albañiles italianos de la ciudad. Un metalúrgico que había luchado diez años por organizar el sindicato en Gary, estado de Indiana, y que había llegado a la ciudad esa mañana, también se les unió así como dos mineros del cobre que venían de Montana.

Los mineros habían llegado a Nueva York pocas horas antes. Eran hombres todavía jóvenes, de piel deshecha y marcada por el mineral. Habían hecho todo el trayecto desde Butte por ferrocarril, viajando en vagones de carga o de ganado, y otras veces en los ejes debajo de los vagones de pasajeros; y así llegaron a Nueva York, quizás no estrictamente a tiempo, pero no mucho después de la fecha que le habían prometido al secretario. Y le estrecharon calurosamente la mano, estudiándolo todo el tiempo con franca curiosidad, porque habían oído hablar mucho de él, aunque nunca lo habían visto.

El secretario, sin embargo, conocía bien su reputación y sabía cómo durante cinco años habían estado tratando de organizar a los mineros del cobre y de la plata de los estados montañosos. Se habían hecho en una escuela dura y de ella habían salido, como debe

ser, dirigentes probados.

A medida que iba pasando el tiempo iban llegando más dirigentes sindicales y ya había más de doce personas en la oficina del secretario. Estaba allí un obrero del calzado, un negro de la hermandad de camareros de los ferrocarriles, y otro negro del sindicato de obreros de las lavanderías. Había gente de los joyeros, de los sombrereros y de los panaderos; en total, pensó el secretario, era un grupo tan bueno y representativo como podía aspirarse a congregar en un plazo tan breve en este 22 de agosto de 1927.

El secretario abrió la reunión, pero aun mientras hablaba, no podía evitar que sus ojos se dirigieran a la ventana. Sus palabras eran tan inquietas como Sus movimientos, y recorría la habitación de un extremo a otro, insistiendo reiteradamente en lo tardío de la hora.

—Parecería —dijo— que nos debíamos de haber reunido hace una semana, o hace un mes, como lo hicimos algunos de nosotros e hicimos lo que pudimos. —Tenía dificultades con el idioma, su voz tenía un acento de otro lugar, y otra época, pero también los otros de esa habitación llevaban las marcas de sus vagabundeos, de sus andanzas, en sus lenguas.

—De todos modos, aquí estamos hoy —dijo el secretario—. Y creo que hoy es el último día. Así son estas cosas, uno no quiere creer que esto llegue al final, pero el final llega y todo se acaba. Toda la mañana la pasé pensando qué es lo que podemos hacer, y todavía no estoy seguro. Nuestra gente ha parado, y la mayor parte está en este momento en la plaza. Del mismo modo han salido hoy muchos de los obreros del vestido y de la confección, pero eso no basta para cambiar las cosas. Por eso me quedé despierto toda la noche pensando en lo que podíamos hacer.

—¿Y qué podemos hacer? —preguntó el obrero metalúrgico—. Quedan pocas horas. No se puede dar la vuelta al mundo en un par de horas. Aquí no tenemos un movimiento como el que tienen en algún país europeo. En el acero, nos han golpeado hasta dejarnos la cabeza sangrando, y ahora no hacemos más que hablar en murmullos para que no nos oigan. ¿Qué podemos hacer ahora?

—Quizás ustedes hayan estado murmurando demasiado tiempo —contestó el hombre del sindicato de panaderos—. ¡Dios mío! ¿No se va a acabar nunca esto de andar con la cabeza gacha, murmurando en los rincones?

—Quizá —dijo el secretario—, si lo pensamos bien. Yo no hago más que preguntarme por qué van a morir esos dos hombres esta noche. Y sólo puedo hallar una respuesta, que mueren por nosotros, por ustedes y por mí, por los obreros peleteros, los textiles, y los metalúrgicos. Lo digo claramente. Los patrones tienen miedo, no de ustedes ni de mí. ¡Dios quiera que llegue el día en que tengan miedo de ustedes y de mil! No, n o se trata de eso. Tienen miedo de lo que ven moverse y agitarse en todo el mundo. Tienen miedo de lo que ha pasado en Rusia; de Rusia llega un rumor rojo, y a ellos eso no les gusta nada. Por eso, esta vez son ellos quienes nos hacen una advertencia a nosotros. Nos están diciendo: Nosotros tenemos a Sacco y Vanzetti y ustedes, ustedes que hablan tanto del trabajo organizado, y de la fuerza del trabajo organizado, ustedes pueden chillar y gritar, y protestar y llorar, que no les va a servir de nada. ¡Pueden aullar todo lo que quieran! Pero esta noche Sacco y Vanzetti van a morir, y la clase obrera norteamericana habrá recibido una lección. Clara, brutal. Así es como lo veo yo.

—Así es —dijo uno de los mineros—. Compañeros, así es como ha sido siempre. Se han sacado los guantes para mostrar lo que pueden hacer.

El italiano, que era miembro de un grupo que estaba tratando de organizar a los obreros de la construcción, y que había sufrido la fractura del cráneo dos veces ya por no haber querido venderse, pareció a punto de decir algo; pero cuando el secretario le hizo seña de que podía hablar, sacudió negativamente la cabeza y siguió callado. El dirigente de los obreros de la aguja dijo lentamente y cuidadosamente.

—Compañeros: el día de hoy es una lección acerca del costoso lujo de la charla. Hemos adquirido el hábito de hablar, y cada minuto que hablamos ahora, que perdemos hablando no podrá ser

recuperado. Estamos llegando al final, y creo fue tenemos que hacer algo. No sé cómo. No sé qué. Estoy aquí para ver si ustedes lo dicen. Tenemos aquí compañeros que han venido desde muy lejos, desde lugares donde hay millones de obreros como nosotros. ¿Qué piensan esos obreros de Sacco y Vanzetti y qué están dispuestos a hacer por ellos?

—¿Qué pueden hacer ahora? —quiso saber el obrero metalúrgico—. Es muy fácil hablar de los obreros y de lo que los obreros deberían saber y de lo que debieran hacer. Pero al obrero le han hinchado la cabeza con los golpes y el vientre con el hambre y después lee en el diario que si abre la boca es un espía de Rusia. Hace dos semanas sacamos nuestro gremio a la huelga, y hubo obreros que salieron, y hubo obreros que no salieron. Pero los que acataron la consigna y cumplieron el paro en solidaridad con Sacco y Vanzetti, pagaron su precio, y hoy están sentados, la gran mayoría, en sus casas mirando la cara a su mujer y oyendo cómo llora un niño cuando tiene hambre.

«Y esta noche van a morir Sacco y Vanzetti. ¿Cuántas horas quedan? Si tuviéramos sindicatos, organizaciones grandes, poderosas, como las de Francia, podríamos presionar con ellas; pero no las tenemos, y es inútil que nos engañemos. Y en los gremios donde la federación norteamericana tiene un buen sindicato, un sindicato fuerte, se nos ríen en la cara y nos dicen que esos malditos italianos se la tienen bien merecida. Sí, compañeros, así son las cosas».

Uno de los obreros mineros del cobre preguntó con desesperación, casi con hambre:

—¿Y qué hay de los portuarios de Nueva York? Si ellos salieran a la huelga, aunque sea ahora, sería una gran ayuda. Esto está demasiado tranquilo. La ciudad está callada. Hasta allí en la plaza la gente está callada. Se puede sacar a la calle a medio millón de obreros, pero hasta que no empiezan a marchar, no cambia el mundo. Yo no lo puedo comprender. ¿Por qué están callados? ¿No se los puede hacer marchar? Usted dijo que esos dos hombres iban a morir esta noche por nosotros. Yo lo diría más claramente, com-

pañero. Yo no conozco esta ciudad. Pero de donde yo vengo, vemos las cosas muy claras, por eso decidimos dejar todo y venir a Nueva York y discutir, y rogar, y decirles que así debe ser. No nos podemos quedar quietos cuando se puede contar en horas y minutos el tiempo que nos queda.

—Ya lo he contado —dijo con tristeza el secretario—. Yo pienso como usted, amigo mío. Aquí tenemos un poco de experiencia en la lucha pero no sabemos cómo hacer para poner en movimiento a las diez mil personas que esperan allá abajo. Tienen que querer luchar, y tiene que haber una situación que les indique que cuando ellos empiecen a marchar, esas ametralladoras que se ven en los tejados, no los van a devorar. Se aprende despacio, tan despacio, que a veces dan ganas de sentarse en el suelo y llorar. Pero un poco se aprende, y no se gana nada con chillar que algo, que no se puede impedir, debe ser impedido. Yo creo que quizás podamos hacer algo, pero sólo si se posterga la ejecución.

Después habló el italiano. Convino en que nadie sabía qué podía hacerse en el poco tiempo que les quedaba. Como el secretario, hablaba con lentitud, organizando sus palabras y sus pensamientos que estaban formulados en otra lengua y en otra cultura. Por supuesto, dijo, harían lo que pudieran: enviar telegramas al gobernador del estado de Massachusetts y al presidente de la república, utilizar el teléfono donde éste pudiera resultar efectivo, y aún ahora dirigirse a los obreros en las pocas horas que les quedaban.

—Pero —prosiguió— ¿supongamos que lo hacemos, fracasa, y Sacco y Vanzetti mueren? Me imagino que eso me va a destrozar el corazón. Quizás no sufriré tanto como la mujer de Sacco, como sus hijos, pero ustedes pueden estar seguros de que voy a sufrir mucho.

«Pero ¿ese es el fin del mundo?, ¿mueren para nada? ¿Es una derrota y estamos destruidos para siempre jamás? No. Yo digo que la lucha prosigue y quizá nos volvamos a reunir mañana. Y hablaremos de ese mañana, y si estos hombres han muerto, les rendiremos homenaje. Esto es lo que yo digo. ¿Sí?».

Los otros lo miraron. Había una mujer pequeña, arruinada por el trabajo, que venía en representación de las costureras. Ella lo miró con sus claros ojos azules llenos de lágrimas, o y las lágrimas le corrieron por las mejillas.

—Tiene razón compañero —le dijo—. Tiene mucha razón.

Se quedaron un momento en silencio y después los dos delegados de los mineros se levantaron, fueron a la ventana y miraron la plaza. Ahora, una gran masa humana la llenaba, y los dos mineros del cobre la contemplaron en silencio a la manera de un saludo y un homenaje. Desde la ventana, escucharon las recomendaciones del secretario, de que todos suscribieran inmediatamente un llamamiento a la huelga general del proletariado de la ciudad de Nueva York, una protesta nacional, y una gran marcha desde la Plaza de la Unión hasta la municipalidad, siempre que se lograra la postergación de la ejecución.

Y así se fijaron en palabras sus planes, sus sueños y sus esperanzas. Hasta cierto punto esto agotó sus últimas fuerzas.

Los dos mineros del cobre estaban cansados por el trayecto recorrido y por todas las luchas que habían dejado atrás, las cabezas partidas y los sindicatos disueltos.

Sin embargo, mientras contemplaban las masas reunidas en la Plaza de la Unión parecieron derivar de ella nuevas energías y empezaron a discernir un brillo de esperanza en las proposiciones del secretario. Era su propia fuerza, y la de otros hombres como ellos, la que ahora se estaba insuflando en sus venas.

Y ahora, al menos en su imaginación, vieron una agitación en la gran masa de abajo, un movimiento que si llegaba a ser ejecutado en su totalidad, sería irresistible.

Capítulo XII

A las cinco de la tarde el juez preguntó con irritación a su mujer:

—¿Y, no llegó todavía? No sé por qué no viene. Dijo que a las cinco estaría aquí.

—No tienes por qué inquietarte —le contestó ella—. Suponte que llegue unos minutos tarde; hay tantas cosas que pueden haberlo demorado.

—Justamente. Cuando lo necesitamos, hay cosas que lo demoran. Cuando no lo necesitamos, viene. Entonces, no hay nada que lo demore. Oh, sí, puedes estar bien segura de eso; si no lo necesitas, llega a tiempo.

—Es que éste es un día terrible —dijo ella—. ¡Y hace tanto calor aquí! ¿Por qué no vas a sentarte en la galería? Así lo verás llegar. Ha de estar aquí de un momento a otro.

El juez pensó que lo haría. Era una excelente idea, porque debía de estar fresca y agradable la galería. Su mujer le dijo que le traería un refresco de limón y una bandeja con esos bizcochitos de nuez a los que era tan afecto el pastor. Y cuando éste llegara, los dejaría solos para que pudieran conversar a sus anchas.

El juez salió a la amplia, antigua galería y se sentó en una mecedora. La galería estaba fresca y agradable, y ofrecía un grado máximo de intimidad, porque estaba cerrada por cortinas de cañas de bambú, que dejaban entrar un poco de luz y mucho aire, pero que hacían imposible ver desde el exterior lo que allí ocurría.

El juez se acomodó en la mecedora y trató virilmente de ponerse a la altura de la situación. Unas horas antes, había sentido una fuerte punzada en el costado izquierdo del pecho, y su primer pensamien-

to fue:

«Bueno, finalmente aquí está, con todo lo que he pasado, y todo lo que he sufrido».

Inmediatamente habían llamado al médico; éste vino y lo revisó cuidadosamente y lo tranquilizó diciéndole que no era más que un poco de gases, resultado de algo que había comido durante el desayuno, y que, sin duda, le había caído mal.

Entonces él le había dicho al médico:

—Bueno, usted ya se imaginará qué día voy a tener hoy.

—Me imagino que un día terrible —había contestado el médico.

—Terrible, terrible —dijo el juez—. Yo ya no soy joven. Y vea con qué me recompensan ahora, como si le tiraran un hueso seco a un perro viejo. Usted debería estar agradecido de ser médico y no jurista.

—Cada oficio tiene sus problemas —le contestó el médico—. Yo también tengo los míos.

Y ahora, sentado en la mecedora, el juez pensaba, no sin alivio, que ya había pasado la mayor parte del día. Y que faltaban pocas horas para que hubiera terminado el 22 de agosto.

Teniéndolo todo en cuenta, él estaba más tranquilo con respecto a este difícil periodo de su vida de lo que hubiera estado mucha otra gente en su lugar. Por supuesto, mucho lo ayudaba el tener dos policías de guardia en la puerta de su casa; pero las inquietantes amenazas que había enfrentado hoy, eran más psicológicas que físicas.

El correo de la mañana le había traído varios centenares de cartas que constituían más una amenaza a su paz espiritual que a su integridad física. Él sólo había podido notar, con una cierta dosis de autoindignación, la notable similitud que existía entre ellas. Podían haber sido escritas todas por dos o tres asesores, si se consideraba

la uniformidad de la manera en que denunciaban su conducta y pedían por la vida de esos dos hombres increíbles.

Más que esas cartas, le preocupaban los recortes periodísticos que anónimamente le habían enviado. A veces le mandaban todo el diario, y entonces lo plegaban de tal modo que el artículo sobre el caso y la referencia a él venían a quedar en la cara exterior. Invariablemente, esta referencia venía señalaba por un grueso trazo rojo. A veces, también solía ser una flecha apuntando a su nombre.

Uno de esos diarios con el circulito y la flecha roja, impreso en lo que el juez llamaba en su intimidad «diarios para envolver en las carnicerías», había llegado esa mañana y había cautivado su atención hasta el punto que, casi a pesar suyo, siguió leyendo fascinado, hasta que terminó todo el artículo. Decía así:

«Uno no puede dejar de preguntarse, ¿cómo pasará el juez el día 22 de agosto? ¿Lo festejará? ¿Invitará a alguno de sus mejores y más íntimos amigos, abrirá una botella de viejo oporto de la Nueva Inglaterra traído a esta tierra sagrada hace cien años y beberán un benévolo brindis por la muerte de un zapatero y un vendedor de pescado? ¿O pasará el juez el día solo, sumergido en la tranquila contemplación de las singulares recompensas que recibe un hombre que cumple con su deber como él lo entiende y como su conciencia se lo manda? O quizá el juez proseguirá ese día su diaria rutina, armado con la invulnerabilidad del justo, y sin admitir en modo alguno que este sea un día distinto de los demás.

»Decida el juez lo que decida, no lo envidiamos. Dijo muy bien el poeta: “*... El sendero de la gloria va al sepulcro…*”.

»Elija él de uno u otro modo, cómo pasar las horas del día lunes 22 de agosto, el juez tendrá constantemente presente que él, como todos los hombres y mujeres, es mortal. Y en algún lugar recoveco de su mente, resonarán esas palabras solemnes: *No juzgues sí no quieres ser juzgado*».

Al leer esto, el juez al principio no se sintió tan irritado como desconcertado, y recorrió airadamente las páginas del periódico, an-

sioso por ver qué órgano comunista, rojo, socialista, izquierdista o anarquista, le había llevado este feroz ataque. Y con enorme asombro descubrió que el artículo que acababa de leer había sido publicado en el órgano nacional de una de las sectas protestantes, una que se hallaba muy cerca de la de su confesión.

Por alguna razón, este descubrimiento fue tan perturbador y tan molesto, que se le fijó en la memoria, y esas palabras lo estuvieron persiguiendo hasta que ya no lo pudo soportar más. Entonces fue cuando llamó al párroco de su iglesia y le preguntó si el pastor podía visitarlo para conversar con él de cierto asunto. El pastor, que tenía un día muy ocupado, le preguntó si no era posible postergar la visita hasta la tarde. Y el juez aceptó que el pastor viniera a las cinco de la tarde y se quedara a cenar con ellos. Esto ocurrió por la mañana, y el juez había pensado que en esas horas no surgirían nuevos problemas que él no pudiera resolver sin ayuda.

Pero, en verdad la tarde no fue lo que él había imaginado. La vida no dejaba tranquilo hoy al juez, y todo el día fue una interminable sucesión de mensajes, telegramas, cables desde el exterior, cartas por expreso y llamadas telefónicas. Por mucho que se envolviera en el manto de su propia infalibilidad, el juez estaba afligido y hondamente perturbado.

Ahora, a las cinco de la tarde, era un hombre afligido, que necesitaba urgentemente el consejo y el consuelo de un amigo o de un sacerdote; por eso sintió tanto alivio cuando oyó pasos en el jardín; y por eso se explica que cuando el pastor entró en la penumbra de la galería el juez se puso de pie y lo saludó con más entusiasmo y amabilidad que lo que su anterior relación permitía predecir. Sin embargo, el pastor comprendió perfectamente que este debía de ser un día desusado en la vida del juez, y por ello estaba preparado para ser tolerante con cualquier actitud inesperada que pudiera asumir el anciano magistrado.

El juez estrechó calurosamente la mano del pastor y lo invitó tomar asiento en uno de los grandes sillones. El pastor lo hizo agradecido, dejando cuidadosamente su bastón y su sombrero panamá

sobre una mesa baja, cubierta de diarios y revistas. Cuando llegó la mucama, trayendo una bandeja con vasos, refresco de limón y bizcochitos, el juez sirvió un vaso de refresco para cada uno y el pastor se enjugó la frente con el pañuelo y bebió el helado líquido con placer. Después el pastor tomó una de las masitas de nuez, la probó y sonrió complacido mientras declaraba su excelencia.

—Me gusta muchísimo el refresco de limón que prepara su señora —dijo—. Se nota que es fresco, no como si lo hubiera hecho la semana pasada y se hubiera guardado desde entonces. Mucha gente prepara refresco de limón en el verano, y muy rara vez tiene ese sabor fresco, astringente del limón recién exprimido. Yo siempre he sostenido que los limones son una excelente fuente de humores saludables, si me permite esa expresión un tanto anticuada. Yo creo que beber jugo de limón, es un medio excelente para combatir las depresiones psíquicas que suelen traer aparejadas los calores del verano. También he oído decir que es muy bueno para la baja presión…

Así parloteaba el pastor mientras sorbía el refresco de limón y mordisqueaba las masitas. Se estaba poniendo a la altura de su reputación de persona alegre, que siempre gustaba de mirar el lado bueno y feliz de las cosas. Contrastaba notablemente con la preocupada delgadez del juez, porque el pastor tenía una figura redondeada, con un vientre prominente y mejillas gordinflonas y rosadas como manzanas nuevas.

Durante un rato, el juez lo escuchó pacientemente, pero por fin no pudo soportar más ese torrente de palabras vanas, y le recordó al pastor que lo había mandado llamar para hablar con él de ciertos asuntos que lo estaban turbando bastante.

—¿Turbando? —el pastor intrigado arqueó las cejas—. Yo creo, señor, que ya mismo, desde el principio, tenemos que detenernos y eliminar ciertas nociones absurdas. Usted, señor, de toda la gente que conozco no tiene motivos para sentirse turbado. La justicia, como el sacerdocio, debe ser considerada como una extensión de la voluntad de Dios. Sin justicia, reina la anarquía. Sin sacerdocio,

el ateísmo. Nosotros dos somos pastores, y en realidad, nuestros respectivos ministerios no son más que la cara y la cruz de una sola y misma moneda. ¿No está usted de acuerdo?

—Yo nunca había pensado en eso —contestó el juez.

—Pues hágalo. Le ruego que lo haga —le urgió el pastor, sorbiendo su vaso de refresco. El juez dijo:

—Sin embargo usted debe entender mi situación; hace siete años que se viene arrastrando este caso. Mi paz espiritual me ha abandonado. Ahora, donde quiera que vaya, la gente me señala con el dedo, y murmura, y dice: *¿Ese? Ah, sí, es el que condenó a los anarquistas*.

—¿Y qué hay con eso? —dijo el pastor con tono muy suave—. Si no hubiera sido usted habría sido algún otro. Pero el destino, es decir, el Señor Todopoderoso, lo eligió a usted. Alguien tenía que juzgar, y usted fue elegido. No fue usted sino el jurado el que los declaró culpables. Y una vez que el jurado lo hubo hecho, usted no hacía más que cumplir con su solemne deber de condenarlos. Hay gente muy materialista en esta era de materialismo en que vivimos —dijo el pastor sirviéndose otro bizcocho y agradeciendo al juez que le sirvió otro vaso de refresco—, que podrá decir que no habrá otro juicio después del suyo. Sin embargo, falta todavía el juicio final. Queda todavía otro tribunal ante el cual deberán presentarse estos dos hombres y hay otro que los juzgará y oirá sus declaraciones y argumentos. Usted, señor, ha cumplido con su deber. ¿Quién puede hacer más?

—Es muy tranquilizador para mí oír eso; sin embargo, mire esto —y el juez le alcanzó el artículo señalado con lápiz rojo en el periódico de la organización religiosa.

—El pastor leyó y soltó una interjección despectiva:

—¡Bah! —gritó—. Me gustaría conocer al hombre que escribió esto. Me gustaría saber qué clase de cristiano es. Eso es lo que me gustaría saber. No juzgues y, sin embargo, él se permite juzgar. Yo

discuto su inteligencia y su religiosidad.

—¿Entonces usted no cree que esta sea una especie de opinión oficial?

—¿Opinión oficial? No, puede estar seguro que no.

—Lo que pasa —dijo el juez—, es que últimamente he estado durmiendo muy mal, tengo malos sueños, a veces sueños monstruosos. Sin embargo, no es una cuestión de conciencia. Esta idea la rechazo por absurda.

—Hace muy bien en rechazarla —asintió el pastor tomando otra masita—. Hace muy bien.

—Yo tengo la conciencia tranquila. No lamento nada de lo que he hecho. Yo estudié las pruebas y las cotejé muy cuidadosamente; pero era algo más que un simple problema de prueba o de posiciones de testigos. Yo le aseguro, pastor, que cuando vi a esos hombres por primera vez, supe que eran culpables. Lo veía en su manera de caminar, de hablar, de pararse. Durante siete años sus abogados han presentado escritos y recursos, y peticiones y recusaciones, de todas las variedades que puedan imaginarse bajo el sol. ¿Acaso alguien hubiera escuchado sus argumentaciones con más paciencia, hubiera contestado sus escritos con más paciencia que yo? ¿Hubo acaso alguna vez que me negué a oírlos? ¿Pero cómo iba a alterar mí convicción original?

—Es claro que si ninguna prueba parecía contradecirla, usted ciertamente no tenía por qué alterarla.

Al llegar aquí el juez se puso de pie y empezó a recorrer la galería a grandes zancadas.

—Es claro que hay algo más —dijo considerablemente agitado—. ¿Sabe qué es lo que pienso? ¿Sabe qué me parece? Me parece que estos dos hombres desean la muerte, buscaban la muerte para satisfacer sus oscuros fines. Al comienzo sólo tenían una idea, un deseo: destruir, voltear, incendiar todo lo que hemos construido, lo que atesoramos y veneramos.

«Cuando miro a mi alrededor, a esta vieja Nueva Inglaterra, con sus casas arboladas, sus verdes jardines, y sus niños de ojos claros, me estremezco al pensar que todo esto pueda ser destruido por la espada y el fuego. Algo ha ocurrido en esta tierra nuestra. Ha venido a ella gente extraña, gente de piel oscura, seres consumidos por el escorbuto, gente que no mira a uno en los ojos. Vienen con su propia lengua, y viven en rincones y tienden un velo de tinieblas sobre todo el país. ¡Cómo los odio! ¿Está mal que los odie así?».

—Me temo que esté mal odiar —dijo el pastor, casi como si lo lamentara.

—Entiendo lo que quiere decir —asintió el juez sin interrumpir su agitado paseo—. ¿Pero qué les dice uno a los comunistas y a los socialistas y a los anarquistas? ¿Y si fueran ellos los que dirigieran los tribunales? ¿Cuánta justicia habría entonces para gente como usted o como yo, o para cualquiera de nosotros, los de las viejas familias? Con que sólo oyeran una voz bien modulada o vieran un par de ojos azules, bailarían la danza de la muerte. Y aquí vienen con su maldita agitación, con sus volantes y con sus libelos, sembrando el descontento, agitando, inquietando a la honesta gente trabajadora, azuzando a un hermano contra el otro, y susurrando por todas partes: *¡Más dinero! ¡Mejores salarios! ¡El patrón es un explotador! ¡El patrón es un demonio! ¿Por qué no nos repartimos sus riquezas?*

«Donde antes hubo paz y concierto, ahora hay sólo luchas y odio. Han convertido en un desierto la tierra donde antes floreciera un vergel. Cuando yo pienso que podríamos tener aquí, en nuestra bendita Nueva Inglaterra, la ignorancia y el odio, los campos de esclavitud, el hambre y los trabajos forzados de Rusia, siento que me hierve la sangre y mi corazón deja de latir. ¿Está mal entonces que yo odie a quienes violan mi patria, a quienes odian el nombre de Estados Unidos y la tradición de nuestros antepasados?».

—Nunca está mal odiar a los siervos del demonio —dijo el pastor, muy contento de poder dar otra vez una nota de optimismo. Sobre eso puede usted estar seguro. Si no, ¿cómo podríamos luchar con-

tra el príncipe de las tinieblas?

—No digo que yo sea un hombre perfecto —dijo el juez volviéndose bruscamente hacia el pastor—. En algunas cosas actué tonta e irreflexivamente. ¿Pero acaso es justo que esté pagando con toda una vida por esos pequeños errores? Es muy cierto que en mi irritación dije algo sobre lo que hice a esos dos bastardos anarquistas. Palabras fuertes, me dirá usted, pero también es cierto que en ese momento tenía sentimientos fuertes, y yo pensé que estaba hablando en una reunión de caballeros. Sin embargo, descubrí que las cosas eran muy distintas, y que los que me escuchaban eran cualquier cosa menos caballeros.

«Al día siguiente mis palabras andaban por toda la ciudad, y ahora me acusan de haber actuado movido por el odio. Nada puede estar más lejos de la verdad. Le aseguro, pastor, que nada puede estar más lejos de la verdad. Este caso me ha costado muy caro. Lo he regado con sangre de mi vida. ¿Cuándo volveré a conocer la paz interior?».

El pastor asintió, tragando apresuradamente el bizcochito que estaba masticando.

—Por eso no debe usted desesperar. El tiempo es el gran cicatrizante. Todas las cosas, excepto Dios, sucumben al tiempo. Hoy soportamos la gran carga de nuestras pruebas y tribulaciones M momento, y muy comprensiblemente nos decimos que esto no se acabará nunca, que nunca nos dará un respiro. Pero éste es un punto de vista muy humano. Y humano es errar. Dios cura a su modo. Y el tiempo es el gran remedio de Dios. El tiempo es un gran cicatrizante, señor, de eso puede usted estar bien seguro.

—Me consuela muchísimo oírle decir eso —el juez dejó de pasearse y se volvió a sentar en la amplia mecedora—. Mucho, mucho me consuela. Muy poca gente se da idea de lo que hemos tenido que aguantar yo, el fiscal del estado, los miembros del jurado, sí, y hasta muchos de los testigos de la acusación.

«Se nos ha acusado de odiar a los extranjeros, de tener prejuicios

contra los italianos. Esta gente viene a nuestras costas, y las ensucia y nos roba, y asesina sin medida, y si nos oponemos a estos atropellos, nos dicen que somos xenófobos y que estamos llenos de odio y de prejuicios. Ha sido una dura prueba, créame, pastor. Y, por supuesto, todos los elementos malignos, subversivos y antinorteamericanos del país se han abalanzado sobre este caso. Y lo han utilizado para minar la autoridad del Estado, y para calumniar a gente como yo, y como su excelencia el señor gobernador. Hasta están difamando al venerable señor rector de la universidad, cuyo estudio del caso confirmó nuestras conclusiones y cuya decisión fue la de que estos hombres habían sido justamente condenados».

—Un hombre siempre paga el precio de su coraje —dijo el pastor—. Pero usted tiene un consuelo: que cumplió dignamente con un deber desagradable.

El pastor metió la mano en el bolsillo y sacó su hermoso reloj de oro, lo acercó hasta sus ojos y miró.

—¡Dios mío! —dijo.

—¿Pero cómo, no se queda para la cena? —protestó el juez.

—Me temo que no —suspiró el pastor—. Sé que lo prometí, pero debo volver a trabajar a mi vicaria.

En realidad, el pastor tenía una gran impaciencia, porque en el curso de la conversación se había dibujado ante él todo el esquema de un sermón, y sentía la obligación de anotar esos pensamientos antes de que se le escaparan.

El juez expresó debidamente su decepción, pero repitió que la charla con el pastor había sido para él un gran motivo de consuelo. Acompañó al pastor hasta la puerta y después volvió al fresco de la galería.

Capítulo XIII

Después que se hubo ido el pastor, el juez se instaló tan cómodamente como pudo en su mecedora y colocó los pies sobre un banquillo. En el deseo de distraerse tomó una novela policial y trató de leer, pero la luz era muy mala, y después de leer unas cuantas líneas, empezó a cabecear.

La verdad sea dicha, la tensión acumulada en todo el día lo había fatigado enormemente, y el alivio que le había proporcionado la conversación con el pastor, le permitió dormirse fácil y rápidamente. Pero si bien el acto de dormirse fue suave y rápido, su sueño fue corto y agitado. Como le había ocurrido últimamente con tanta frecuencia, fue visitado por sueños y, como la mayoría de las veces, esos sueños reproducían episodios del pasado.

Ahora, en su sueño, sus pensamientos volvieron a ese día no tan lejano —el sábado 9 de abril de ese año— en el que él condenó a los anarquistas. Habían pasado casi cinco meses desde el incidente, pero éste había quedado indeleblemente grabado en su memoria, y una vez mas, en este sueno, se vio sentado en su estrado, ante el tribunal repleto de gente, con sus papeles desplegados delante de él, listo para sentenciar por un crimen cometido siete años antes a dos hombres que habían pasado en la cárcel esos siete largos años.

¡Con qué extrañeza los mira cuando entran en el tribunal! Y cuán extraños le resultan, casi ha olvidado ya quiénes son, y qué aspecto tienen. Por alguna secreta razón después de todos estos años ya no le parecen ni tan andrajosos, ni tan salvajes como él los recordaba, cuando ocupan sus lugares en esa rémora peculiar y bárbara de la justicia de la Nueva Inglaterra, la jaula en la que se sientan los presos mientras oyen la sentencia.

El juez golpea con su maza y el fiscal se pone de pie y dice:

—Tenga la bondad de escuchar el honorable tribunal: el asunto en consideración en esta sesión es el de los expedientes números 5545 y 5546, el estado de Massachusetts contra Nicolás Sacco y Bartolomé Vanzetti.

«Consta en los archivos de este tribunal, expediente NQ 5W, el estado de Massachusetts contra Nicolás Sacco y Bartolomé Vanzetti, que estos acusados están convictos de asesinato en primer grado. Las actuaciones están terminadas, y yo propongo que el tribunal proceda a dictar sentencia. La ley fija al tribunal libertad en cuanto al tiempo dentro del cual debe ser ejecutada la sentencia. Teniendo en cuenta los pedidos de los abogados de la defensa, a los que el estado de Massachusetts accede, yo sugeriría que la sentencia a imponerse sea ejecutada en algún momento de la semana que comienza el próximo domingo 10 de julio».

El juez asiente con la cabeza para indicar que está de acuerdo con el señor fiscal. El ujier del tribunal se dirige al primero de los dos condenados y le dice:

—Nicolás Sacco, ¿tiene usted alguna razón que aducir acerca de por qué no se lo puede condenar a muerte?

Sacco se pone de pie. Durante un largo momento mira fijamente al juez sin hablar; a pesar suyo, el juez se ve obligado a bajar la vista. Sacco comienza a hablar en voz muy baja. A medida que sigue hablando, su voz se hace más fuerte pero no más alta. Parece estar completamente ausente de la sala cuando dice:

—Sí, señor. Yo no soy orador. El idioma inglés no es muy familiar para mí. Y como sé, como me dijo mi amigo, mi camarada Vanzetti piensa hablar más, entonces yo pensé dejarle el tiempo a él.

»Yo nunca supe, nunca oí, ni leí en la historia de algo tan cruel como este tribunal. Después de seis años de perseguirnos, todavía nos creen culpables. Y toda esta buena gente está hoy con nosotros en el tribunal.

»Yo sé que el fallo va a ser entre dos clases: la clase oprimida y la

clase rica. Nosotros le damos al pueblo libros, literatura. Ustedes persiguen al pueblo, lo tiranizan y lo matan. Nosotros siempre tratamos de darle educación al pueblo. Ustedes tratan de poner una barrera entre nosotros y otras nacionalidades, para que nos odien. Por eso hoy yo estoy aquí en este banquillo, por haber sido de la clase oprimida. Y ustedes son los opresores.

»Usted lo sabe, juez, usted conoce toda mi vida. Usted sabe por qué me han traído aquí y hace siete años que usted nos está persiguiendo, a mí y a una pobre mujer, y hoy todavía nos condena a muerte. Yo quisiera contar toda mi vida pero ¿para qué? Usted ya sabe de antemano lo que yo digo, y mi amigo, quiero decir mi camarada, va a hablar porque él sabe más inglés que yo, y yo lo voy a dejar hablar a él.

»Mi camarada, el hombre bueno para todos los niños. Ustedes se olvidan de toda la población que ha estado con nosotros durante siete años. Simpatizando con nosotros y dándonos toda su energía y toda su bondad. A usted no le interesa. Entre la gente y los camaradas y la clase trabajadora hay una gran legión de gente intelectual que ha estado con nosotros estos siete años, pero el tribunal sigue adelante. Y yo creo que les agradezco a todos, a toda la gente, mis camaradas que han estado conmigo estos siete años, con el caso Sacco y Vanzetti, y le voy a dar a mi amigo Vanzetti la oportunidad de que hable él.

»Me olvidé una cosa que mi camarada me hace acordar. Como dije antes, el juez conoce toda mi vida, y él sabe que nunca fui culpable, nunca, ni ayer, ni hoy, ni para siempre».

Termina, y un gran silencio domina la sala. Al soñar con él, le parece al juez que ese silencio duró una eternidad, pero en realidad no fueron más que segundos. El ujier lo interrumpe. Con precisión y eficacia se pone de pie, señala al segundo de los condenados y pregunta:

—Bartolomé Vanzetti: ¿tiene usted alguna razón que manifestar, en virtud de la cual no pueda ser condenado a muerte?

Un puente de silencio une esta atroz pregunta con la respuesta de Vanzetti. Cuando se pone de pie, al principio no dice nada, se limita a mirar la sala, el juez, el fiscal, el ujier, y los espectadores. Su calma es casi inhumana. Lenta, imperturbable y —al principio— desapasionadamente, empieza a hablar:

—Sí. Lo que yo digo es que soy inocente. Que no sólo soy inocente, sino que en toda mi vida, nunca he robado, matado, ni he derramado sangre. Esto es lo que yo quiero decir. Y no es todo. No sólo soy inocente de estos dos crímenes, no sólo que nunca he robado, ni matado, ni derramado sangre, sino que he luchado toda mi vida, desde que tuve uso de razón, para eliminar el crimen de la tierra.

«Ahora, tengo que decir que no sólo soy inocente de todas estas cosas, no sólo que no he cometido un crimen en mi vida; algunos pecados sí, pero nunca un crimen; no sólo he luchado toda mi vida para desterrar los crímenes, los crímenes que la ley oficial y la moral oficial condenan, sino también el crimen que la moral oficial y la ley oficial no condenan y santifican la explotación y la opresión del hombre por el hombre. Y si hay alguna razón por la cual yo estoy en esta sala como reo, si hay una razón por la cual dentro de unos minutos va usted a condenarme, es por esa razón y por ninguna otra».

Aquí Vanzetti se detiene, y parece registrar su memoria en busca de palabras e imágenes. Después sigue hablando; el juez no puede entender a qué se refiere Vanzetti. Es sólo al promediar sus palabras que la vieja, a, delgada figura de Eugenio Debs emerge de ellas y entra en la sala.

—Yo pido perdón por evocarlo —dice Vanzetti, hablando ahora casi con dulzura—. Hay un hombre que es el más bueno que he visto en mi vida. Un hombre que va a permanecer y crecer cada vez más cerca del pueblo, cada vez más querido por él, más metido en su corazón, mientras exista, en el mundo admiración por la bondad y por el sacrificio. Me estoy refiriendo a Eugenio Debs.

»Este hombre tenía una verdadera y amplia experiencia en tribuna-

les, prisiones y jurados. Sólo porque quería que el mundo fuese un poquito mejor de lo que era, fue perseguido y difamado desde su adolescencia hasta su ancianidad. Y en verdad fue asesinado por sus largas prisiones.

»Él conoce nuestra conciencia, y no sólo él, sino todos los hombres de claro criterio del mundo, no sólo de este país sino de todos los países del mundo, están con nosotros. La flor de la humanidad de Europa, los mejores escritores, los más grandes pensadores de Europa han pedido por nosotros. Los científicos, los más grandes científicos, los más grandes estadistas de Europa, han pedido por nosotros. Los pueblos de los países extranjeros se han pronunciado por nosotros.

»¿Es posible que sólo unos pocos individuos del jurado, sólo dos o tres hombres, que serían capaces de condenar a su propia madre a cambio de honores mundanos y bienes terrenos, es posible que ellos tengan razón contra el mundo, todo el mundo que ha dicho que están equivocados y que me consta que están equivocados?

»Si hay alguien que pueda saber si tienen razón o no, somos yo y este hombre. Hace siete años que estamos juntos en la cárcel. Lo que hemos sufrido durante estos siete años, ninguna lengua humana lo puede narrar, y sin embargo, aquí estoy delante de usted y no tiemblo, lo miro derecho a los ojos y no me ruborizo, y no cambio de color, y no tengo vergüenza ni miedo.

»Eugenio Debs dice que ni siquiera un perro, aunque no sean exactamente sus palabras, que ni siquiera un perro que ha matado gallinas, hubiera sido declarado culpable por un jurado de Estados Unidos con las pruebas que el estado de Massachusetts ha reunido en contra de nosotros».

Ahora Vanzetti se detiene y mira largamente al juez en los ojos antes de proseguir. Ésta es la parte en que el sueño se convierte en una pesadilla, aun cuando en el momento en que ocurrió el juez siguió frío e imperturbable mientras Vanzetti lo acusaba.

—Hemos probado que no podía haber habido en toda la faz de la

tierra un juez más prejuicioso ni más cruel que lo que usted ha sido con nosotros. Hemos probado eso. Y nos siguen negando un nuevo juicio. Nosotros sabemos, y también lo sabe usted en el fondo de su corazón, que usted ha estado en contra de nosotros desde el primer momento, aun antes de habernos visto la cara. Antes de vernos, usted ya sabía que éramos izquierdistas y que debíamos perecer.

»Nosotros sabemos que usted se descubrió, y descubrió su hostilidad contra nosotros y su desprecio hablando con amigos suyos en el tren, en el club universitario de Boston, y en el golf club de Worcester, Massachusetts. Estoy seguro que si la gente supiera todo lo que usted dijo en contra de nosotros, si usted tuviera el coraje de declararlo públicamente, entonces quizá su señoría, y yo siento tener que decir esto, porque usted es un hombre anciano, y yo tengo un padre anciano, pero quizá usted, señoría, tendría que estar ocupando nuestro lugar como acusado en este juicio.

»Nosotros fuimos juzgados durante un periodo que ya ha pasado a la historia. Quiero decir con eso, un periodo en que había una ola de histeria y resentimiento y odio contra la gente de nuestras ideas e ideales, contra el extranjero, y me parece, o más bien estoy seguro, que tanto usted como el fiscal han hecho todo lo que pudieron para agitar la pasión de los miembros del jurado, los prejuicios de los miembros del jurado, en contra de nosotros.

»Los miembros del jurado nos odiaban porque nosotros estábamos contra la guerra, y ellos no saben distinguir entre un hombre que está contra la guerra, porque cree que no es una guerra justa, porque no odia a ningún pueblo de la tierra; y un hombre que está contra la guerra porque está a favor del otro país que lucha contra el país en el cual él está, y entonces es un espía.

»Nosotros no somos hombres de ésos. El señor fiscal sabe perfectamente que nosotros estábamos contra la guerra porque no creíamos en los propósitos por los cuales, según ellos, se estaba haciendo la guerra. Creemos que fue una guerra injusta y creemos eso hoy más que hace diez años, porque cada día la vamos compren-

diendo mejor, las consecuencias y el resultado de esa guerra.

»Creemos hoy más que nunca que esa guerra fue un trágico engaño y yo voy a subir con alegría al cadalso si puedo decir a la humanidad: "Cuidado; los llevan a una nueva hecatombe. ¿Para qué? Todo lo que les dicen, todo lo que les han prometido, todas son mentiras, trampas, engaños. Fue un crimen. Les prometieron libertad. ¿Dónde está la libertad? Les prometieron prosperidad. ¿Dónde está la prosperidad? Les han prometido, elevación y significación moral. ¿Dónde están?".

»Desde el día en que ingresé a la cárcel de Charlestown, la población de la cárcel de Charlestown se ha duplicado. ¿Dónde está la nueva moral que la guerra ha traído al mundo? ¿Dónde está el progreso espiritual que hemos alcanzado a través de la guerra? ¿Dónde está la seguridad de nuestra vida, la seguridad de poseer el mínimo de cosas que necesitamos? ¿Dónde está el respeto por la vida humana? ¿Dónde está el respeto y la admiración por las características nobles y sanas del alma humana? Nunca antes de la guerra hubo tantos crímenes como ahora, tanta corrupción, tanta degeneración como la que hoy reina».

Hace una pausa ahora el hombre que habla —el hombre que habla en el sueño del juez—, el hombre que habla e increpa, y el juez se da vuelta y se retuerce y gime en su sueño. Pero debe seguir escuchando; una y otra vez.

—Se ha dicho —prosigue Vanzetti, y su voz es ahora la de un juez y no la de un reo— que la defensa ha puesto toda clase de obstáculos en la marcha de este proceso para demorarlo todo lo posible. Yo creo que esto es injurioso, porque es inexacto. Si se piensa que la acusación del estado de Massachusetts ha empleado todo un año en acusarnos. Esto es, que uno de los cinco años que ha durado el caso fue utilizado por la acusación para comenzar nuestro Juicio, nuestro primer juicio.

»Después los abogados de la defensa apelaron y usted esperó. Yo creo que en el fondo de su corazón usted ya había resuelto, cuando terminó el juicio, denegar todas las apelaciones que se interpusie-

ran. Usted esperó un mes, no, un mes y medio, y comunicó su decisión en víspera de la Navidad, exactamente en Nochebuena.

»Nosotros no creemos en la fábula de la Nochebuena, ni desde un punto de vista histórico, ni religioso. Usted sabe que muchos de nuestros seres queridos creen en eso y no porque no crearnos, significa que no seamos humanos. Nosotros somos humanos y la Navidad es una fecha grata al corazón de todos los hombres. Yo creo que usted ha hecho eso, comunicar su decisión en la víspera de Navidad, para envenenar el corazón de nuestros familiares y demás seres queridos.

»Bueno, ya he dicho que no sólo no soy culpable de estos dos crímenes sino que nunca he cometido un crimen en mi vida; nunca he robado, ni matado, ni derramado sangre, y en cambio he luchado contra el crimen. He luchado y me he sacrificado para borrar de la tierra incluso aquellos crímenes que la ley y la iglesia legitiman y santifican».

Ahora, en el sueño del juez, la voz de Vanzetti se alza, fiera, implacable, y marcando al durmiente como un hierro al rojo:

—Quiero decir esto: que no le deseo a un perro ni a una serpiente, al ser más bajo y despreciable de la tierra, no le deseo lo que yo he tenido que sufrir por crímenes de los que no soy culpable. Pero mi convicción más profunda es de que yo he sufrido por otros crímenes, de los que sí soy culpable.

»Yo he sufrido y sufro porque soy un militante izquierdista, y es cierto, lo soy. Porque soy italiano, y es cierto, lo soy. He sufrido más por lo que creo que por lo que soy; pero estoy tan convencido de estar en lo cierto, que si ustedes pudieran matarme dos veces, y yo pudiera renacer otras dos volvería a vivir como lo he hecho hasta ahora.

»Ya he hablado mucho de mí / y ni siquiera he nombrado a Sacco[2].

[2] Estos párrafos del discurso de Vanzetti se transcriben en forma poemática, por cuanto así han sido considerados por la crítica norteamericana, que los incorporó a distintas antologías. (N. del T.)

/ Sacco también es un obrero, / un buen obrero enamorado de sus obras, / con un buen puesto y un buen sueldo, / una cuenta en el banco y una mujercita buena, / dos niños y una casita / en el linde del bosque, junto al arroyo.

»Tiene el corazón y la fe que hacen a un hombre / amante de la naturaleza y de los hombres, / un hombre que dio todo, que sacrifica todo, / por la libertad de sus hermanos-hombres; / dinero, descanso, ambiciones, / su esposa, sus niños, él mismo, / su vida, en fin.

»Sacco nunca pensó en robar, ni asesinar. / Ni él ni yo llevamos jamás un bocado a nuestros labios / que no naciera en el sudor de nuestras frentes. / Jamás…

»Si no hubiera sido por esto / yo habría vivido mi vida / hablando en las esquinas a hombres descreídos. / Habría muerto solo, ignorado, un fracasado. / Ésta es nuestra carrera y nuestro triunfo. Nunca / hubiéramos podido en nuestras vidas hacer esta obra / por la tolerancia, la justicia, la comprensión entre los hombres / como la que ahora cumplimos por azar. / ¡Nuestras palabras, nuestras vidas, nuestro dolor, nada! / ¡Nuestra vida, la vida de un buen zapatero y un pobre pescadero / todo! Nuestra es la última hora, / la agonía es nuestro triunfo.

»Oh, si, yo sé charlar mejor que él, pero muchas, muchas veces al oír su poderosa voz resonando en una fe sublime, al pensar en su supremo sacrificio, al recordar su heroísmo, me sentí pequeño. Pequeño ante la presencia de la grandeza, y me sentí obligado a luchar con las lágrimas que se agolpaban a mis ojos y a calmar mi corazón y a endurecer mi garganta para no llorar delante de él, de este hombre a quien llaman ladrón y asesino, de este hombre condenado.

»Pero el nombre de Sacco ha de vivir en los corazones de la gente y en su gratitud cuando el señor fiscal y sus huesos sean polvo dispersado por el tiempo. Cuando vuestro nombre y el suyo, vuestras leyes, instituciones y vuestro falso dios sean *sólo un vago recuerdo de un tiempo maldito en que el hombre era el lobo del*

hombre…».

Con estas palabras terminó de hablar Bartolomé Vanzetti. El impacto de su última frase es como un martillo golpeando en el centro de la sala silenciosa. Ahora Vanzetti procede a mirar fijamente al juez, y sus ojos son una inmensa y aterradora parte de la actual pesadilla que turba el sueño del juez.

—He terminado —dice Vanzetti—. Muchas gracias.

El juez hace sonar bruscamente la campanilla, pero no hay ningún desorden en la sala, ningún murmullo que acallar. Suelta la campanilla y ve que su mano tiembla violentamente. Se rehace y dice con forzada firmeza:

—Bajo la ley del estado de Massachusetts el jurado decide si el acusado es culpable o inocente. El tribunal no tiene nada que hacer a ese respecto. La ley de Massachusetts establece que el juez no debe ocuparse de los hechos. De acuerdo con nuestra ley debe limitarse a señalar las pruebas.

»Durante el curso del proceso fueron interpuestos numerosos recursos, que fueron llevados hasta la suprema corte de justicia de este estado. Esa corte, después de estudiar todos y cada uno de los recursos interpuestos, dijo en su resolución. “El veredicto del jurado sigue en pie; todas las objeciones son desestimadas”.

»Siendo así, sólo hay una cosa que este tribunal puede hacer. No es un problema de libre arbitrio. Es un requerimiento legal, y siendo así, sólo le incumbe un deber a este tribunal, el de dictar sentencia.

»Primero, el tribunal dicta sentencia contra Nicolás Sacco. Es resuelto y ordenado por este tribunal que usted, Nicolás Sacco, sufra la pena de muerte por el paso de una corriente eléctrica a través de su cuerpo dentro de la semana que comienza el domingo 10 de julio del año de Nuestro Señor mil novecientos veintisiete. Ésta es la sentencia de la ley.

»Es resuelto y ordenado por este tribunal que usted Bartolomé

Vanzetti…».

Vanzetti se pone de pie de un salto y grita:

—Un momentito, por favor, su señoría. ¿Puedo hablar un minuto con mi abogado?

—Creo que debo dictar sentencia —prosigue el juez—. Bartolomé Vanzetti, sufra la pena de muerte…

Esta vez lo interrumpió Sacco con un fiero grito.

—¡Usted sabe que soy inocente! ¡Son las mismas palabras que pronuncié hace siete años! ¡Usted está condenando a dos inocentes!

Pero el juez ya ha recobrado su compostura y prosigue serenamente:

—… por el paso de una corriente eléctrica a través de su cuerpo dentro de la semana que comienza el domingo 10 de julio del año de Nuestro Señor mil novecientos veintisiete. Ésta es la sentencia de la ley.

Y a continuación el juez agrega:

—Ahora vamos a pasar a cuarto *intermedio*.

Y hoy, al caer la tarde del 22 de agosto, el día finalmente fijado para la ejecución después de varias postergaciones, se despertó de su ligero sueño, con esas palabras resonando en sus oídos: Vamos a pasar a cuarto intermedio.

Se despertó y comprendió que alguien lo estaba llamando para la cena. Se dio cuenta que no estaba muy perturbado. Súbitamente se le despertó un voraz apetito y pensó con placer y alivio, que el día ya estaba acercándose a su fin. Y una vez que hubiera terminado, todo este asunto quedaría definitivamente resuelto y pronto sería olvidado. Al menos quiso consolarse con esta idea.

Capítulo XIV

El más largo y solitario de los peregrinajes llega alguna vez a su fin. Y ese día el profesor de Derecho Penal había llegado hasta el último confín del universo y de allí había regresado. En los más lejanos y apartados rincones del espacio, había contemplado por breves momentos los más profundos secretos de la vida y lo que halló fue amargo e inquietante. Había olvidado su hogar y sus hijos, y cuando comió, la comida se le volvió pesada y sosa en la boca.

Almorzó con el abogado defensor, que había llegado a la ciudad para despedirse de los hombres que iban a morir. Este abogado, en realidad, había dejado la defensa con la esperanza de que otro —que la asumió— pudiera tener alguna influencia en la casa de gobierno, pero ahora había vuelto a Boston para hablar una vez más con Bartolomé Vanzetti. Le había pedido al profesor de Derecho Penal que fuera con él a la Casa de la Muerte en la prisión del estado.

—Tengo miedo —dijo el profesor de Derecho Penal, reconociendo por fin a su oscuro compañero. Lo había estado persiguiendo todo el día y ahora marchaba a su lado—. No me animo a ver a Vanzetti.

—¿Por qué? —preguntó el abogado—. No fue usted quien lo condenó.

—¿No? Tampoco de eso estoy seguro ya. ¿Recuerda usted la declaración de Vanzetti del día 9 de abril y después que el juez hubo dictado sentencia?

El abogado asintió, y el profesor agregó con cierto embarazo:

—Me gustaría repetírsela. La aprendí de memoria y la he llevado

dentro de mí como una gran piedra atada a mi corazón. No quisiera parecerle melodramático, pero esta mañana enfrenté al rector de una gran universidad, ya sabe usted a quién me refiero, y más tarde vi a un obrero negro terriblemente golpeado por haber participado en el piquete que montaba la guardia frente a la casa de gobierno. Ésta y otras cosas me han inquietado terriblemente. Necesito ver esto con claridad. Yo me pregunté qué quiso significar Vanzetti cuando dijo:

»Si no hubiera sido por esto / yo habría vivido mi vida / hablando en las esquinas a hombres descreídos / habría muerto solo, ignorado, un fracasado. / Ésta es nuestra carrera y nuestro triunfo. Nunca / hubiéramos podido en nuestra vida hacer esta obra / por la tolerancia, la justicia, la comprensión entre los hombres / como la que ahora cumplimos por azar. /Nuestras palabras, nuestras vidas, nuestro dolor, ¡nada! / Nuestra vida, la vida de un buen zapatero y un pobre pescadero / ¡todo! Nuestra es la última hora, / la agonía es nuestro triunfo.

»Qué palabras extrañas son éstas, y cuántas veces me he preguntado lo que significan. No estoy seguro de saberlo. Dos hombres van a morir, y desde ahora hasta el final, no voy a levantar la mano para impedirlo».

—Usted no puede impedirlo, amigo mío —dijo el abogado—. Usted debe comprender que ni usted ni yo podemos ya hacer nada.

—¿Y es ése todo el jugo que le podernos sacar? —preguntó el profesor. Entonces es un jugo agrio. Yo soy un judío, y ni siquiera he nacido acá, pero a mí nadie me arrastra a una comisaría y me pega hasta dejarme ciego. Y sin embargo, todo lo que hizo este obrero negro fue marchar en un piquete de protesta. Yo hice más. Yo desafié a un gran hombre, miembro de una de las viejas familias de esta tierra, y prácticamente lo llamé un mentiroso con las manos tintas en sangre; pero a mí nadie me castigó. Y entonces comprendo que el castigo está reservado a los oprimidos, como los llama Vanzetti, y nosotros sonreímos de eso, de lo extraño del término, pero sin embargo mandamos a estos dos hombres a la muerte por-

que son izquierdistas y no por otra razón.

«Los poderosos han sido desafiados, y por ese desafío, un zapatero y un vendedor ambulante deben pagar con sus vidas. Entonces, ¿por qué tanta conmoción, por qué tanto ruido? Son tantos los que han muerto en silencio sin que usted ni yo levantásemos nunca la mano para impedirlo. Y ahora, tratamos de calmar nuestras conciencias, pero dentro de un mes estaremos nuevamente viviendo con toda comodidad entre los ricos y los poderosos. Es posible que yo pague el pequeño precio de ser expulsado de la universidad, pero en la práctica de la profesión ganaré el doble, y mis clientes serán justamente los que mataron a Sacco y Vanzetti. Y sin embargo yo trato de decir que tengo las manos limpias…».

El abogado que lo escuchaba era un hombre de edad mediana, un yanqui de gran honestidad y profunda integridad, que había intervenido en el caso, no en busca de dinero ni de fama, sino porque su puntillosa conciencia así se lo indicó; y ahora, aunque la explosión del profesor lo hacía sentirse un tanto incómodo, escuchaba respetuosa y reflexivamente.

—Yo nunca acepté sus puntos de vista —dijo—. Yo soy de tendencias conservadoras y nunca traté de ocultarlo. Pero no me desayuno con sangre. A ellos los van a asesinar, y eso me llena de vergüenza. Pero quizá, de algún secreto modo, nos quede todavía alguna esperanza. Venga conmigo a la cárcel, se lo ruego.

Con ese y otros argumentos, acabó por consentir el profesor de Derecho Penal y se encaminaron juntos, pasando por la casa de gobierno donde se desplazaba todavía la columna de los piqueteros. Cuando pasaron a su lado, fueron saludados por muchas de las personas que marchaban, y los saludos estaban impregnados de tristeza. La esbelta poetisa, cuyo nombre y cuyos versos eran mundialmente conocidos, tomó del brazo al abogado y le rogó:

—¿Podría usted hacer algo? ¿Todavía, no es demasiado tarde, verdad?

—Querida mía, haré lo que pueda —dijo.

Seis mujeres, caminando juntas, de dos en dos, y todas llorando, llevaban carteles que decían: «Somos obreras textiles de Fall River, Massachusetts. Que Dios proteja a los poderosos de la Nueva Inglaterra si mueren Sacco y Vanzetti».

En la otra vereda, un hombre anciano ya, de blancos cabellos, llevaba de la mano a un muchachito, su nieto, seguramente. Y le murmuró al niño al oído, señalándole con el dedo; pero cuando el niño comenzó a llorar, el anciano, afligido, le dijo:

—No, no, no ganaremos nada con llorar.

—No debemos demorarnos —dijo el abogado apurando al profesor—. Tengo esta cita y no debernos llegar tarde.

—No, ésta no es una noche para llegar tarde. Sabe usted, creo que nunca hubo un día como este. ¿Por qué? ¿Por qué? No creo que ni cuando Jesucristo llevaba su pesada cruz hacia el Calvario, hubiera tanta pena en el alma de la humanidad. ¿Qué va a perecer en nosotros cuando estos dos mueran?

—No lo sé —dijo el abogado con aire sombrío.

—¿La esperanza, quizá?

—No lo sé. ¿Quiere que se lo pregunte a Vanzetti?

—Sería demasiado cruel.

—No, no creo en modo alguno que sería cruel.

Tomaron un taxi que los llevara a la prisión de Charlestown. En un tono de voz casi monótono el abogado le dijo al profesor:

—Allí, una o dos cuadras a la derecha, está la plaza Winthrop, las calles Austin, Lawrence, Rutherford, la persistencia de los nombres, como quien dice. Warren en la acción de Henley. Siempre me pregunto si se trata del mismo Warren, ¿se acuerda usted? «¡Temed, villanos que matáis por la paga! ¡Pensáis a vuestros hogares retiraros! ¡Mirad allá, están ardiendo!». ¿Cité bien? Hace treinta o cuarenta años que leí eso. Y por allí está el monumento.

El profesor sólo concedía parte de su atención a las palabras del otro. Sus pensamientos y sus emociones habían respondido a la serena calidad del crepúsculo estival, la belleza como el pastel de las nubes que servía de prisma a la luz del sol poniente, los barcos en la bahía, y todos los muchos sonidos y olores. El olor del limpio aire de la tarde, levemente teñido por el humo de las jadeantes locomotoras, el rumor de los trenes y las sirenas de los barcos y el pasaje despiadadamente libre de las aves por el cielo.

Todo ello era tan hermoso que creaba un marco dentro del cual la muerte era imposible e impura, y así por el momento, perdió todo contacto con la realidad hacia la que se dirigían.

Fue despertado por la seca memoria del abogado, que seguía hablando de los monumentos:

—Hace un minuto lo hubiera visto, pero no en su lugar. ¿No es así? Yo siempre tuve la impresión de que el monumento ha sido erigido en Bunker Hill, pero que la batalla se libró en Breed’s Hill. Allí es donde cavaron sus trincheras y se zamparon en ella, pobres y labradores y artesanos enfrentando a los mejores regimientos de Europa…

—¿Hombres como Vanzetti? —preguntó el profesor.

—Eso no me inquieta señor. No, se lo aseguro. El pasado está muerto. Yo no sé cómo eran, me imagino que nadie lo sabe ahora. Pero una cosa sé: no era gente solitaria, como Sacco y Vanzetti…

—¿Solitaria? Pero le aseguro que ellos no están solos, no —el profesor sonrió por primera vez en todo el día—. No están solos.

—Ya sé lo que usted quiere decir, pero yo me refería a otra cosa. Usted lo dice por los millones que lloran por ellos. Yo ya he descubierto que un océano de lágrimas es incapaz de mover una piedrita. Doscientas cincuenta mil personas firman un petitorio, y ¿qué pasa?

—No lo sé —contestó el profesor.

—A eso iba. En Bunker Bill tenían las armas en la mano. Y con ellas suscribieron su declaración, señor.

—¿Y no cree usted que lloraron cuando fue ahorcado Nathan Hale?

«Me siento como un escolar» se dijo el abogado. «¡Qué huesos tan sucios estamos tratando de remover! Aquí está este judío —parece reconocer el sufrimiento, o quizá sea un aroma amargo que deja en el aire—, tratando de hallar consuelo en alguna parte. Pero el pasado está muerto. Él puso el dedo en la llaga. Sacco y Vanzetti mueren en un mundo que no hicieron. Venimos aquí como observadores, pero ¿qué otra cosa podemos hacer?».

—Allí está la prisión —dijo el profesor.

El crepúsculo era dorado, pero estaba lleno de temores y este portento de la belleza del mundo, estaba sobrecargado por un matiz trémulo, como un cuadro de Georgye Innes. Ese día debía haber truenos y relámpagos, pero en cambio, como una dama de infinita vanidad, el día se había adornado con sus mejores galas.

Llegaron hasta las sombrías murallas octogonales de la cárcel, y por primera vez el profesor alcanzó a entrever una realidad más lejana, y comprendió el profundo sentido de la advertencia de John Donne: «… Nunca preguntes por quién doblan las campanas, están doblando por ti».

Él iba a su propia muerte, porque estaba vinculado con los condenados, su alma estaba ligada a la de ellos, su memoria guardaba con la de ellos muchas cosas en común; y aunque en los años futuros pudiera olvidar esta noche y cómo había muerto en ella, porque el tiempo nos juega extrañas pasadas, siempre sentiría una punzada en el corazón cuando viera un crepúsculo dorado, o cuando sintiera pasar a su lado la fría sombra del Ángel de la Muerte.

El alcaide los recibió con ese rostro profesionalmente compungido que suelen vestir los gerentes de las empresas de pompas fúnebres. Dentro de la prisión moría la bella luz de la tarde. Por entre criptas

y catacumbas se dirigieron a la Casa de la Muerte.

—Me imagino que ustedes comprenden que a nosotros no nos gustan nada estos días —dijo el alcaide—. Éstos son malos días para una prisión. Podría decirles que toda la población del penal muere un poquito con los condenados, y esto no es tan literario como podría parecer. Hay finos hilos que unen a los presos de una misma cárcel.

«Depende de cómo se vea la cárcel», pensó el profesor.

—Y cómo… ¿Cómo están?

—Bien —contestó el alcaide—. Dentro de su situación, por supuesto. Pero ¿cómo estaremos nosotros cuando lleguemos al fin? Son dos hombres valientes, créamelo.

El profesor pensó que esto sonaba extraño viniendo de un alcaide y lo miró un poco intrigado. El otro abogado se había envuelto en sus propias defensas y sus pasos lentos se acompasaron con sus recuerdos de este caso; un acertijo al principio, del modo que cualquier problema legal complejo es un juego, un acertijo, un problema y un desafío…, y después, cómo llegó a ser finalmente el foco de su vida. Bueno, ya se había desprendido de eso. Cuando esto estuvo dicho y hecho, quedaba el consuelo de pensar que hombres como Sacco y Vanzetti siempre perecían bajo una u otra forma de la violencia. Desafiaban la suprema convención y se alzaban para voltear las imágenes veneradas. Cualquier otro crimen podía ser perdonado, pero el amo y señor no podía permitir que se dudase de la posesión y el señorío. Eso era inevitable, entonces, ¿por qué protestaba tanto todo el mundo?

Estos pensamientos secretos fueron invadidos por las palabras del alcaide, que les hacía saber que el poder penetrar en la Casa de la Muerte ese día no era ciertamente el menor de los privilegios que concedía el estado de Massachusetts. Muy poca gente lo hacía, y quizá sólo para visitar a esos dos hombres.

—¿Sabe usted? —dijo el profesor de Derecho Penal, como si sólo

ahora lo descubriera—. Yo nunca he visto a ninguno de los dos. Voy a verlos ahora por primera vez.

—Hallará usted dos personas sencillas —le contestó el alcaide poniéndose a la defensiva.

—Sí, estoy seguro de eso. Pero, es que para mí ya tienen una calidad legendaria.

—Puedo comprenderlo perfectamente —dijo el abogado defensor.

Mientras llegaban al ala que incluía la Casa de la Muerte el alcaide explicaba:

—Sólo hay tres celdas en la Casa de la Muerte y como ustedes saben, las tres están ocupadas. Esta situación es absolutamente desusada aquí, pero es que los tres hombres deben ser ejecutados esta noche. A menos, por supuesto, que haya una postergación. ¿Cree usted que la habrá? —le preguntó al abogado defensor.

—Yo la espero fervientemente.

—Yo les digo que deben tener esperanzas, pero en verdad no creo que haya muchas —dijo el alcaide—. Cuando se ha llegado hasta este punto, el proceso ya no suele detenerse. Bueno, ya llegamos, yo no voy a entrar con ustedes; no lo hago si puedo evitarlo; las tres celdas están una al lado de la otra, y después hay un pasillo que da al cuarto donde se encuentra la silla eléctrica.

«No crean ustedes que hay una cuestión de protocolo en estas cosas, pero ya que hay que hacer cosas tan desagradables, lo mejor es hacerlo con sistema. Si va a morir más de un condenado, se los coloca en la celda más cercana a la silla en el orden en que deberán ser ejecutados. Y se ha decidido que si lo tenemos que hacer esta noche, Madeiros será ejecutado primero, después Sacco, y luego Vanzetti. Los encontrarán ustedes en las celdas en ese orden. Por favor, no hablen con nadie más que con Sacco y Vanzetti. El permiso solicitado y concedido ha sido para hablar con ellos, y espero que no me causen dificultades».

Al principio, el profesor de Derecho Penal lo escuchó con frío horror, porque no le había sido posible creer que los hombres pudieran hablar de estas cosas de ese modo, tan fría y serenamente, utilizando las palabras que utilizaban en los términos de los sucesos que esperaban Había pensado que estos asuntos, esta insensata forma de disponer de una vida humana debía ser tan vil que, por eso mismo, no se la podía mencionar ni hablar de ella.

Ésa fue su reacción al principio, pero después comprendió que si estos hechos ocurren, debe haber palabras que los describan y que los hombres que participan en tales acciones deben usar esas palabras a falta de otras. El mundo no era monstruoso de un modo secreto, con un lenguaje cifrado para describir sus condiciones; lo que era monstruoso lo era abiertamente, y la lengua hablada de todos los días servía también para referirse a lo monstruoso.

Pero no terminaba esto con el idioma; también los hombres servían para estos hechos, así como él y su compañero y colega, ambos hombres honorables, habían encajado perfectamente en este mundo de pesadilla de paredes de granito y rejas de hierro, caminando por allí tranquilamente rumbo a una casa que había sido construida para un solo y único fin: cercenar vidas humanas.

Y con este propósito esta civilización —democrática y cristiana— había ideado un sillón de metal y madera en el que podía ser sentado y amarrado un hombre mientras una corriente eléctrica de tremendo voltaje pasaba por su cuerpo. Y, sin embargo, ni él ni su compañero aullaban de dolor ni de horror; por el contrario, se comportaban de un modo sereno, cortes, racional.

—Quédese tranquilo, señor alcaide. Nos vamos a atener estrictamente a lo acordado.

Después el alcaide se fue, y un celador los condujo hasta la Casa de la Muerte. Pasaron por las tres celdas, y a cada puerta que pasaban, el profesor de Derecho Penal miraba con curiosidad Porque para un hombre la curiosidad es algo tan vital como el respirar y el dormir.

Primero vio a Madeiros, parado en medio de su celda, inmóvil: un ladrón y asesino esperando su próxima muerte. Después la celda de Sacco. Éste estaba echado sobre su camastro, con los ojos muy abiertos, mirando al techo. Después la celda de Vanzetti, y Vanzetti que los esperaba. Estaba junto a la Puerta de su celda, y los saludó calurosa y amablemente. Con una calma que le resultó al profesor más terrible que todo cuanto había visto en ese día.

El guardia les señaló dos sillas de madera que estaban colocadas muy cerca de la puerta de la celda.

—Por favor, siéntense allí, caballeros —les dijo.

Se sentaron, pero el profesor se dio cuenta de que volviendo un poco la cabeza podía ver la cámara de las ejecuciones y hasta una parte de la misma silla. Y por mucho que tratara de mirar para otro lado, ese cuarto lo atraía irresistiblemente.

Lo alejaba de allí. La silla eléctrica lo atraía y retenía su atención hasta el punto de que escuchaba la conversación pero sin oír lo que se decía. Y después no podía, por mucho que tratara, recordar los detalles de la conversación, sólo que se refería a la liberación de los abogados de toda obligación de silencio, para que ninguno de ellos pudiera decir que se reservaba por compromiso algún secreto vinculado al caso Sacco y Vanzetti. Todo sería revelado y conocido por todos los hombres.

Recordaba esto de carácter general, pero nada más. Estaba completamente obsesionado pensando en el instrumento de muerte que veía y en los por qué y para qué de ése y de otros aparatos semejantes. Cuando era tan simple abrir una vena o beber un vaso de veneno, como lo había hecho Sócrates, ¿por qué tiene el hombre que inventar continuamente nuevos aparatos, una guillotina, una horca automática, una cámara de gas, una silla eléctrica…?

—En toda mi vida, que yo recuerde, amigo mío, creo no haber cometido nunca un crimen del cual avergonzarme, ni siquiera una acción maligna —decía Vanzetti—. No es que yo sea un hombre mejor que otro; yo soy un hombre sencillo y lo que digo de mí, se

podría decir de todos los hombres sencillos. Así que usted no tiene por qué preocuparse por mi inocencia. Yo soy inocente.

Ahora recordó el profesor las palabras del abogado. Él lo había dicho más o menos así: Que aunque él estaba absolutamente convencido de la inocencia de Sacco y Vanzetti, quería ahora, en esta última hora, una declaración de ellos en ese sentido, para poder enfrentar con ella a quienes mataban fríamente a dos seres inocentes.

El profesor pensaba que ésta era una actitud egoísta de parte del abogado, sin embargo, Vanzetti le contestó tan amable y bondadosamente, como si ésta fuera una conversación de carácter filosófico que se desarrollaba frente a la chimenea en el hogar de un hombre que todavía tiene muchos años de vida por delante.

Fue con ojos curiosos —aunque velados por la pena— que el profesor observó a Bartolomé Vanzetti. La frente alta, con leves indicios de calvicie, señorial y majestuosa, las hermosas cejas, los ojos profundos y brillantes, la nariz larga y recta, el imponente bigote, y debajo la boca ancha y sensible y la barbilla redondeada.

«¡Qué hombre bien plantado!» pensó el profesor. «¡Qué esplendor hay en su estampa y en sus rasgos! Tiene el aire de un rey, pero no su altivez. ¿Cómo se hace un hombre así? ¿De dónde sale este hombre que con tanta dignidad espera la muerte?».

Y como en respuesta a sus pensamientos, Vanzetti se dirigió a él, diciéndole que estaba encantado de conocerlo, y agradeciéndole por lo que había hecho por ellos.

—Lo que yo hice no tiene importancia.

—La tiene, sí, y mucha. Cuando yo pienso en cómo hombres como ustedes han venido a ayudarnos a Sacco y a mí, mi corazón desborda de alegría. Créamelo.

—Créame —repitió, dirigiéndose ahora al abogado—. Yo quisiera poder expresar la gratitud que siento por todos ustedes. Ustedes me dicen que tenga esperanzas, pero sé a qué atenerme. También lo

sabe Sacco. Esta noche vamos a morir. Yo tengo miedo a la muerte, pero estoy preparado para ella. No una vez, mil veces hemos muerto ya Sacco y yo, por eso estamos preparados. Morimos por la causa de la humanidad, para que se acabe la explotación y la opresión del hombre por el hombre. Yo estoy lleno de tristeza, porque no voy a ver más a mi hermana ni a mi familia, ni a nadie. Pero no todo es tristeza. También hay un triunfo, porque los hombres van a recordar lo que nosotros sufrimos y lucharán mejor por un mundo justo.

—Yo quisiera creer como usted cree, Bartolomé —dijo el abogado.

—¿Y por qué? ¿Cómo podría usted? Usted ve aquí a Vanzetti que espera la muerte. El hombre está terminado, pero ¿qué entró en la formación de ese hombre antes de que terminara su vida? Yo me llamo ahora un hombre consciente de su clase. Pero yo no nací así. Yo nací como usted, y después, cuando llegué a ser un hombre grande, también sabía muy poco. En todos esos años que viví en los Estados Unidos trabajé por tres y nunca tuve nada.

»Pero en mi corazón nació un gran amor por la gente que trabajaba a mi lado. Yo dejé de ser un italiano. Yo creo ahora que éste es mi pueblo. Después trabajé en un horno de ladrillos en Connecticut, y después en una cantera en Meriden. Dos años trabajé con el pico y la pala en la cantera y allí aprendí el hermoso dialecto toscano. Porque allí trabajan muchos toscanos. Pero el patrón nos odia, no importa qué idioma hablemos: "Trabajen, trabajen gringos mugrientos".

»Un norteamericano pica piedras a mi lado y un día me dice. "Eh, Bartolo, aquí hay dos idiomas, uno para el patrón y otro para nosotros", y me sonríe, y yo lo quiero a partir de ese momento. Y así aprendo que la conciencia de clase no es una consigna inventada por los agitadores, sino una fuerza vital. Penetra en mí y entonces yo dejo de ser un animal, una bestia de carga, y me convierto en un ser humano.

»Y este norteamericano me habla, y siempre me decía: "Mira tus

manos, Bartolo. Todo el mundo está *hacido* por tus manos, pero siempre se lo lleva otro. Hasta el fusil con que matan a tu hermano lo has hecho tú, pero el que come el pan que tú amasas, ése no hace nada, nada, Bartolo, nada. Mírate las manos, Bartolo", me dice. "Qué fuerza tienes en las manos." Yo al principio no lo entendía pero fui entendiendo poco a poco.

»Y ahora me matan porque yo llegué a comprender que algún día todos los hombres vivirán como hermanos. Bueno, yo no soy el único que va a morir por eso. Pero usted está ahí afuera, mi querido amigo. ¿Por qué iba a creer usted en lo que yo creo? Yo soy obrero, siempre».

—Yo no estoy en contra de ustedes —dijo el abogado—. Bartolomé, usted debe comprender que yo no estoy contra ustedes. Pero yo no creo que esto se pueda solucionar con la amargura y el odio.

—Usted no quiere que yo esté amargado —dijo Vanzetti—. ¿Y cree usted que yo debiera tener mi corazón rebosante de amor por el enemigo que me manda a la muerte?

—Después de esto podría haber violencia, y odio, y muerte apilada sobre muerte. ¿Es eso lo que quiere, Bartolomé?

—¿Acaso quise eso alguna vez? —preguntó Vanzetti con una ligera sonrisa—. Nos llevaron al tribunal, y el juez habló y dijo que éramos gente amiga de la violencia. El fiscal le dijo al jurado. «Éstos son hombres terribles, malos, violentos». Pero ¿qué acto de violencia hemos cometido Sacco o yo? ¿Acaso hemos levantado la mano para herir a alguien?

»¿Es un acto de violencia dirigirnos a nuestros hermanos trabajadores y decirles: "Oye, quizá no esté del todo bien que tú amases todo el pan y te den sólo un mendrugo"? No, mire, yo soy una víctima de la violencia. Siete años hace que estoy encerrado en la cárcel, torturado, tratado como un criminal. Siete largos años en un calabozo. Eso es violencia. Nunca se ejercito tanta violencia sobre un ser humano como la que hemos padecido Sacco y yo.

»Nos eligen y nos informan que hemos cometido crímenes terribles en un lugar que ni conocemos, al que no hemos ido nunca, un lugar que ni siquiera hemos visto en nuestra vida. Después nos juzgan y nos maldicen y nos calumnian, y durante años y años nos tienen encerrados en una celda oscura. Eso es violencia.

Para cualquier ser humano, basta con una muerte; para Sacco y para mí, mil muertes, y aún no les resulta bastante. Día tras día debemos morir una y otra vez. A usted lo respeto como un hombre bueno y como a un amigo, pero ¿cómo puede usted venir aquí a hablarme a mí en contra de la violencia? Yo no practico la violencia.

»¿Hubo acaso una época en que el hombre se pronunciara por la hermandad de los hombres y por una vida mejor y no lo acusaran de incitar a la violencia? Así pasó con Jesucristo. Yo no comparo a Sacco y a mí con Jesucristo; además, no soy religioso. Pero ustedes que toman el nombre de Cristo, y se denominan cristianos, ustedes nunca han dejado de crucificar».

Y ahora, el abogado le preguntó con la voz baja y agitada, por primera vez:

—Bartolomé, ¿se vuelve usted contra mí? ¿Acaso he hecho yo esas cosas? ¿Acaso mezquiné mi esfuerzo por ganar su libertad y por probar una inocencia de la que no dudaba?

—No, yo no me vuelvo contra usted. Yo nunca me vuelvo contra un amigo ni un camarada, puede usted estar seguro. Pero ¿cómo es posible que esta terrible calumnia de la violencia nos siga hasta aquí, hasta la misma Casa de la Muerte? ¿Cree usted que quiero morir? Le voy a decir algo. Estuvo aquí un periodista, un redactor de un periódico obrero, un hombre bueno, y yo le pedí y le rogué que volviera trayéndome un revolver, para que no me sacaran de acá y me llevaran al matadero como un buey, para que pudiera luchar y caer luchando y salvar mi dignidad humana. Pero él no pudo volver, o quizá no quiso. Y ésta es la única violencia que se me ha ocurrido en mi vida.

«Pero siempre oigo el grito de violencia de los ciudadanos honorables que dicen: “Ellos deben morir porque ejercitan la violencia contra mí. Cristo debe morir porque incita a la violencia. Galileo debe morir porque nos ataca. Giordano Bruno, y también Lenin”, también de él dicen que es un hombre que incita a la violencia y que destruye lo que es legal y justo. Y yo le pregunto ahora: ¿qué es legal y justo? ¿Matar a Sacco y Vanzetti, es eso legal y justo?».

—¿Acaso he dicho yo eso, Bartolomé? Aún no ha sido pronunciada la última palabra acerca del bien y del mal. Yo creo en un dios todopoderoso, que pesa esos asuntos en sus propias balanzas, y nunca voy a aceptar la idea de que no hay otra instancia de apelación más allá del gobernador del estado de Massachusetts.

Ahora decayó la voz de Vanzetti y se hizo apagada y grávida de soledad:

—¿Cree usted eso? —le preguntó—. Yo no. Muchas veces me pregunto cómo es que tantos hombres buenos no creen en su Dios, en su juicio final. Y los que creen, temen a la muerte, exactamente igual que los otros.

—Sin embargo —dijo el abogado—, yo creo firmemente que hay una vida después de ésta.

El profesor de Derecho Penal miró a su colega. No había ni la sombra de una duda, en la voz del abogado. Tampoco la había en la firmeza con que enfrentaba la mirada de Vanzetti. Era un hombre honesto, el abogado. Y estaba lleno de orgullo y de seguridad. Había luchado en todas las instancias de ese caso. Había peleado hasta el final, pero todo eso no lo había hecho vacilar. Su firme fe y su creencia eran en sí mismo, en sus amigos, en su casta y en su clase, su filosofía personal, y su fortuna, y el dinero —que a su nombre—, lo guardaba en el banco. Y por todo eso, él no estaba perturbado, y por todo eso podía manifestar ahora, tranquilamente, su fe en la vida eterna.

En cierto sentido el profesor de Derecho Penal envidiaba a ese abogado; porque el profesor de Derecho Penal no tenía ninguna fe

que no estuviera hondamente perturbada esa noche, y en ningún momento podían su orgullo y su posición ni su riqueza darle la seguridad que el otro ostentaba. Pero cuando alzó la vista y la dirigió del abogado a Bartolomé Vanzetti, vio que éste no era ni un ápice menos seguro que el otro. Hasta en sus últimas palabras, a Vanzetti no le había temblado la voz. Conservaba su calma. Los grandes planos esculturales y los ángulos tallados en su noble cabeza reflejaban todavía una profunda serenidad que era casi indescriptible.

Fue esta serenidad la que se grabó, la que entró más hondo en la mente del profesor en todo el curso de la entrevista y evocó allí en el fondo, algo de hacía mucho, mucho tiempo. Una y otra vez una respuesta, un eco de esa asombrosa serenidad se aproximaba al umbral de la conciencia del profesor, y las palabras casi llegaban a sus labios y después, una y otra vez, ese recuerdo retrocedía y se tornaba inasible.

El profesor de Derecho Penal ansiaba desesperadamente poder decir algo aquí y ahora que pudiera ofrecer a Vanzetti una creencia distinta de la que había recibido. El profesor no estaba totalmente seguro de que éste no fuera el último contacto de los dos condenados con el mundo exterior, y sentía con una abrumadora sensación de frustración que ese contacto se limitaba a la conversación que hasta entonces se había desarrollado.

Conocía lo bastante de la vulgaridad de la vida y el vivir cotidiano como para comprender que ningún pensamiento poderoso podría surgir en los pocos minutos que le quedaban, y sin embargo seguía pensando —también como parte de ese recuerdo que perseguía y que tan provocativamente se presentaba cada tanto al borde de su conciencia— que podría surgir alguna frase notable y espléndida, llevando en sí la sustancia vital de estos dos hombres, asegurándoles la única inmortalidad en la que él mismo estaba seguro de creer.

Vanzetti seguía pensando en la acusación de violencia:

—Me resulta extraño —decía—, que usted venga aquí a hablarme

contra la violencia. Yo estoy aquí en una celda, esperando que me lleven a la silla eléctrica y usted viene a hablarme contra la violencia. ¿Tengo yo acaso poderes mágicos para crear la violencia partiendo de la nada?

»No, no los tengo; la violencia aparece cuando se ha cargado demasiado peso sobre las espaldas de la gente. ¿Qué clase de mundo han hecho ustedes? ¿Acaso un mundo sin violencia?

»En el juicio, el fiscal nos acusó a Sacco y a mí de no haber querido luchar en una guerra en la que fueron asesinadas veinte millones de almas. Y sin embargo, a Sacco y Vanzetti se los acusa de incitar a la violencia y de ejercerla.

»¿Qué mundo han hecho ustedes donde tan pocos viven del sudor y el sufrimiento de tantos? Todo su mundo es un mundo de violencia. Usted es mi amigo y créame, yo lo quiero y lo honro por lo que usted ha hecho por nosotros, pero también sé que ése es su mundo y no el de Sacco ni el mío. Algún día eso será distinto, pero ¿sin violencia? No sé. Ustedes crucifican a Jesús no una vez, sino muchas veces, siempre que aparece. Sacco está escuchando cada una de mis palabras, y Sacco es un hombre sencillo, que habla mal en inglés, pero Sacco es como el mismísimo Jesucristo en su pureza y en su bondad, y dentro de un rato Sacco deberá morir…».

El profesor de Derecho Penal no pudo escuchar más ni soportar más, ni oír más esto. El mecanismo de sus oídos seguía funcionado, pero por un proceso psicológico pudo desprenderse de la significación de los sonidos que percibía. Ahora sólo le preocupaba cazar ese recuerdo que estaba persiguiendo, hasta que por fin, como una persona que despertara de un trance se repuso y descubrió que la entrevista había terminado. Estrechó la mano de Vanzetti y se sorprendió un poco de que aquel contacto fuera cálido y el apretón firme. Y de cerca miró profundamente los ojos pardos del hombre.

—Adiós y muchas gracias, amigo mío —dijo Vanzetti, pero el profesor no pudo contestarle. No pudo hablar hasta que no hubieron cruzado los pesados portones de la cárcel, cuando el abogado

recordó con alguna sorpresa que había estado callado todo el tiempo. Pero ahora el profesor acababa de hallar lo que había estado buscando en su memoria, y pudo decir:

—Cuando oímos esto estábamos avergonzados y retuvimos las lágrimas.

—Me parece que no le comprendo —dijo el abogado. Estaba agotado y hondamente perturbado por el momento que acababa de pasar.

—¿No? Lo siento —dijo el profesor—. Estuve tratando de recordar algo, y ahora lo recuerdo.

—Resultaba una escena familiar —dijo mecánicamente el abogado.

—¿Sí, recuerda usted? *Hasta aquí, hasta entonces, la mayor parte de nosotros pudimos, aunque con dificultad, retener las lágrimas, pero cuando lo vimos beber y después de que hubo terminado de beber, y no pudimos más, y a pesar mío, las lágrimas me salían en torrentes, de modo que, cubriéndome la cara con las manos, lloré por mí, porque yo no lloraba por él, sino por mi propia desgracia al verme privado de tal amigo*.

El abogado asintió tristemente. Ahora los dos hombres estaban parados en el crepúsculo agonizante esperando el automóvil que el alcaide había prometido enviar para llevarlos, cruzando el río, a la ciudad.

Las palabras del profesor de Derecho Penal habían excitado los recuerdos del abogado, y éste empezó a pensar en voz alta:

—¿Qué fue lo que Sócrates dijo entonces? ¿Lo recuerda usted?

—He oído decir que es bueno morir rodeado de buenos augurios. Tranquilícense, entonces, y aguántenlo.

Y viendo que ahora gruesas lágrimas corrían por las mejillas del profesor, y viendo su figura recortada sobre la semipenumbra del

anochecer, encorvado, como un grande y feo animal herido, el abogado se abstuvo de formular más preguntas o de seguir conversando.

Capítulo XV

Vanzetti se quedó parado junto a la puerta de su celda, retenido allí por sus propios pensamientos y por el eco silencioso de todo cuanto acababa de decir; pero los otros dos hombres estaban echados en sus camastros, los dos de espaldas, los dos con sus grandes ojos opacos, contemplando el atroz misterio de su futuro, ¡ay!, tan inmediato.

Vanzetti tenía las manos delante, los dedos curvados en las rejas de la ventana de la celda. Miraba sus manos que eran él mismo, y otra vez se planteo en su mente la pregunta de cómo sería cuando toda su persona, su ser y sus conocimientos se volvieran nada, una nada sin recuerdos y sin despertar.

El temor lo recorrió como un viento frío e irresistible del que vanamente trató de guarecerse; ahora ya no quería que postergaran la ejecución; era, tal su desesperación que si hubiera podido matar con la sola fuerza de su pensamiento, lo habría hecho. Pero al pensar en sí mismo de esa manera, pensó en Sacco, y supo que lo que él sufría, también lo estaba sufriendo Sacco. Su corazón se llenó de piedad por éste y lo llamó:

—Nicolás, Nicolás, ¿me oyes?

Con los ojos muy abiertos, Sacco soñaba en su vigilia, sus pensamientos viajaban hacia atrás como un barco que surcara un mar de arenas. Todo se convertía en su contrario; si recordaba un momento de alegría lleno de risas, dentro de él se tornaba en una infelicidad húmeda de lágrimas. Se esforzaba por recordar un episodio, pero en el momento en que la anhelada visión se reproducía en su mente, trataba de alejarla. Recordaba todas las veces que, con su esposa, Rosa, habían tomado parte en festivales artísticos de aficionados. Rosa era hermosa, y elegante y talentosa, y él siempre

pensó que ella podía haber sido una gran actriz.

Él siempre había sabido cuán maravillosa era, y nunca pudo comprender el misterio que rodeaba el hecho de que ella se hubiera casado con él. Siempre había creído firmemente que nadie lo entendía, y que todos comentaban: «No alcanzo a comprender por qué la bella Rosita se ha casado con Nick Sacco. ¿Qué le ha visto?». A lo cual, sin duda otro contestaba: «Nunca falla; las mujeres feas se casan con hombres buenos mozos y los hombres de aspecto más vulgar se llevan las mujeres más bellas. Así tiene que ser, la vida se encarga de repartirlo así. Si no fuera por esa sabia disposición de la naturaleza, habría dos razas en el mundo: los muy lindos y los muy feos».

De todos modos ella se había casado con él, y cada noche se repetía a sí mismo la esencia del milagro en términos de descubrimiento y gratitud.

«Rosa se ha casado conmigo», se decía, «es un hecho evidente».

Ahora se lo repitió y esa certeza lo hirió como un dolor físico que apretara su ya torturado corazón. Cuando alejó este dolor, una nueva escena lo reemplazó. Él y Rosa habían dado una audición de un sencillo arreglo de *La Divina Comedia*. Lo habían hecho ellos mismos, del modo más simple, pero también muy eficaz. Por ejemplo, cuando Rosa decía:

Ahora cuando el pobre Ícaro sintió derretirse la ardiente cera,
y perderse las alas, oyó a su padre decir.
Dolor, dolor, has volado demasiado alto hijo mío.
Sacco contestaba:
Entonces sentí, al verme cayendo en el vacío
con nada más que aire en derredor, nada qué mostrar,
ni una luz, ni una imagen más que la imagen de la bestia atroz.

También a este pensamiento lo arrojó de sí, preguntándose por qué había elegido su mente estos dos versos italianos. Fue más de lo

que podía soportar y se volvió sobre su vientre escondiendo el rostro en las palmas de sus manos húmedas de llanto, y su boca modulaba en ellas la palabra «Rosa, Rosa, Rosa…», hasta que hubo pasado ese atroz espasmo de pena y de temor y una vez más volvieron los recuerdos, ofreciéndole esta vez imágenes de huelgas y piquetes, y lugares donde se reunían los obreros para considerar qué podía hacer un puñado de ellos sin unidad ni sindicatos.

Trató de separar todas estas cosas en su memoria para catalogarlas, pero había tantas huelgas y tantos piquetes, tantos episodios: los operadores de Hopedale, los zapateros de Milford, los textiles de Lawrence, los pálidos hombres y mujeres de las fábricas de papel. Vio otra vez al final de cada una de estas minúsculas reuniones cuando se hacía circular el sombrero para la colecta. Era entonces su costumbre arrugar un billete de cinco dólares y hacerlo un bollito en la palma de la mano para que nadie pudiera verlo ni saber cuánto daba, y para que nadie se sintiera avergonzado o mortificado por tener que dar menos.

Ésa era la época en que ganaba de dieciséis a veintidós dólares por día, trabajando un turno y medio como obrero calificado del calzado. Era mucho más dinero del que ellos necesitaban, Rosa decía: «Sí, sí, ayúdalos, ayúdalos. Son buenos camaradas».

Pero aunque ganaba veintidós dólares por día, renunció y dejó ese trabajo cuando empezó la guerra, y estuvo hablando de eso con Rosa toda una noche, de ese sentimiento que le impelía a matarse antes de tomar un arma en sus manos para matar a otro obrero como él, sea alemán o húngaro o austriaco o cualquier otra cosa.

Rosa había comprendido. Una cualidad que había entrado en sus relaciones desde el principio fue la inmediata y profunda comprensión por parte de cada uno de ellos de los problemas del otro. Mucha gente, amiga suya, solía decir. «Oh, Sacco. Sacco es un hombre sencillo, sin complicaciones».

Quizá lo fuera, pero esto lo hacía sentir más profundamente, no menos profundamente, y del mismo modo era simple y directa su esposa. Se comprendían muy bien. Cuando Sacco veía hombres y

mujeres que no se llevaban bien, que continuamente tenían incidentes y rencillas, se sentía invadido por la piedad, igual que cuando veía un baldado. Conocía hombres adúlteros, pero para su modo de pensar, no eran responsables de sus actos, eran como animales enloquecidos.

Sólo tenía que mirar a Rosa. No es que su casamiento hubiera sido siempre un sueño de romántico amor. Solían enojarse el uno con el otro, tener discusiones, guardar silencio ciertos periodos; pero siempre estos periodos se cortaban y todo se decían y nada quedaba oculto. Era una condición de igualdad así como la franqueza, porque ninguno excluía nunca al otro de ninguna parte de su vida. Y a sus amigos siempre les parecían dos niños enamorados y unidos como compañeros al mismo tiempo.

Esta condición le parecía a Vanzetti la más maravillosa que había visto entre dos seres humanos. Particularmente lo fascinaba el modo franco y directo con que Sacco se dirigía a su mujer. Un día Vanzetti había llegado a su casa, y hallándola vacía —ellos nunca cerraban la puerta, pensando que si alguien necesitaba sus pobres bienes era preferible que se los llevara— se sentó en la sombra del frente a esperar que volvieran. Vanzetti estaba sentado en un ángulo formado por los escalones y la pared; allí estaba cómodo y fresco en esa tarde de verano, y no fue visto por Sacco y Rosa que regresaban.

Ocurría que en esa época estaba embarazada de su primer hijo, y por esa razón caminaban muy despacio; pero como suele ocurrir con muchas mujeres, la gravidez la había dotado de una cierta luminosidad, de un tinte sobre su belleza, como si debajo de su piel hubiera una gran luz que se extendía por todo su cuerpo. Ella y Sacco se tenían de la mano, y Mientras caminaban, cada tanto se volvían para sonreírse el uno al otro. Era un gesto tan simple y tan natural que Vanzetti se sintió abrumado, y como lo manifestó después, se sintió invadido por el deseo de llorar ante la simple dicha de esa bienaventuranza.

Sacco guardaba su propio recuerdo de ese día. Habían caminado

hasta el arroyo Stilton, y allí se habían sacado las medias y los zapatos y se habían sentado en una gran piedra con los pies en el agua. Cantaron juntos la deliciosa canción que había sido escrita con un propósito tan tonto como el de celebrar la inauguración de un ferrocarril en Italia, y después se pusieron a hablar del nombre de su futuro hijo.

—Si es varón —dijo él, iniciando la infinita, amorosa discusión—, Antonio.

—No. —Ya se habían puesto de acuerdo en que sería Dante—. ¿Por qué estás siempre cambiando de idea?

—Es que quizás sean dos mellizos, y entonces necesitaríamos dos nombres.

—No. No serán mellizos.

—¿Y una nena?

—Yo creí que ya nos habíamos puesto de acuerdo en que Inés es el nombre más bello del mundo.

—No, es Rosa.

—Nick —había dicho ella entonces—. Supónte que alguien nos escuchara decir estas cosas tan tontas como la conversación de una parejita de adolescentes que acaban de enamorarse. Tenemos demasiado, Nick. Muérdete el puño.

Él se lo mordió y Rosa empezó a llorar.

—¿Rosa, por qué lloras?

—No lo sé, necesito llorar —contestó ella simplemente.

Él la beso y ella dejó de llorar. Se quedaron sentados un momento. Y después volvieron atravesando un prado de flores silvestres, y él empezó a cortar margaritas, petunias, tréboles y violetas, como un niño, entretejiendo con las flores una guirnalda para adornar los cabellos de Rosa.

Después, de la mano, volvieron caminando a su casa donde finalmente descubrieron a Vanzetti sentado en la sombra; y de pronto él, Sacco, se sintió abrumado por sus riquezas y por la soledad de Vanzetti y pensó:

«¡Pobre Bartolo; pobre, pobre Bartolo!».

Otra vez una aguda punzada de dolor le cortó el recuerdo. Sacco clavó los dientes en la palma de su mano, mordiendo cada vez con mayor fuerza, en la esperanza de que un dolor anulara al otro. Y fue a través de esta nube de pena y de angustia que le llegó la voz de Vanzetti, el tono sereno, calmo, tranquilizador de la voz de Vanzetti que lo llamaba:

—Nicolás, Nicolás, ¿me oyes? Nicolás, ¿qué estás haciendo? Dímelo, querido amigo.

Sacco se sentó en su camastro, alejando los recuerdos y el pasado, como quien se aparta de su peor enemigo. Y trató de contestar a Su amigo en la misma voz que éste le había hablado. Pero para él era imposible hablar sin traicionar su pena. Todo lo que pudo decir fue:

—Aquí estoy, Bartolo. —Y después agregó, presa de un súbito pánico—: Bartolo, Bartolo, ¿qué hora es? ¿Qué hora crees que es ya?

—Deben ser entre las ocho y las nueve de la noche —le contestó Vanzetti hablando en italiano—. No lo bastante temprano como para torturarnos demasiado con la espera, pero tampoco lo bastante tarde como para que perdamos las esperanzas.

—¿Qué es lo que esperas? —preguntó Sacco—. Yo ya he consumido toda mi capacidad de espera. Esta vez sé que hemos llegado al fin, y ya no importa. Ya no quiero esperar. Quiero solamente que esto se acabe de una vez.

—Nicolás, ¡qué manera de hablar! —dijo Vanzetti, casi con ligereza—. ¿Son acaso nuestras posibilidades peores que las de alguien que padezca una terrible enfermedad? Para decirte la verdad,

creo que nuestras posibilidades han mejorado. Nuestra dificultad está en imaginar lo que está ocurriendo afuera. Empezamos a pensar que estamos solos. La soledad es nuestro enemigo.

«En lugar de eso, trata de pensar en cómo debe de estar por todas partes, en cuántos centenares de miles de trabajadores tienen nuestro nombre en sus labios y no nos van a dejar morir. Yo puse mi vida en sus manos, Nicolás. Por eso estoy tan tranquilo. Puedes oír en mi voz esa tranquilidad, ¿no es verdad? Y ésa es la razón. Hay millones de seres que nos rodean y nos apoyan».

—Puedo oír la serenidad de tu voz —convino Sacco—, pero no puedo comprenderla.

—Es muy simple de comprender —dijo Vanzetti—. Mis ojos se han desarrollado mucho últimamente, y puedo ver a través del par de piedras que constituyen esta cárcel. Sabes, Nicolás, negará el día en que habrá una raza de hombres en esta tierra que mirarán esta cárcel sucia y miserable así como nosotros miramos hoy las chozas de paja en que habitan los salvajes. Yo tengo ojos para verlo y conocimiento para comprenderlo. Te puedo asegurar, Nick, y no lo digo para levantarte el ánimo, que ahora estoy mejor que cuando ingresé en la cárcel. Entonces mis ojos eran más jóvenes y aunque no tenía a mi alrededor los muros de la prisión, igual no veía nada.

Primero fui a trabajar como lavacopas a un aristocrático club masculino de Nueva York, adonde iban los ricos a pasar las horas que no podían llenar de otro modo. Dieciséis horas por día trabajaba entre el calor y la oscuridad, lavando vajillas, respirando la mugre y el vapor y los malos olores, y aun cuando alzaba los ojos no veía nada.

«De ese a otros empleos: lavacopas, peón, con un pico y una pala para picar piedras, vendiendo mi cuerpo y mi juventud y mis fuerzas por dos dólares al día, por tres dólares al día. Sí, y una vez, Nick, una vez, ¡créemelo, por sesenta centavos al día y un plato de sopa! Cuando miraba a mí alrededor, no veía más que desesperanza. Había muros por todas partes, más gruesos y más altos que esta

cárcel. Pero ahora, te lo juro, mis ojos pueden ver el futuro. Yo, Bartolomé Vanzetti, de todas maneras, no podía haber vivido eternamente. Tarde o temprano iba a morir. Pero de este modo, te lo aseguro, tú y yo, Nick, viviremos para siempre, y nuestros nombres nunca serán olvidados».

En su celda, el ladrón escuchaba, sin comprenderlo todo, pero pescando un poquito allí y otro acullá, a través del pobre portugués y el poco de italiano que hablaba y comprendía. Y gritó como un niño:

—¿Y dónde estaré yo, Bartolomé? ¿Estaré yo también en ese futuro?

—Pobre hombre —dijo Vanzetti—. Pobre hombre.

Madeiros fue hasta la puerta de su celda y empezó a rogar:

—¿Y que hay para mí, Bartolo? Nunca en mi vida conocí dos hombres como ustedes. Ustedes dos son los primeros en toda mi vida que me hablan con amabilidad, como si yo fuera un ser humano y no una bestia. ¿Pero de que sirve ahora, Bartolo? Desde el comienzo, yo no tuve ninguna oportunidad.

—Eso es cierto. Nunca tuviste oportunidad.

—Lo escucho a Sacco. Sacco me cuenta que tenía un jardín, que todas las mañanas se levantaba a las cuatro para trabajar en su jardín, y que todas las noches, al volver de la fábrica, trabajaba otra vez en su jardín mientras quedaba un poquito de luz. Yo lo escucho a Sacco, y él me traza el cuadro de un hombre con los brazos llenos de frutas recién cosechadas, y él las reparte a aquellos que las necesitan y no tienen fruta. Pero, Bartolo, en mi vida yo no he cosechado más que yuyos y cardos.

—Cosechaste lo que no habías plantado —dijo Sacco—. Pobre ladrón, lo que nunca habías sembrado.

—¿Entonces, ustedes dos son amigos míos? —preguntó Madeiros.

—¡Que cosas preguntas! —contestó Vanzetti—. ¿No ves que sí, Celestino? Los tres estamos unidos por lazos eternos. Dentro de unas horas dejaremos esta celda, y en todo el mundo se dirá: Sacco y Vanzetti y un ladrón han perecido. Pero aquí y allí, en todas las tierras del mundo, en el fondo de su corazón, los horribles sabrán que tres seres humanos han sido asesinados. Nos arrastramos un paso más adelante en la simple comprensión de ese hecho.

—Pero —protestó Madeiros—, yo soy culpable y ustedes, inocentes. Si hay un hombre en el mundo que sabe positivamente que ustedes son inocentes ese soy yo. Les digo que soy yo, Yo lo sé.

Ahora lo arrastraron sus emociones y pasiones y empezó a golpear la puerta de la celda con sus puños, gritando a todo pulmón:

—Inocentes, me oyen, inocentes. ¡Aquí van a matar a dos inocentes! ¡Yo lo sé! ¡Yo soy Madeiros, ladrón y asesino! ¡Yo estaba sentado en ese automóvil en South Braintree! ¡Yo fui cómplice del delito y del asesinato! ¡Yo conozco los nombres y los rostros de los verdaderos asesinos! ¡Aquí van a matar a dos inocentes!

—Tranquilo, tranquilo —dijo Vanzetti—, tranquilízate, muchacho. ¿De qué sirve gritar? Habla en voz baja y todo el mundo te oirá, te lo aseguro.

—Y habla despacio, hijo mío —dijo Sacco—. Despacio y suavemente como te dice Bartolo. Escucha a Bartolo. Es un hombre muy sabio, el más sabio que he conocido en mi vida. Tiene mucha razón cuando te dice que si hablas despacio todo el mundo te oirá.

Madeiros dejó de gritar, pero siguió aferrado a la puerta de su celda. Su amargo llanto, su pena, su frustración y su desesperanza tuvieron un profundo efecto en los dos hombres de las celdas vecinas. Cada uno de ellos se sentía como un padre de este pobre, desgraciado ladrón. Los dos estaban pensando en los mismos términos, en un pobre muchacho que había venido ciego al mundo y que nunca había abierto los ojos.

Sus propios derroteros eran trazados por el hombre, y cuando mi-

raban el curso de sus vidas los dos podían identificar paso a paso las acciones deliberadas y conscientes que los habían traído a este fin. Sin embargo comprendían que Madeiros no pudiera hacer esto, que para Madeiros todo fuera predestinado e inevitable, una semilla amarga y retorcida, plantada en una tierra que algún otro había arado.

En respuesta a los gritos de Madeiros, llegaron corriendo dos guardias, y con ellos, un enfermero de la enfermería de la cárcel, pero Vanzetti les dijo que todo estaba en regla y que se fueran.

—Sí, pero gritar en esa forma… —empezó a decir uno de los guardias.

—También usted gritaría —le interrumpió bruscamente Vanzetti—, si pudiera contar los minutos y los segundos que lo separan de la muerte. Ahora váyase y déjenos tranquilos.

Después los dos, él y Sacco, empezaron a hablar con Madeiros. Durante media hora, conversaron con él, amablemente, sabiamente, y demostrando su profundo interés. En cierto sentido, Madeiros les había hecho un valioso regalo; porque en su preocupación por él, olvidaron por un momento sus propios terrores.

Sacco le habló a Madeiros de su hogar, de su mujer, y de sus dos hijos. Le contó divertidas anécdotas sobre cosas pequeñas, como por ejemplo, la primera vez que sonrió su hijo, Dante. Y le contó la sensación que se experimenta al ver sonreír por primera vez a un niño de seis o siete semanas.

—Es como si se te partiera el alma —le dijo a Madeiros—. Está allí todo el tiempo, pero de pronto, como una flor bien regada, en un día de sol, sus pétalos se abren.

—¿Cree usted que los hombres tienen alma? —susurró Madeiros.

Vanzetti le contestó. Vanzetti estaba lleno de sabiduría y de ternura, y en los últimos días había vivido por muchos centenares de años. Le señaló a Madeiros cuánto tiempo hacía que los hombres estaban tratando de hallar una respuesta a esta pregunta.

—¿Es el hombre una bestia? —preguntó con suavidad—. Hijo mío, debemos ver esto: que muy a menudo aquellos que más se llenan la boca hablando de Dios, tratan a sus hermanos como si la existencia de Dios fuera imposible. Del modo que tratan al hombre, éste no tiene alma, porque la misma forma en que lo tratan lo prueba. Pero piensa ahora cómo estamos unidos nosotros tres. ¡Qué unidad constituimos!

»Estás tú, Madeiros que creciste en la amarga miseria de las calles y las callejuelas de Providence. Fuiste un ladrón y mataste a otros hombres. Y aquí a tu lado está Sacco, que es el mejor hombre que yo haya conocido, un buen zapatero, un buen obrero. Y yo, Vanzetti, que traté de ser un dirigente de mis hermanos, los trabajadores.

»Tú podrías pensar que somos tres personas muy distintas, pero cuando vamos al fondo del asunto, resulta que somos tan iguales como tres lentejas en un plato. Tenemos un alma que nos une, y que después se une con otros millones de almas, y cuando muramos, habrá una punzada en el corazón de toda la humanidad, y habrá un tal gesto de dolor que lloro de sólo pensar en él. Es de ese modo que nadie muere. ¿Me comprendes, Celestino?».

—No puedo decirte cuánto estoy tratando —contestó el ladrón—. En toda mi vida nunca traté con tantas ansias de comprender algo.

Ahora dijo Sacco:

—Celestino, nunca te lo pregunté antes, pero ahora dímelo. Cuando confesaste ese delito de South Braintree, ¿lo hiciste porque sabías que igual ibas a morir por tus otros crímenes, y por lo tanto no tenías nada que perder? ¿O lo hiciste por nosotros?

—Les puedo decir la verdad —contesto Madeiros—. Primero leí en los diarios sobre usted y sobre Vanzetti, y no se pueden imaginar cuánto tiempo estuve pensando en eso y tratando de comprender porqué tenían tanto interés en matarlos. Después un día vino su esposa a visitarlo, y yo la alcancé a ver. Entonces me dije: voy a hacer algo para que Sacco no muera, y en cuanto a mí, ya no me

interesa lo que pueda pasar.

»Ésa es la verdad. Quizás en todo el mundo no haya nadie que quiera creerme, quizás no me creería ni mi propia madre si estuviera viva. Ahora estoy diciendo la verdad. Si hay un momentito en toda la vida de un hombre en que éste dice la verdad lisa y llana, es en un momento como éste.

»Por eso les digo que sentí que quizá si lograba un nuevo juicio no me declararan culpable del asesinato. Pero sabía que una vez que yo confesara la verdad de lo que había pasado en South Braintree, todo estaría perdido y ya no tendría salvación. Lo sabía, pero de todos modos tenía que confesar la verdad de lo que allí había ocurrido».

—¡Ah! —gritó Vanzetti—. Allí hay algo. ¿Ves, amigo Nicolás, ves cómo son las cosas? ¿Qué más puede hacer un hombre que dar su vida por otro? Por eso es que perecemos nosotros. Damos nuestras vidas como rehenes de la clase obrera, pero ¿y Madeiros? Mira al pobre Madeiros y piensa en lo que le ocurre. Él dio su vida por nosotros. Celestino, ¿dime por qué lo hiciste? ¿Puedes decírmelo?

—¿Sabes? —dijo sencillamente el ladrón—. Yo me he formulado la misma pregunta cien veces. No sé decir la respuesta, no la puedo expresar, pero a veces la siento nítidamente.

Capítulo XVI

A las nueve de la noche llegó el sacerdote. Por su nacimiento, los tres habitantes de la Casa de la Muerte eran católicos apostólicos romanos, pero Sacco y Vanzetti ya habían manifestado explícitamente que ellos no querían, ni deseaban ni necesitaban esta clase de ayuda. Por ello el sacerdote vino para Celestino Madeiros, ladrón y asesino, y el alcaide lo acompañó hasta la solitaria cámara, teñida de muerte.

Mientras el reloj iba consumiendo las últimas horas y minutos del día 22 de agosto, y mientras se iba acercando el momento de la ejecución, la gente que de alguna manera estaba vinculada con ella, reflejaba este cambio, este ineluctable correr del tiempo. Si por una parte causaba un oscuro fortalecimiento en la extraña convicción del gobernador de Massachusetts, por la otra provocaba un ablandamiento en la natural reserva de esa madre china cuyo marido era barrendero en las calles de Pekín, y sus lágrimas reflejaban ese amargo, inevitable deslizarse del tiempo.

Si el presidente de los Estados Unidos se fue a dormir completamente tranquilo, sin nada censurable que pesara sobre su conciencia, un minero del cobre en Chile comió sombríamente su mendrugo, no le sintió ningún gusto y supo solamente que su corazón le pesaba cada vez más dentro del pecho. Y también en la prisión del estado de Massachusetts, las almas de los hombres se iban marchitando con cada hora que pasaba y sus rostros se iban tornando más tristes.

—Yo voy a entrar con usted —dijo el alcaide al sacerdote—. Pero le aseguro, padre, y es algo que no confesaría a ningún otro, que esta pequeña caminata es mi castigo; y que no guardo ningún agradecimiento para mi suerte que me hizo alcaide de una prisión.

El sacerdote acortó sus pasos para acompasarlos con los del hombre que lo guiaba. El sacerdote conocía los distintos modos de la muerte, el ritmo acompasado, la decadencia única, la extraña, lenta danza a los acordes de la triste música. Había estado muy cerca de la muerte en muchos lugares y en muchas circunstancias; pero este creciente conocimiento no se traducía en una mayor intimidad. La muerte no era su amiga, y ni siquiera su propio temor ante ella había cedido ni un punto en ese prolongado contacto.

Lo que había ganado en familiaridad, se compensaba por la más exacta apreciación que podía hacer ahora de su oscuro adversario; y mientras caminaba por los familiares y sombríos pasillos y corredores de la prisión del estado revisaba en su mente las posibilidades que se presentaban en esta poco envidiable misión de conversión.

Le habían dicho que había gran alegría en lugares distantes cuando se lograba el triunfo de salvar un alma; pero al marchar por estos túneles de piedra, no acertaba a visualizar en su mente la alegría que reinaría en salones radiantes si lograba la conversión de Sacco y Vanzetti o de un pobre desgraciado ladrón. Volvió a ensayar en su cabeza fragmentos de la conversación que suponía iba a tener con Sacco y Vanzetti. Pero cada vez, el mismo sacerdote retrocedía ante esa posibilidad que él mismo había edificado. Y de este debate consigo mismo, llegó a una decisión. La de no aventurarse por donde los ángeles temían deslizarse, y no intentar escalar las alturas que lo separaban de los dos solitarios izquierdistas. Sino más bien, concentrar sus fuegos donde había menos resistencia; en la dirección del alma del ladrón y asesino, Celestino Madeiros.

La culpa no lo atormentaría por haber tomado esta resolución, porque, ¿no era acaso evidente que el pecado de Sacco y Vanzetti era venal? ¿Qué estaba más allá del perdón o la reclamación? Estos dos hombres eran el extremo de la larga lengua del dragón rojo, ese monstruo tan particular de la época del sacerdote, la bestia que tal como ahora la veía se daba un festín con sus garras y sus colmillos de toda la dulzura de toda la riqueza, de toda la cultura de Europa.

Igual y todavía mayor regocijo habría seguramente con la noticia de que un ladrón y asesino —crímenes ciertamente no tan malos como aquellos otros— se había confesado y había pedido la absolución de sus pecados en su última hora.

Sin embargo, tenía que haber sido muy insensible el sacerdote para no recordar, mientras caminaba con el alcaide hacia la Casa de la Muerte, el singular paralelo que aquí se presentaba. Porque aquí había dos hombres amados por millones de seres, y que iban a ser crucificados, y entre ellos había un ladrón que también debía morir. Y por muy blasfema que le resultara la idea, no pudo dejar de comparar este final con el de Jesucristo; que también murió porque un Estado así lo quiso, y que tampoco estuvo solo en la agonía, sino que lo acompañaron en su viaje al ignoto futuro dos ladrones. Y pensando en esto, se dijo el sacerdote:

«Y bien quién sabe si este hombre, Celestino Madeiros, no ha sido puesto aquí con un propósito preconcebido, y quién sabe si también yo no soy enviado aquí premeditadamente. Si bien no alcanzo a comprender todo este propósito, es incuestionable que alcanzo a ver los contornos de un plan bien definido. Ahora, no siendo obispo ni cardenal, seguiré ese contorno hasta donde me lleve sin tratar de interpretarlo a fondo». Y volviéndose al alcaide le dijo:

—¿No servirá de nada hablar con Sacco y Vanzetti otra vez?

—No creo que sirva de nada, y por otra parte no creo que tengamos derecho a hacerlo.

—Entonces mi misión se reduce al ladrón —dijo el sacerdote, y recorrió en silencio el resto del trayecto hasta llegar a las tres celdas de la Casa de la Muerte. Aquí el aire estaba tan impregnado de fatalidad y tan helado de tristeza que el sacerdote se apretó contra el alcaide buscando su presencia humana para que le diera calor, y siguiéndole hasta la puerta de la celda de Madeiros, donde el alcaide dijo:

—Celestino, te he traído un sacerdote para que hables con él y te prepares para el fin por sí éste llega.

Por encima del hombro del alcaide, el sacerdote pudo ver el simple orden que reinaba en la celda de Madeiros. Había un camastro y unos pocos libros y nada más. Aquí, en este lugar, el hombre dejaba la tierra tan desnudo y tan desposeído como había llegado a ella. Con el rabillo del ojo, el sacerdote alcanzó a ver las celdas de Sacco y Vanzetti, pero resueltamente volvió la cabeza, fortaleciéndose para esta única tarea que requeriría ahora todas sus fuerzas.

Madeiros se incorporó y se sentó en su lecho. Estaba sentado con un aire más bien sereno, con la cabeza levantada, y ni siquiera se dio vuelta para mirar a la puerta de la celda cuando el alcaide le habló. Mirándolo, el sacerdote se preguntó si sabría Madeiros que eran más de las nueve de la noche, y que ya el tiempo, y todas las esperanzas concernientes a este mundo se habían acabado para él. Si Madeiros lo sabía, no parecía excesivamente perturbado, y dijo con voz muy serena:

—Le agradezco a usted y también al señor sacerdote, pero dígale que se vaya. No lo quiero, ni lo necesito.

—¿Ha estado así todo el día? —le susurró el sacerdote al oído del alcaide—. ¿Tan sereno y calmo?

—No, en absoluto —susurró el alcaide intrigado también él por la actual conducta de Madeiros—. Esto es muy nuevo. Desde muy temprano había estado muy alterado, incluso histérico por momentos. A ratos aullaba de horror, como aúlla un cerdo cuando el primer martillazo en la cabeza le anuncia que la muerte ha llegado.

—¿Y ahora qué le pasa? —preguntó el sacerdote.

—Puede usted hablar con él si lo desea —contestó el alcaide. «¿Cómo se aproxima uno al alma de un asesino para ganarla?» se preguntó el sacerdote. Porque nunca le había tocado un menester de ese tipo. «¿Dónde se debe entablar el combate?». Y entonces decidió que le haría a Madeiros un planteo tan simple y directo como el que le había hecho a él. Y le dijo al muchacho:

—¿Y por qué no quieres un sacerdote, hijo mío?

Esta vez Madeiros levantó la cabeza, volvió la vista hacia la puerta de la celda y enfrentó al sacerdote con una mirada tan clara y severa que penetró en él como una aguda lanza.

Volteándolo de sus preciosas torres de doctrina, de teología, de confianza en sí mismo. Y lo bajó a un nivel desde el cual pudo ver delante de él sólo a un muchacho que esperaba la muerte sin temerla.

Este milagro que es quizás el más profundo y asombroso de los milagros que en el mundo pueden ocurrir, perforó completamente la malla de sofismas y de hábiles argumentos con que el sacerdote se había armado y cubierto desde su propia niñez. Y al perforarla, tocó por un instante el alma del hombre que palpitaba debajo de esa malla. Entonces el hombre esperó una respuesta, y no se sorprendió demasiado cuando ésta llegó.

—Yo no quiero un sacerdote —dijo lentamente Madeiros, organizando sus palabras y sus pensamientos con gran dificultad y gran concentración—, porque él puede traer consigo el miedo y ahora yo no tengo miedo. Todo el día de hoy, y el de ayer, y el de antes de ayer, y el día antes de ese tuve miedo. Morí una y otra vez, y cada vez que moría sufría horriblemente. Ese miedo es la cosa más terrible del mundo. Pero ahora tengo aquí dos camaradas, se llaman Nicolás Sacco y Bartolomé Vanzetti y ellos me han hablado y han alejado de mí el miedo. Por eso es que no necesito un sacerdote. Si yo no tengo miedo de morir, entonces tampoco tengo miedo a lo que pueda haber después de la muerte.

—Pero ¿qué han podido ellos decirte? —preguntó con desesperación el sacerdote—. ¿Acaso pueden ellos darte la absolución de Dios?

—Me dieron la absolución del hombre —contestó Madeiros con la simplicidad de un niño.

—¿Vas a orar conmigo? —le preguntó el sacerdote.

—No tengo para qué orar, no tengo qué pedir —contestó Madei-

ros—. He encontrado dos amigos, y ellos me acompañarán hasta que abandone la tierra.

Y dicho esto se volvió a tender en la cama, con las manos plegadas bajo la nuca y los ojos cerrados; y el sacerdote no tuvo el coraje de volver a hablarle.

Así como habían venido, así se fueron; pero esta vez, cuando el sacerdote pasó frente a las celdas de Sacco y Vanzetti, miró por la reja y vio en ella a los hombres que se habían convertido en una nueva leyenda de la Nueva Inglaterra. Y cuando él los miró, cada uno de estos hombres lo enfrentó a su vez y cruzó su mirada con la de él.

Ahora el sacerdote avanzó con mayor rapidez por los túneles y los corredores de la prisión del estado; sin embargo, por muy rápido que caminara, pudo controlarse hasta el punto de no permitir que el alcaide se pudiera dar cuenta de que en realidad, estaba huyendo.

Detrás de él, en la Casa de la Muerte, existía un misterio que no sólo había desafiado a su comprensión, sino que había llegado a amenazar su existencia misma; y es de este misterio que estaba huyendo.

Capítulo XVII

El alcaide estaba muy satisfecho de haberse librado finalmente del sacerdote, porque quedaba mucho por hacer y ya eran casi las diez de la noche. La gente no se da cuenta de cuántos elementos entran en juego para una ejecución; se detiene en el horror del hecho. A veces, cuando estaba con ánimo de filosofar —¿qué alcaide de prisión no se siente filósofo?— este alcaide solía contemplar las muchas semejanzas que existían entre sus funciones y las del gerente de una gran empresa de pompas fúnebres. Bueno, así era y no por culpa suya, y si el acabar la vida estaba rodeado por un ritual más complicado que el comienzo de ese mismo proceso, no era él quien lo iba a cambiar, ni siquiera a resistir.

Primero, el alcaide se dirigió al refectorio anexo a la Casa de la Muerte, porque había destinado este comedor a los representantes de la prensa. Ya estaba ocupado por un gran número de aquellos periodistas que habían recibido invitaciones especiales, ya sea para presenciar personalmente las ejecuciones, o simplemente para estar a mano por si éstas se producían.

El alcaide conocía perfectamente la conveniencia de mantener buenas relaciones con la prensa, y se había apresurado a adelantarse a todos los deseos de los periodistas y a satisfacerlos. El olor de café caliente llenaba el aire del refectorio y había pilas de apetitosos sandwiches y ricas tortas sobre la mesa. El alcaide había comprado especialmente veintiocho libras de masas y tortas, porque sentía que si era importante que cualquiera que comiese el pan de una prisión comprobara que no estaba agusanado, mucho más importante era dejar contentos a los representantes del justamente llamado cuarto poder.

También la compañía de teléfonos había prestado su eficaz y generosa colaboración. Habían instalado seis líneas directas en ese re-

fectorio para que las informaciones detallando el curso de las ejecuciones pudieran salir sin impedimentos ni demoras a un mundo que las esperaba anhelante. Y el alcaide se había ocupado de que hubiera block de papel borrador y muchos lápices, para cualquier pensamiento u ocurrencia que a los señores periodistas se les antojara expresar.

Fue con cierta ironía que pensó en las circunstancias que lo habían colocado a él, a su prisión y a este rincón del viejo Massachusetts, en el foco mismo donde estaba concentrada la atención de todo el mundo.

Pero una vez más aceptó una situación que él no había creado, y decidió que lo mejor que podía hacer en tales circunstancias era ocuparse de que todo transcurriera sin incidentes ni complicaciones.

Cuando apareció en el refectorio, los cronistas lo rodearon y lo acribillaron a preguntas. Querían obtener todos los datos que él pudiera darles: los nombres de los guardias, el del médico de la cárcel, en fin, el nombre de todos los que, de un modo u otro estuvieran vinculados con las ejecuciones.

También le preguntaron si él se mantendría en contacto con el despacho del gobernador en los últimos instantes que precedieran a la ejecución, para estar absolutamente seguro de que una eventual postergación no llegaría una fracción de segundo demasiado tarde para salvar la vida de los condenados. También querían saber cuál sería el orden de las ejecuciones.

—Caballeros, caballeros —protestó débilmente el alcaide—. Yo tendría que pasarme toda la noche aquí con ustedes para poder contestar a todas las preguntas, y tengo muchas otras cosas que hacer. He destinado a uno de mis ayudantes para que se ponga a sus órdenes y les suministre toda la información que necesiten y que nosotros podamos facilitarles.

»Ustedes deben comprender que nosotros somos simplemente servidores públicos, a quienes les ha sido encomendada una tarea

particularmente ingrata. Yo no soy juez ni policía, soy simplemente el alcaide de esta prisión. Por supuesto, intentaré mantenerme en permanente contacto con el señor gobernador. Ustedes deben comprender que yo he llegado a conocer a estos hombres, y haré todo lo que pueda para ayudarles, sin salirme de mis funciones específicas.

»Ahora, en lo que se refiere al orden de las ejecuciones la hemos fijado así. El primero en morir será Celestino Madeiros. Después de él, Nicolás Sacco y por último Bartolomé Vanzetti. Eso es todo, caballeros y ya no puedo detenerme más con ustedes».

Le agradecieron profusamente y él no dejó de sentir un cierto orgullo por la manera, experta y serena en que había manejado esa situación. Sin darle demasiada importancia, pero sin restársela tampoco.

Mientras el alcaide estaba así de ocupado atendiendo a la prensa en el refectorio, el médico de la cárcel, el electricista, dos guardias y el peluquero del presidio, llegaban a la Casa de la Muerte. Como el alcaide, tenían conciencia dolorosamente de la significación que revestía cada uno de sus movimientos; pero a diferencia del alcaide, ellos no tenían que tratar con los representantes de la prensa sino con los tres condenados en persona. Y por eso, es lógico que hubieran tratado de eludir las desagradables tareas que les habían sido encomendadas.

Junto con este sentimiento de vergüenza e infortunio, quizás para darse un poco de ánimo inflaban desmesuradamente su propia importancia, y la del papel que les tocaba jugar en ese trágico acontecimiento; y especulaban con el modo como lo relatarían y describirían al día siguiente. Cada uno de ellos, sin embargo, se sentía personalmente muy incómodo, y también personalmente sentía la necesidad de disculparse ante los tres hombres, los dos anarquistas y el ladrón. El peluquero se disculpó mientras les afeitaba la cabeza.

—Sabe —le dijo a Vanzetti—: ha querido mi desgraciada suerte que me tocara tener este puesto y en este lugar. Pero ¿qué puedo

hacer yo?

—No hay nada que usted pueda hacer —le contesto Vanzetti, con una nota tranquilizadora en su voz—. Es su trabajo y usted lo hace. ¿Qué más se puede decir?

—Quisiera poder decirle algo que fuera una ayuda para usted — insistió el peluquero. Y cuando hubo terminado con Vanzetti le susurró al electricista que la experiencia, después de todo, no había sido tan mala como él la imaginara. Y que este hombre, Vanzetti, era indiscutiblemente un hombre notable por su inteligencia y su claro entendimiento.

Pero Sacco no dijo absolutamente nada, ni una palabra, y cuando el peluquero intentó entablar conversación, Sacco lo miro de un modo extraño, y las palabras se le ahogaron al peluquero en la garganta.

Con Madeiros el peluquero experimentó otra sensación completamente distinta. Madeiros estaba sereno como un niño, y su tranquilidad tuvo la virtud de aterrorizar al peluquero. Afuera, en el corredor, susurró algo a los guardias acerca de la protección de su integridad física; pero éstos se encogieron de hombros y dijeron que Madeiros, «ya estaba listo», señalando con la cabeza, significativamente, a la cámara de la muerte.

El electricista observó mientras los guardias cambiaban la ropa interior de los condenados por otra especial que se fabrica exclusivamente para este uso. Y los tres se pusieron entonces los trajes negros de la muerte, las ropas que usarían sólo para ese corto trayecto que media entre las tres celdas y la silla eléctrica; y mientras se ponían este horrible traje, Vanzetti dijo en voz muy baja:

—¡Así que el novio ya está vestido! Un estado caritativo me concede ropas abrigadas y las manos diestras de un peluquero para, que me afeite. Y es raro, pero ya no tengo miedo. Lo único que siento ahora es odio.

Habló en italiano, y, los guardias no comprendieron lo que decía.

Pero el peluquero entendió y le susurró una traducción de sus palabras al médico de la cárcel, que la rechazó con ese cinismo profesional con que necesitan armarse los hombres en esos puestos.

Fue tarea del electricista abrir los tajos en las perneras de los pantalones y en las mangas de los trajes de la muerte. Lo hizo con aire sombrío, maldiciéndose a sí mismo y a la suerte que le había asignado ese trabajo. Y en un momento en que tocó la piel de Vanzetti, este retiró el brazo, mirándolo con desprecio, y después alzó los ojos y con el mismo despreciativo odio miró a los guardias que contemplaban la labor del electricista.

—Y éste es un trabajo —dijo Vanzetti, con una voz dura y chata—. Y ustedes se prestan a esto y en todas las edades habrá gente como ustedes. Aun cuando hubiera un dios, éste no podría tener piedad con los eunucos que se convierten en doncellas de la muerte. La verdad es, que todo lo que yo pedía es que se me permitiera morir luchando, y en vez de eso, tengo que soportar gente como ésta. ¡Pero ahora no me toque con esas malditas manos! ¡Esas manos están sucias con la mugre del amo a quien sirven!

Otra vez tradujo el peluquero, pero el médico de la prisión le dijo:

—Bueno, y ¿qué esperaba usted? A nadie se le puede hacer más que matarlo. Si quiere hablar, ¿con qué lo va a amenazar para que no hable? No me venga con más historias acerca de lo que dice. Ya puede decir lo que quiera.

Los guardias volvieron a cerrar las puertas de las celdas, y en cada celda quedó un hombre vestido de negro. De ningún modo cambió Madeiros. En sus ropas negras se quedó sentado en su camastro tan serenamente como antes; pero Nicolás Sacco, de pie en medio de su celda, se tocaba el nuevo traje y lo miraba extrañamente.

Vanzetti sin embargo, seguía al lado de la puerta con su ceño enmarcado por la reja. Había ira en su rostro, y la sangre cruzaba por sus venas con un latido sordo, acompasado. La vida lo recorría. Estaba lleno de vida y los músculos de sus brazos se estiraban y se ponían duros mientras tiraba de las rejas. Recordó pasajes de su

vida sin nostalgia, sin pena, pero con una creciente rabia.

Se vio viviendo su libre y feliz infancia en una aldea italiana, una tierra bañada por el sol. Volvió a ver a su madre y sintió el contacto cálido y suave de su rostro apretado sobre el suyo cuando ella lo abrazaba. La vio enferma y marchita mientras él se acurrucaba junto a ella, sin dejar su lecho de dolor, tratando de verter un poco de sus energías vitales en el cuerpo de ella. Incluso entonces, hace tanto tiempo, ya empezaba a palpar las grandes fuerzas de vida y de lucha que atesoraba en sí. Era como un pozo del cual se podía extraer agua infinitamente, y beber y beber hasta que la sed de todos estuviese aplacada… pero su propia sed no se apagaba nunca.

Italia murió con su madre. Se vio huyendo de la vieja vida bucólica que se había construido en torno a la presencia de ella. Trabajo y lucha, trabajo para conseguir un mendrugo del seco pan de la vida, y un hambre salvaje crecía dentro de él para consumirlo. En eso se convirtió Bartolomé Vanzetti, su vida, su existencia, y el profundo significado de su ser.

Él no era como Sacco. Él era un hombre nacido para las aguas tormentosas de la existencia, pero también un hombre nacido para capear esas tormentas. Y ahora no podía rendirse. Todo su cuerpo le gritaba que la rendición era imposible, así como la muerte era imposible e inaceptable, ¡qué debía haber una salida, otro paso adelante, otra palabra pronunciada, otro desafío proclamado!

La vida era la respuesta de la vida; la muerte no era la respuesta de la vida. La muerte era un monstruo, el sucio, oscuro, aterrador dios que sus enemigos veneraban. El desafiaba a la muerte con odio, con ira, con rabia. Y ahora sus palabras y sus pensamientos eran idénticos.

«Yo debo vivir, ¿me entienden? ¡Debo vivir! Mi labor no ha hecho más que comenzar. La lucha prosigue. Yo debo vivir y tomar parte de ella. ¡Yo no quiero morir! No puedo morir…».

El médico de la prisión se presentó al alcaide y le rindió su infor-

me, y el alcaide se paró sobre una de las mesas del refectorio pidió atención y silencio a la multitud de cronistas especiales, representantes de la prensa y corresponsales extranjeros que se habían reunido allí.

—Quiero informarles, caballeros, del punto en que están las cosas —dijo el alcaide—. Ya hemos preparado a los presos para la ejecución. Es decir, se ha cumplido el procedimiento acostumbrado en estos casos, de cambiar sus ropas y afeitarles ciertos sectores del cuero cabelludo. Faltan una hora y pocos minutos para el momento que el gobernador de este estado fijó para la ejecución de los condenados. Ese momento comienza a la medianoche.

»En la hora que va de las once a las doce, tendremos que probar la instalación eléctrica. Si en el curso de esa hora ven ustedes apagarse bruscamente las luces de la prisión, sabrán que se están llevando a efecto esas pruebas.

»Yo me iré a mi oficina y llamaré al señor gobernador. También voy a disponer los arreglos necesarios para que cualquier mensaje de la casa de gobierno me sea entregado sin la menor tardanza».

Capítulo XVIII

Llegaban a la última hora, la hora que va de las once a las doce de la noche. La última hora antes de que termine el día. Y junto con el día, muchas otras cosas, esperanzas y sueños y una fe en la capacidad del pueblo que pide que se haga justicia por lograrla. En esta última hora hubo millones de seres humanos que, en su fatigado silencio, llegaron a comprender que el que uno desee, ruegue, pida, o crea en una cosa, no basta para que esa cosa se cumpla.

Durante esa última hora los piquetes que circulaban frente a la casa de gobierno se volvieron más compactos todavía, y hasta se habló de ir en manifestación hasta la cárcel. Pero a la gente que marchaba en esta fúnebre procesión se le hacía evidente que una aventura como esa ya no podía cambiar el curso de las cosas, ni alterar lo inevitable de lo que estaba por ocurrir.

A ratos, el gobernador corría los visillos de las ventanas de su despacho y miraba a los manifestantes; pero ya a esta hora se había habituado a ver las masas compactas de hombres y mujeres que marchaban bajo sus ventanas, y lo que veía no le emocionaba en absoluto.

En Londres todavía no eran las cinco de la mañana y allí la fúnebre procesión había durado toda la noche. Ahora, los rostros de esos mineros del carbón, de esos obreros textiles, y esos portuarios estaban grises y ajados por el cansancio y la vigilia. Y cuando de boca en boca se corrió la voz de que ésta era la última hora antes del final, un suspiro pareció escapar de sus fatigados cuerpos, y sus agobiados hombros se encorvaron todavía un poco más en la resignación y el reconocimiento de la barrera que el tiempo y la distancia habían erigido ante ellos.

En Río de Janeiro eran entre la una y las dos de la madrugada y allí

una creciente muchedumbre se apretujaba en la avenida frente a la embajada de los Estados Unidos. Gritaba su desafío y su clamor. Clamando en voz tan alta que parecía seguro que los cielos debían reflejar el eco a la distancia, incluso a una distancia tan grande como a la que se hallaba la ciudad de Boston, en el estado de Massachusetts.

En Moscú, los obreros estaban saliendo de sus casas para ir a las fábricas. Aquí y allá se formaban grandes grupos delante de los diarios murales, y de boca en boca pasaba en un susurro la pregunta:

«¿Qué hora es en Boston?».

Muchos obreros se pasaban el pañuelo por los ojos y se aclaraban la garganta, pero otros lloraban abierta y desembozadamente. Como lloraban los obreros franceses parados al final de una guardia que había durado toda la noche frente a la embajada de los Estados Unidos en París.

En Varsovia empezaban a asomar los primeros rayos del sol y allí las manifestaciones habían sido primero prohibidas y cuando se realizaron —a pesar de la prohibición— disueltas a sablazos. Y allí, en Varsovia muchos trabajadores, deslizándose silenciosos, casi fantasmalmente por las calles acababan de pegar el último de los carteles ilegales: un llamamiento al pueblo polaco para que hiciera un último esfuerzo para salvar la vida de Nicolás Sacco y Bartolomé Vanzetti.

En la lejana Sydney, en Australia, promediaba la tarde. Y aquí los estibadores del puerto habían dejado sus sogas y sus ganchos y ahora, de a ocho en fondo, marchaban por las calles de la ciudad rumbo a la embajada de los Estados Unidos voceando su fiera demanda de que no mataran un pedazo de sus vidas al matar un buen zapatero y un pobre vendedor de pescado.

En Bombay, los *coolies* acababan de iniciar su turno en una gran planta textil, cuando uno de ellos se trepó hasta lo alto de una gran máquina —con la agilidad de un acróbata— y les gritó a los otros:

—¡Ahora vamos a parar nuestro trabajo por esta hora, esta última hora, para honrar a, dos camaradas que van morir!

Y en Tokio, la policía, blandiendo sus largos garrotes con salvajismo, mantenía a raya a los obreros en la plaza en que se habían agolpado, frente a la embajada de los Estados Unidos. En Tokio era el mediodía y en todas partes, en los barrios míseros de los obreros japoneses, la pregunta corría de boca en boca, y muchos lloraban al formularla.

Si el rumor del llanto hubiera podido ser captado y grabado en discos, entonces se lo podía haber identificado como una ligera malla que encerraba toda la tierra. Y la dura verdad es que nunca en toda la historia de la presencia del hombre en nuestro planeta, se vio una cosa como ésta. Tan extendida, tan común a todos, y tan amplia en su inclusión de toda la raza humana.

En la ciudad de Nueva, York, la Plaza Unión estaba llena de gente silenciosa que ahora unía su llanto al de otros millones de seres. Minuto a minuto circulaban entre ellos los boletines con las últimas informaciones, y los hombres y mujeres que llenaban la Plaza Unión se estrechaban unos con otros, se rozaban los hombros y las manos para poder así esperar mejor armados y preparados la invasión de ese especial y terrible extranjero, el señor de la muerte, que se llevaba también una preciosa parte de su propia vida, con la vida de dos obreros y un ladrón.

En Denver, Colorado, era dos horas más temprano y quizás eso era lo que daba a la gente un sentido distinto del tiempo. Porque en Denver todavía seguían reuniendo firmas al pie de los petitorios, despachando telegramas y discutiendo con las operadoras de larga distancia para que trataran una vez más de hacerlos hablar directamente con el despacho del gobernador de Boston.

Lo mismo pasaba en San Francisco, California, donde eran ahora entre las ocho y las nueve de la noche. Los hombres y mujeres de San Francisco marchaban en sus propios piquetes, pero en las oficinas de la delegación local del comité para la defensa de Sacco y Vanzetti tenía lugar el mismo tipo de actividad febril y desespera-

da que se estaba realizando en Denver, Colorado.

A todo lo largo y lo ancho de los Estados Unidos, en más de una docena de ciudades, funcionaban estas oficinas locales para la defensa de la causa de Sacco y Vanzetti. A veces era una oficina alquilada en un edificio comercial, a veces sólo un escritorio en la sede de otra organización y en muchas otras, apenas un rincón en la sala de alguna familia que lo había cedido con ese objeto. Pero dondequiera que estaban estas oficinas había gente reunida con el sentimiento y la esperanza de que, constituyendo un núcleo pequeño, estrechamente unido de humanidad, podrían así fortalecerse ellos mismos y lograr algún pequeño avance en la causa de estos dos hombres que eran para ellos como hermanos.

Un gran velo sombrío cubría la ciudad de Boston, y difícilmente hubiera en ella un hombre, o una mujer, o un niño que no tuviera aguda conciencia de lo que estaba a punto de ocurrir en la prisión del estado.

En la pequeña península de Charlestown, la prisión resplandecía de luces, los guardias se agazapaban aprensivos y preocupados detrás de sus ametralladoras. La policía del estado y la de la ciudad patrullaban cada pulgada de los muros del presidio, y agentes de investigaciones —de civil— recorrían las calles cercanas.

Para toda esta gente, cuyo modo de vida y cuyo propósito en la vida era el de tratar a los hombres como si fueran bestias, lo que estaba ocurriendo en todo el mundo y también en Boston constituía un extraordinario misterio. No podían hallar una clave que les explicara por que la agonía de estos dos odiosos anarquistas estaba siendo compartida por un sector tan vasto de la humanidad.

La explicación oficial era que estos hombres estaban siendo utilizados por los comunistas para servir los fines del partido comunista; pero tan extendida era ya la reacción, que esta explicación oficial no explicaba nada. En su lugar sólo había quedado la pregunta tácita —formulada pero no respondida— en los labios de aquellos cuyo deber era odiar a los dos condenados italianos y desear ardientemente su fin.

Sin embargo, para la gente que estaba íntimamente vinculada con la defensa de Sacco y Vanzetti, esta última hora se convirtió en una especie de infierno. Cuánta gente había consagrado su vida a tratar de que se hiciera justicia a Nicolás Sacco y Bartolomé Vanzetti, es algo imposible de calcular. Pero no hay duda que en los cinco continentes sumaban centenares de miles, y durante esta última hora cada uno de ellos cargó con su propia cruz.

Una de estas personas era el profesor de Derecho Penal. Una necesidad de camaradería, de acción, de vecindad con los que sentían como él, lo había impelido a engrosar los piquetes una vez más. Ahora marchaba a través de los minutos que todavía lo separaban de la muerte de Nicolás Sacco y Bartolomé Vanzetti; y mientras esos minutos iban transcurriendo, él intentaba comprender toda la naturaleza, la esencia y el sentido de este drama en que le había tocado actuar. Él no podía, como los trabajadores de Boston y de todo el resto del mundo, contestar a todas las preguntas con una simple y veraz identificación entre él y Sacco y Vanzetti. Su propio proceso mental y de conciencia tenía necesariamente que ser más tortuoso, más complicado y satisfacerse con menos facilidad. Como le ocurría a todos los hombres, le estaba denegada una visión segura de los años futuros, y él no podía prever qué acontecimientos ocurrirían o cuál sería su lugar en esos acontecimientos que eventualmente pudieran acaecer. Pero había llegado a comprender una premisa muy simple, que los que se sientan en los altos sillones del poder son muy distintos de la gente sencilla, de los oprimidos. También había llegado a comprender que los problemas del poder no se resuelven con oraciones; y sin embargo seguía eludiendo la inevitable conclusión a que estos pensamientos lo conducían. Sabía que si los millones que deseaban la libertad de Sacco y Vanzetti, incluso aquí en los Estados Unidos, se integraran en un único movimiento coherente, no habría poder sobre la tierra capaz de matar a esos dos hombres. Pero también sabía que un movimiento como ese llevaba implícitas ciertas perturbaciones que él podía aprobar enteramente y que su apreciación se mezclaba con hondos temores y confusas, innominadas pasiones.

Algunos de estos temores se referían directamente a los muchos

obreros que con él marchaban en los piquetes.

«¿Qué sienten ellos?», se preguntaba. «¿En qué están pensando? ¡Cuán sólidos y duros son sus rostros! Parecen totalmente impermeables a las emociones; sin embargo, deben de estar extraordinariamente conmovidos; no hay más que ver a las mujeres con sus criaturas en brazos y a los hombres llevando en todo su ser la marca de las muchas horas que han trabajado y las pocas que han dormido en estos días».

«Debe de haber alguna calidad muy particular en su pena que los impulsa a incorporarse a esta doliente caravana. ¿Cuál puede ser? ¿Qué es lo que piensan?». Y después agregó para sí: «Es raro, pero nunca me preocupó saber qué es lo que piensan estos hombres y estas mujeres. Y ahora quiero saberlo. Quiero saber qué es lo que hace que yo tenga miedo».

Porque la verdad es que su miedo tenía más de un origen y más de una dirección. El helado soplo de la muerte le enfriaba el corazón cuando pensaba en lo que deberían afrontar Sacco y Vanzetti dentro de un lapso tan breve. Pero otro helado soplo de miedo y de presagios lo rozaba cuando contemplaba los rostros firmes, sombríos y llenos de odio, de la gente que marchaba en los piquetes. Entonces no podía dejar de pensar:

¿Y qué pasaría si se despertaran? Éstos y los otros millones, ¿qué pasaría si se despertaran y dijeran que Sacco y Vanzetti no van a morir? ¿Qué pasaría entonces? ¿Con quién estaría yo?

No podía negar que estaba hondamente perturbado. Este mismo día, unas horas antes, en la sede del comité de defensa había expresado estas dudas y esta honda preocupación a un representante del socorro rojo internacional, un hombre a quien conocía como comunista.

Era un individuo alto, pelirrojo, de rostro anguloso, de hablar lento, que había sido leñador en el noroeste. Primero fue elegido diputado en la legislatura de su estado, como candidato socialista; y pocos años más tarde fue miembro fundador del partido socialista

de izquierda o partido comunista. Él no lo ocultaba, y en parte por eso mismo, el profesor de Derecho Penal lo había buscado esa tarde y habló con él en uno de los momentos más negros de su desesperación.

—Ahora van a morir, ya no quedan esperanzas.

—Mientras quede tiempo, quedan esperanzas —contestó el comunista.

—Eso no es una contestación, es un proverbio —dijo el profesor con voz amarga—. Yo he estado en la prisión y acabo de volver de allí. Éste es el final, y el final es tan falto de esperanzas como lo fue el principio. Estoy harto de eso. Yo sé que esos hombres son inocentes, y sin embargo van a morir. Mi fe en la decencia humana morirá con ellos.

—Su fe muere con mucha facilidad —le dijo el comunista.

—¿Le parece? ¿Y su fe es más fuerte? ¿En qué tiene fe usted, señor?

—En la clase obrera de los Estados Unidos —le contestó el comunista.

—Ésa es una lección que ha aprendido pero ¿esta en contradicción con la realidad? Yo nunca he discutido con usted. He sabido que ustedes estaban metidos en este caso y a veces he admirado la energía, la generosidad y la devoción con que trabajaban. Yo no me permitiría perseguir a los rojos, como lo hacen otros, incluso aquí, porque a, mi manera, yo tengo tanta necesidad como ellos de vivir en un mundo regido por la justicia.

Por esa razón trabajé con ustedes, pero ahora su posición me irrita. ¿Qué fe en la clase obrera? ¿Dónde está esa clase obrera? ¡Oh!, ya sé que Sacco y Vanzetti van a morir porque son obreros italianos, comunistas agitadores, porque hace falta un chivo expiatorio, un ejemplo, una amenaza. ¿Pero dónde está su clase trabajadora? La federación norteamericana del trabajo no hace nada, y los grandes dirigentes de la federación están muy sentaditos en su casa, ni si-

quiera han ido a los piquetes. Y los obreros, ¿dónde están?

—En todas partes.

—¿Es ésa una respuesta?

—Por el momento sí. ¿Qué quería usted, que los obreros tomaran por asalto la cárcel y pusieran en libertad a Sacco y Vanzetti? Es que las cosas no se hacen así, excepto en los sueños de algunos. Ellos pueden matar a Sacco y Vanzetti; ya mataron a Alberto Parsons, y Tom Mooney sigue en la cárcel y todavía habrá otros, pero eso no seguirá hasta la eternidad. Cometen estos crímenes sólo por una razón: porque nos temen y por que saben que nosotros no vamos a soportar esas cosas eternamente.

—¿Quién nosotros? ¿Los comunistas?

—No, los comunistas no. Los obreros. Y aquellos que asesinan a Sacco y Vanzetti odian a los comunistas sólo porque están arraigados en la clase obrera.

—¡Qué ideas tiene usted! —dijo el profesor—. ¿Y usted quiere que yo crea eso esta noche? ¿Esta noche, entre todas las noches?

—Usted no puede creerlo. Para usted, cuando mueran Sacco y Vanzetti, morirán todas las esperanzas y todos los sueños de justicia y de bienestar.

—Es muy cruel decir eso.

—Pero reconozca que es la verdad.

—¿Y si lo reconozco? ¿No habla usted con demasiada facilidad de oponerse a un poder tan inmenso como éste? Todo el mundo grita que no deben morir, y sin embargo van a morir. Reconozco que tengo miedo. Aposté mi fe a algo y perdí. Yo no conozco a su identificada clase obrera. No lo comprendo, como no lo comprendo a usted.

—¿Como tampoco comprende a Sacco y Vanzetti?

—Así es, como tampoco comprendo a Sacco y Vanzetti —reconoció con tristeza el profesor de Derecho Penal. Y había en esto una gran dosis de verdad; su pena era en gran medida también por sus destruidas esperanzas y por su perdida fe; y marchando en el piquete se dijo:

«La verdad es que estoy llorando por mí y no por ellos. Algo más preciso e irremplazable va a morir esta noche dentro de mí, y yo lloro porque soy el deudo principal».

Así cada uno lloraba a su manera, pero había algunos que permanecían con los ojos secos, y éstos hacían otras cosas en vez de llorar. Se juraban a sí mismos un recuerdo imperecedero y una absoluta identificación. Hacían anotaciones en su propio corazón y hacían un balance de todo lo sufrido que se extendía hasta el primer latigazo que restalló sobre una espalda humana.

Éstos de los ojos secos se decían: «Hay algo más útil que llorar, hay algo más útil que las lágrimas».

Y ahora, en la prisión misma, la última hora tocaba a su fin, y llegaba el momento de la muerte para el primero de los tres condenados.

Era Celestino Madeiros, ladrón y asesino; el subalcaide de la prisión y dos guardias se acercaron a su celda y lo llamaron por señas. Madeiros los había estado esperando, y muy serenamente, con una asombrosa dignidad ocupó su lugar entre los dos guardias y recorrió con ellos los trece pasos que separaban su celda de la cámara de ejecución.

Cuando entró, se detuvo por un momento y recorrió con la vista los rostros de los espectadores allí congregados. Después, algunos dijeron que una mirada de ira cruzó por su rostro, pero la mayoría coincide en que, sereno e imperturbable, se sentó en la silla eléctrica. Se dio la señal y dos mil voltios de electricidad cruzaron su cuerpo. Las luces de la prisión se apagaron por un instante, y cuando se volvieron a encender, Celestino Madeiros había muerto.

El segundo en morir fue Nicolás Sacco. Como Madeiros, caminó con una simple dignidad que, viniendo después del comportamiento del primer condenado, hizo que un escalofrío recorriera la espalda de los espectadores. No era normal ni lógico que dos hombres enfrentaran la muerte de este modo. Y sin embargo, estaba ocurriendo.

Sacco no dijo una sola palabra. Con gran calma y dignidad caminó hasta la silla eléctrica y se sentó. Miraba muy fijo hacia adelante mientras le ataban los electrodos. Las luces se apagaron, y un minuto después, Nicolás Sacco estaba muerto.

El último de los tres fue Bartolomé Vanzetti. Ahora ya el procedimiento se había convertido en un desafío para los funcionarios y los representantes de la prensa que estaban allí para observar la ejecución y para escribir sobre ella. Después del silencio que acompañó la muerte de Sacco, salió del grupo un suspiro perfectamente audible y después se oyó un murmullo acerca de lo que haría Vanzetti. Murmuraron preparándose para su entrada en la cámara, pero por mucho que lo hicieron no pudieron prepararse debidamente.

No pudieron prever el aire de león bravío con que entró en la cámara de la ejecución, ni la dignidad con que se detuvo ante ellos. Su seguridad, su calma, su dominio de la situación, era más de lo que podían soportar, por duros que fuesen y por muy armados que estuvieran con la fortaleza que se requiere para presenciar una triple ejecución.

Él perforó sus defensas. Los miró como si los estuviera enjuiciando, y pronunció las palabras que había resuelto decir, lenta y claramente:

—Quiero decirles —dijo Vanzetti—, que soy inocente. Nunca he cometido un crimen; algunos pecados sí, pero nunca un crimen…

Había allí hombres muy duros, pero por curtidos que fuesen, se les hizo un nudo en la garganta y muchos de ellos empezaron a llorar en silencio. Y a ninguno se le ocurrió detener sus lágrimas con el

argumento de que sólo estaban llorando por dos agitadores italianos, supuestamente enemigos de todo lo que se conoce habitualmente con el nombre de americanismo. A ninguno se le ocurrió pensar en esto. Algunos cerraron los ojos, otros volvieron la cabeza. Después se apagaron las luces, y cuando las luces volvieron a brillar, Bartolomé Vanzetti había muerto.

Epílogo

En esa época había, en la ciudad de Boston un club llamado el Club Athenaeum, y a ese club pertenecían aquellos cuyos apellidos estaban vinculados estrechamente con la historia de la ciudad. Con los lejanos días de Emerson y de Thoreau.

Hombres como el rector de la universidad, que decidió finalmente la suerte de Sacco y Vanzetti, eran miembros de la comisión directiva de este club. Una institución en que nunca había logrado penetrar un extranjero, un nuevo rico, un judío o un negro.

En la mañana siguiente a la ejecución el 23 de agosto de 1927, se descubrió que había sido insertada una hoja de papel en todos los diarios y revistas de la sala de lectura del aristocrático club.

Y en cada una de las hojas se leían las siguientes palabras: «En este día, Nicolás Sacco y Bartolomé Vanzetti soñadores en la hermandad de los hombres, que esperaron poder encontrarla en los Estados Unidos, fueron cruelmente asesinados por los hijos de aquellos que hace mucho tiempo huyeron a esta tierra de esperanza y libertad».

Notas

[1] Terminación del gerundio inglés, equivalente a nuestro «ndo». (N. del T.)

[2] Estos párrafos del discurso de Vanzetti se transcriben en forma poemática, por cuanto así han sido considerados por la crítica norteamericana, que los incorporó a distintas antologías. (N. del T.)